MANUEL SOLER PALÀ, M. SS. CC.

LOS ATAJOS DE DIOS

HERMANADOS

CON LAZOS DE SANGRE

Mallorca 2006

Primera edición publicada en el año 1993.
Segunda edición revisada.

Fotografías: Archivo Gral. M. SS. CC.
Archivo Gral. Franciscanas H. M.
Diseño maquetación: DDG GELABERT - Disseny
Impresión: GELABERT - Arts gràfiques - Sa Pobla - Mallorca
Depósito legal: PM 1871-2006

¿Por qué es rojo tu ropaje y tus vestiduras
como las del que pisa en el lagar? (Is 63,2)

¿Por qué hablar de martirio hoy?

Porque nuestro mundo sigue teniendo necesidad de testimonios de amor a Dios. Esta era la explicación que daban ya los cristianos primeros ante la muerte de muchos de ellos. Y solamente teniendo el corazón puesto en Dios, como único y definitivo tesoro, es posible pensar en esta corona de siete mártires del Coll de Barcelona. El martirio es la victoria del amor.

Por eso, mientras haya amor habrá mártires. Para mantener el calor del amor necesitamos a los mártires.

La vida humana es dinámica, creativa, llena de pasiones, de contradicciones y de luchas. El hombre y la mujer tienen que superar enormes retos para lograr su meta: amar. Es en este ambiente que surge el mártir. Conviene no perder de vista que, siguiendo la tradición cristiana, en sus líneas generales, nosotros nos interesamos por los que murieron, mucho más que por los que asesinaron.

Tenemos más interés para admirar y seguir las huellas de los que fueron fieles a Jesucristo, que por individuar quiénes fueron los verdugos que les hicieron derramar la sangre. Y esto porque quien sigue a Jesucristo tiene que perdonar setenta veces siete y porque está llamado a dar la vida por el hermano, como el Redentor. Su costado abierto es, una vez resucitado, una llamada constantemente viva.

Necesitamos el testimonio de los mártires, para que hoy los cristianos veamos que son posibles las actitudes de perdón y de reconciliación, en medio de la violencia y de las guerras, que lastiman y conculcan la imagen de Dios, viviente en cada mujer y en cada varón. Por esto, la historia del perdón no tiene fin.

De aquí que nuestros mártires lo fueron por amor. También murieron como purificación de la Iglesia. Ellos no tenían poder

ni influencias. Por esto, su inmolación fue más gratuita y generosa. Sabemos que quienes les asesinaron se sentían heridos por unos representantes de la Iglesia que se habían aliado con los poderosos terratenientes, con los políticos que decían ser católicos al tiempo que se oponían a toda reforma de la propiedad, al aumento de los salarios y trataban de hundir toda tentativa sindicalista. Ni siquiera aguantaban la incipiente doctrina social de la Iglesia. Estas formas "católicas" de ser obispo, abad o abadesa, canónigo o párroco, religioso o religiosa o diputado, alcalde y concejal incitaron a los anarquistas y a las fuerzas obreras a combatir a los religiosos y al clero y a los católicos significativos.

Los mártires del Coll eran inocentes; pero conscientes. Se habían percatado de que algo impreciso se cernía sobre España. Intuían que podían desencadenarse y afectarles acciones violentas. Cuando desde Mallorca les destinaron a Barcelona, tenían conciencia que iban a una gran ciudad en ebullición, aunque la situación política que se mantuvo en Cataluña no debía desembocar necesariamente en una semejante tragedia. Las proporciones de los acontecimientos y de las fuerzas sociales de Barcelona, vistas desde Mallorca, necesariamente impresionaban. La catalana Sra. Prudencia sabía que corría un riesgo de alcance mortal cuando invitó a sus tres huéspedes, asesinados después en su misma casa ante sus propios ojos. Su inocencia los convierte en testigos de lo que representaban: fidelidad y coherencia con el seguimiento de Cristo.

Murieron por lo que eran, no por sus obras. Sus obras los hubieran liberado.

En esto su inmolación es semejante a tantas personas de buena voluntad, que también cayeron víctimas, meses después, en ambos bandos de la España en guerra. Aquella insensatez fue la ocasión para que también personas confesionalmente católicas, aparentemente bien pensantes y amigas del orden se vengaran con asesinatos inconfesables. Es un pecado institucional, que los católicos hemos de confesar con la humildad que

acerca al Dios rico en misericordia, para que con el perdón nos conceda la valentía de emprender la enmienda. Las víctimas del Coll ni pudieron sospechar estas otras muertes, tan injustas y tan cueles como las suyas.

Recordar estas siete personas asesinadas el 23 de julio de 1936 nos lleva a deplorar toda muerte violenta. Si sentimos solidaridad con ellos, por coherencia cristiana, debemos rechazar las demás muertes. Sólo Dios es Señor de la vida. Quienes matan se erigen en ídolos, es decir se convierten en idólatras de su poder.

Ya que aquellas muertes no se evitaron, bien quisiera que su recuerdo sirviera para reconciliarnos, para reconciliar nuestro mundo. No engrandecemos más a Cristo olvidando a otras personas que murieron violentamente. Unas, porque eran creyentes, pero con opciones diversas de quienes ganaron la guerra. Otras porque defendían la libertad de ver el mundo con otros ojos. Otras porque fueron víctimas de venganzas inconfesables, desencadenadas por el desorden radical de toda guerra. Pero la guerra nunca puede ser un recurso en el cual se amparen los vengativos. La respuesta ante Dios hay que darla en tiempos de guerra y en tiempos de paz. El crimen lo es en guerra y en paz.

Con la publicación de este libro pretendemos caminar hacia la reconciliación, en nombre de unas personas creyentes en Cristo y, a la vez, rendir un recuerdo respetuoso y solidario a todas las demás víctimas de aquellos años, fueran o no creyentes. El martirio transciende nuestras adscripciones religiosas o políticas. En la otra etapa de la vida cristiana, la gloriosa, no se reproducen las clasificaciones actuales con las cuales se distinguen y discriminan a las personas y en ocasiones hasta se las mata. Ojalá aquel sacrificio sea una profecía sobre nuestra convivencia histórica, sobre nuestro hoy, de manera que los creyentes nos afanemos siempre en que la muerte y el hambre desaparezcan de nuestra tierra. Serían los cielos nuevos y la tierra nueva bíblicos. Sería la deseada concordia.

La conciencia de los mártires del Coll nos los manifiesta libres. Las religiosas y los religiosos pudieron haber desobedecido a sus superiores que los destinaron, o pudieron haber alegado motivos para salir de aquel horno en llamas. Prudencia podía haber acallado la voz interior que la hizo hospitalaria en el peligro. Todos desearon que pasara el cáliz de la muerte. Pero todos vivieron el amor, expresado en la consciente fidelidad hasta el fin. El Señor les sorprendió vigilantes y con la lámpara encendida.

El P. Manuel Soler i Pala ha recogido los datos de informes fidedignos. Unos, acumulados espontáneamente ante el horror de aquellos acontecimientos. Otros, surgieron como fruto de la admiración por aquellas personas. En realidad, su vida ordinaria se había convertido en prólogo de una muerte heroica. Las declaraciones del proceso inaugurado para la causa de martirio no hicieron sino dar formalidad jurídica a cuanto se sabía.

Además, sabemos que muchos que ensangrentaron sus manos eran también víctimas de la injusticia, de la intoxicación ideológica, de la marginación, etc.

Podremos decir que los piquetes que asesinaron a nuestros mártires del Coll tuvieron una gran responsabilidad: fueron homicidas. Pero, siguiendo unas palabras de Jesús dirigidas a Pilatos, el mayor pecado corresponde a quienes fomentaron el odio, a quienes podían haber reformado profundamente la Iglesia y la sociedad y prefirieron conservar sus privilegios.. Y también a éstos debe llegarles el perdón de los seguidores de Cristo. Él los perdonó antes.

Con el mensaje de reconciliación recibimos otro, nada desdeñable. El martirio nos actualiza un toque de atención sobre el realismo: nos refresca la conciencia de la fragilidad humana, porque recuerda hasta donde podemos llegar cuando ponemos como meta definitiva de nuestra conducta un objetivo inferior a la persona.

Cuando unos programas, unos intereses, unos compromisos, unas ambiciones, unos sentimientos, unos objetivos, cuales-

quiera que sean, se imponen sobre la dignidad de las personas, la violencia se ceba con vida humanas. Esto fue determinante en el caso del Coll: los siete detenidos eran personas religiosas, servidoras de la Iglesia. Había que eliminarlos. No cabían en la forma de organizar la sociedad que unos sectores pretendían imponer con las balas.

Eliminando a Dios, eliminaban personas. De todas formas, no hemos de perder de vista que los cristianos no siempre llevamos una vida transparente. La Iglesia no siempre se ha puesto al lado de los pobres y sencillos.

Porque no deberíamos olvidar que entre los creyentes, seamos o no ministros de la Iglesia, se multiplica la pasión por el dinero y por el poder. Hubo católicos significados que, a fines del s. XIX, se escandalizaron de las reformas sociales promovidas por el Papa León XIII, y rezaban por su conversión. Herederos ideológicos de estos cristianos fueron muchos de los asesinos de los años de la guerra. Ciertamente, nuestros mártires del Coll no pertenecieron a este tipo de catolicismo. Su forma de ser cristianos les vincula a la multitud incontable de mujeres y varones creyentes que hicieron de su vida un servicio a los pobres y humildes.

Muchas alianzas de entonces, y tal vez algunas de ahora, eran o son cuando menos ambiguas. La otra represión, desde la nueva frontera que se creó por aquellos días, fue igualmente indigna. Pero los hechos del Coll son anteriores e independientes de lo que pudo venir.

Una nueva conciencia, que nos ayuda a reconocernos a todos como a miembros vivos del Pueblo de Dios y como una comunidad de bautizados, ha hecho que la Sra. Prudencia, que murió porque vivía en realidad las Bienaventuranzas, fuera incorporada a una causa de martirio, a la cual ella arriesgadamente se apuntó, cuando acogió a sus huéspedes sacerdotes y religiosos.

El amor a Cristo, la devoción a la Virgen del Coll y el servicio a los niños y enfermos de una barriada creó lazos de fra-

ternidad entre religiosas y religiosos, que se extendieron hasta numerosos hogares que habitaban en aquella montaña barcelonesa. A todas queremos manifestarles el mayor agradecimiento, por los desvelos con que invitaron, acogieron, alimentaron, vistieron y ampararon a las Hermanas Franciscanas y a los Misioneros de los SS. Corazones. La gratitud sin medida va para la Sra. Prudencia Canyelles, mártir de la hospitalidad.

Los que siguieron viviendo, habían aprendido a encontrar a Jesús y lo recibieron en sus vidas (cf. Mt 25, 31-40). Los que fueron asesinados dieron la vida por su Amado (cf. Jn 15,13).

Sobre los verdugos Cristo único sacerdote actualiza su intercesión: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34).

Los que queremos y admiramos a nuestros mártires creemos en el Traspasado, que nos muestra sus manos y su costado, nos da su Espíritu de perdón (cf. Jn 20,20-23) para que formemos una Iglesia que anuncia la comunión y la salvación.

Nos alegra que el 15 de junio de 2004 los Consultores de la Congregación para las Causas de los santos diera su voto unánime en el reconocimiento del martirio de este grupo de personas, que murieron en el Coll en julio de 1936.

Josep Amengual i Batle, M. SS. CC.
Postulador de la Causa

14 de junio de 2006

EL ESTALLIDO DE LA GUERRA. PASION Y MUERTE

Complejos hechos político-militares se dieron cita en suelo español allá por los años treinta y desembocaron en la guerra civil, iniciada el 18 de Julio del año 1936. Un acontecimiento convulso, lleno de malentendidos, generador de odios, rencores y muertos por millares.

Dos días antes del inicio de la contienda, llegaron a la ciudad de Barcelona, capital de Catalunya, fuertes rumores de sublevaciones militares en varias regiones. Al frente de las mismas se puso el Gral. Francisco Franco. Alegaban los sublevados que ya se había tornado imposible la convivencia. Sólo las armas, decían, podían devolver la confianza a la población, acabar con los abusos sectarios e ideológicos e imponer nuevamente el respeto en las cuestiones religiosas.

La verdad, previa a toda interpretación, era que el profundo malestar de la sociedad venía de muy lejos. Unos habían preferido la República como forma de gobierno, los otros la monarquía. Mientras unos sectores proclamaban su catolicismo -quizás poco tolerante y un tanto cerrado- los otros no hacían sino achacar a la religión toda clase de perversiones y señalarla como culpable de casi todas los problemas y conflictos sociales. Quienes se sentían atraídos por el orden y la disciplina y quienes ponían todo el acento en la justicia escueta. Uno de los bandos se autodefinía como tradicionalista y el otro como progresista. Unas regiones apuntaban a ser naciones independientes o, al menos, federarse libremente en un conjunto de nacionalidades; otras le temían a la disolución de la unidad española como al peor de los males y la calificaban de ruin traición. Las posturas se radicalizaban y nada bueno presagiaban.

En el ambiente se palpaba la cercanía del estallido entre los ciudadanos de un mismo país. Una guerra civil. Los del bando franquista la llamaban *alzamiento* y hasta *cruzada*. Los del bando republicano estaban convencidos de que habría que tomar las armas para defender la legalidad. Al primero fueron a parar la mayoría de los católicos y a los segundos los federados en un Frente popular (anarquistas, socialistas, comunistas, sindicalistas, etc). De todos modos, habría que matizar muy finamente para no caer en afirmaciones globales que no se corresponden con la verdad histórica. Pero no nos mueve la menor pretensión historiadora, sino ambientar al lector en unos hechos lamentables que conformaron el escenario del martirio de muchos clérigos de la época[1]. En particular, de cuatro religiosos Misioneros SS. CC. en el Santuario del Coll, dos religiosas Franciscanas Hijas de la Misericordia y una seglar, Dña. Prudencia Cañellas.

Escaramuzas para tomar posiciones

El domingo por la mañana, día 19, se concretó la sublevación en Barcelona. Tropas de Caballería, de Artillería y, en menor número, de Infantería, salieron de sus cuarteles con el fin de reunirse en la Plaza de España y en la Plaza de la Universidad. El objetivo se dirigía a ocupar el *Palau de la Generalitat* y otros centros más sensibles de la vida catalana. Sin embargo, el resultado no cabía predecirlo de antemano, pues al frente de la guarnición militar de Barcelona se encontraba el General Llano de la Encomienda que, como otros altos mandos, rechazaba de plano el alzamiento. Por otra parte, no se sabía a ciencia cierta cómo iba a reaccionar la Guardia Civil.

Las tropas levantadas llegaron a la Plaza de Catalunya e incluso ocuparon la Telefónica. Pero la coordinación era deficiente, y las fuerzas leales las atacaron. A su vez los sindicalistas, que no

---

[1] Cfr. RAMON SALAS, *Historia del ejército popular de la República,* t. I. Editora Nacional. Madrid, 1973. G. JACKSON, *La República española y la guerra civil*. 1931-1939. Barcelona 1976. Y otras numerosas historias detalladas de la guerra civil y de Catalunya.

perdían de vista el movimiento de los cuarteles, empezaron a hostigarlas desde balcones y tejados.

Se luchó durante varias horas en algunos enclaves más céntricos de la ciudad. La Guardia Civil se decantó en favor de la República despejando así las dudas que se cernían sobre esta fuerza. Con todo lo cual, se daba por hecho el revés que sufriría la sublevación en Barcelona. En efecto, el Gral. Goded, que llegó procedente de Mallorca, sólo pudo reconocer el fracaso, tras haber sido hecho prisionero.

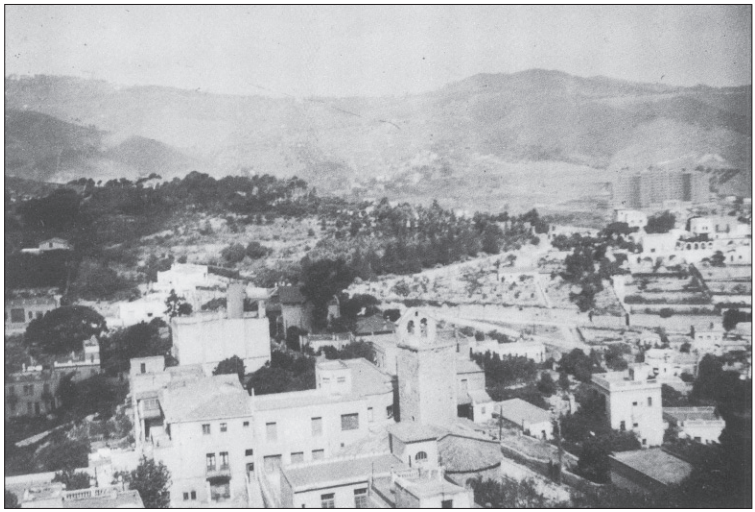
Algunos sublevados siguieron luchando en diversos frentes dispersos. Pero la suerte estaba decidida por el momento. Y, una vez vuelta la normalidad, los dirigentes sindicalistas se adueñaron de la ciudad. Poseían armas del ejército y el ánimo de usarlas. Por su parte, el *Govern de la Generalitat* se había visto desbordado, la situación se le había escapado de las manos. No era más que una entelequia a cuya sombra se cometieron muchos desmanes. La CNT (Central Nacional de Trabajadores, de filiación anarquista) se erigió en protagonista de la situación.

Empezó la insurrección, la guerra civil o el levantamiento, como se prefiera, y se trazaron con toda nitidez las líneas que ya se iban dibujando, entre las célebres dos Españas. Un enfrentamiento tan brutal y visceral obtuvo gran resonancia más allá de las fronteras españolas. Tanto es así que numerosos jóvenes de otros países decidieron alistarse en uno de los bandos. Y fueron bastantes los escritores, ya sea en la faceta histórica o la literaria, que eligieron la contienda civil como objeto de su tarea.

Situación de las Comunidades Religiosas en El Coll

La tragedia alcanzó de lleno a la Congregación de MM. SS. CC.[2] Algunos de sus miembros sufrieron la muerte, otros debieron

[2] Nos basamos en los datos que aporta el P. JUAN ZUBITEGUI, *Les arrebataron la vida*. Carta circular n. 13, con ocasión de los 50 años de los mártires (Madrid, 23 de Mayo de 1986).



Panorámica de la barriada de Ntra. Sra. del Coll de Barcelona, campo de apostolado de los Misioneros de los Sagrados Corazones y de las Franciscanas Hijas de la Misericordia. Lugar de residencia de Prudencia Cañellas.

exiliarse. No faltó quien fuera empujado al frente de batalla. Alguna casa tuvo que ser cerrada por las circunstancias bélicas y la consiguiente falta de personal.

Al iniciarse la rebelión militar todas las casas del Instituto estaban situadas en territorio español, excepto la de S. Celso, en Roma. La casa del Coll, de Barcelona, quedó bajo influencia republicana, así como el obispado de Vic, donde residían algunos congregantes. En cambio, las casas de Navarra y Mallorca quedaron bajo el mando de *los nacionales*.

En Vic, con el Sr. Obispo J. Perelló, vivía una pequeña comunidad de cuatro Misioneros SS. CC. El palacio episcopal era la sede de su residencia. Dicho palacio fue asaltado el día 21 de Julio, dos días después de iniciado el levantamiento. Los congregantes y canónigos que vivían en él apenas acababan de abandonarlo. El Rvdmo. P. Perelló consiguió despistar a sus perseguidores y huir en un buque hacia Italia. No le resultó fácil la escapada. Tuvo que

disfrazarse, ponerse un bigote postizo y disimular su marcada pose clerical. La tonsura que se usaba en la época, el traje talar al que el clérigo se habituaba y la escasa desenvoltura para moverse en ambientes extraños, de seguro se constituyeron en graves escollos de cara al éxito de la escapada.

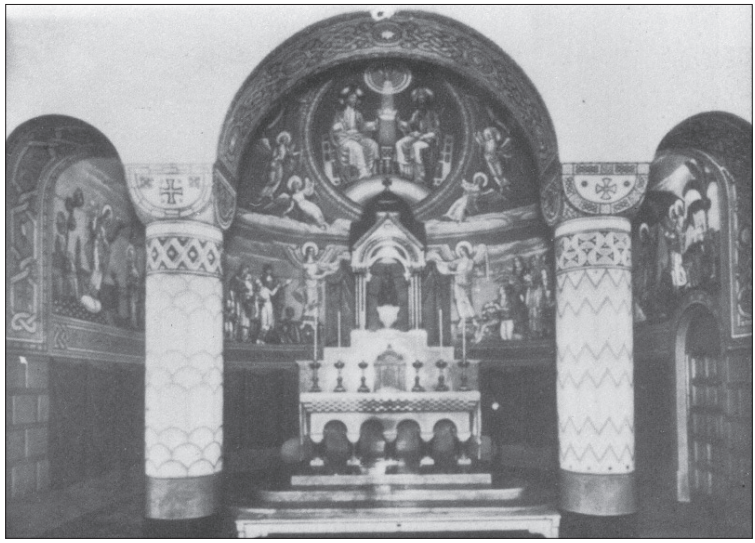
El otro sacerdote de la comunidad vicense era el P. Miguel Rosselló, quien murió el 17 de Agosto de 1936 en el hospital comarcal de Vic, tras una operación quirúrgica. El resto de la comunidad lo formaban los dos Hnos. Bernardo Mesquida y Jaime Artigues. Ambos permanecieron en la residencia de ancianos de Vic y luego se alojaron en casa de D. Guillermo Salas, en Barcelona. El Hno. Bernardo falleció el día 24 de febrero del año 1939. Ambos padecieron la cárcel, experimentaron severos interrogatorios y sufrieron inhumanos atropellos.

En el Coll había una comunidad que, al estallar la guerra, estaba así conformada: el superior, P. Francisco Reynés; su hermano de sangre, el P. Simón Reynés; el P. Miguel Pons; los Hnos. Francisco Mayol y Pablo Noguera. Solamente el P. Francisco Reynés lograría salvar la vida. Su personalidad decidida, su actitud dinámica, la inteligencia y la simpatía de que hizo gala hasta que sufrió un ataque de apoplejía, le ayudaron, indudablemente, para salir airoso del trance. Conocía mejor la ciudad, contaba con un círculo más amplio de amistades, se movía con mayor desenvoltura.

El ocho de Agosto de 1936 zarpó en un buque hacia la italiana ciudad de Génova. El P. Francisco Reynés moriría el 13 de Julio de 1965 tras padecer, durante veinticuatro años, un ataque que le sumió en una semiparálisis y en una marcada afasia. Gracias a él poseemos un detallado recuento de los sucesos acaecidos a los cuatro Misioneros, a las Hnas. Franciscanas y a la Sra. Prudencia durante los primeros días del alzamiento[3].

---

[3] FRANCISCO REYNES, *De lo que sucedió a nuestra Comunidad de Misioneros de los Sagrados Corazones de Ntra. Sra. del Coll (Barcelona)*. En LLUC, nov. 1936-enero 1937. Con tales datos hilvanó el P. JOSEP NICOLAU uno de los capítulos del folleto



Abside de la iglesia decorado por el artista Llucià Costa, con escenas de la Anunciación y del Nacimiento, de gusto bizantino. Restauración que no pudo inaugurarse. Todo fué pasto de las llamas el 20 de julio de 1936.

Las Hnas. Franciscanas tenían en la barriada del Coll un muy modesto convento situado en la C/ Santuari, 18[4]. Exactamente eran las *Hermanas Hijas de la Misericordia*, una Congregación fundada en Mallorca, como la de los Misioneros mencionados. Una de ellas, Sor Paula de la Trinitat Castillo, había viajado a Mallorca para practicar Ejercicios Espirituales. Otra, Sor Catalina Caldés, estaba fuera de la casa atendiendo a la esposa del Sr. Antoni Rubí, alto funcionario de La Generalitat. La enferma murió la misma noche del 19 de Julio. Sor Catalina quiso regresar al convento. Las advertencias del Sr. Rubí no la disuadieron. Entonces le ofreció un vestido perteneciente a su esposa a fin de que no fuese reconocida como religiosa.

El Germà Francesc Mayol Oliver. Valencia 1987. Así como el capítulo *El Santuario del Coll* en las hojas multicopiadas que titula *Cuatro Palmas de Martirio* (Multicopiado). Palma de Mallorca, Junio de 1991. (Anteriormente había ya multicopiado la mayor parte de los datos restantes).

[4] Actualmente no existe el edificio, pues sobre el solar se han construido apartamentos.

En el convento se hallaban la Superiora y Sor Micaela Rullán. El P. Francisco Reynés les había aconsejado que se refugiaran en una torre cercana. Aunque algunos declarantes dan a entender que siguieron esta recomendación, no parece que la tomaran en cuenta. Posiblemente la Superiora y Sor Micaela esperaban que regresara Sor Catalina. Entre las dos y las tres de la tarde del día 20 un grupo de milicianos allanó el convento y las apresó[5]. Se llevaron a las dos más jóvenes, Catalina y Micaela, pues la superiora ya estaba entrada en años y padecía de cataratas. No servía para ningún trabajo, como pretextó Sor Catalina, a fin de salvarla [6].

Otra comunidad se añade a la tragedia. El día 23 se dio un minucioso rastreo en la barriada del Coll en búsqueda de las comunidades religiosas. Este día caminaban por el lugar dos Hnas. de la Compañía de Sta. Teresa de Jesús. Iban a refugiarse en casa de una hermana de sangre de una de ellas, la Beata Maria Mercè Prat. Ambas habían huido de su convento de la Calle Ganduxer, 41, no lejos de la Iglesia de la Bonanova que desde el Coll los Misioneros habían visto arder el domingo anterior. Las religiosas habían dejado su

---

[5] En cuanto al prendimiento de las Franciscanas, los testigos difieren. Algunos dan a entender que las tres religiosas que quedaban en el Coll se refugiaron en una Torre, siguiendo el consejo del P. Reynés. Pero no precisan cuál, ni dan noticias acerca de la suerte de sus propietarios, una vez los milicianos descubrieron a las Hermanas y las detuvieron. Tampoco explica con coherencia cómo se enteró Sor Catalina del lugar donde se habían escondido las dos religiosas cuando regresó de la casa del Sr. Rubí. Por lo demás, tiene poco sentido que Sor Catalina corriera tanto riesgo para conseguir lo que tenía bien garantizado: un refugio en una zona donde no era conocida, en casa de un alto funcionario que podía ampararla. Pero el argumento más atendible nos lo ofrecen dos testimonios a tener muy en cuenta: en primer lugar, Sor Jerónima Caldés, hermana de sangre y de Congregación de Sor Catalina. Da a entender que todo sucedió en el convento, aunque menciona el consejo del P. Reynés. Coincide en ello el testimonio de Sor Salvadora Mascaró Ferrer, que se hace eco del testimonio de la Superiora, único testigo de los hechos. Se expresa así: *La primera se hallaba de enfermera en casa de un tal Sr. Rubí, Maestro del Ceremonial de la Generalitat, y cuidaba de su esposa, quien falleció aquella misma noche. Al día siguiente, Sor Catalina se propuso ir al convento para no dejar sola a la otra compañera, pero el Sr. Rubí le advirtió del peligro que corría*.

[6] Para mayor información sobre las Hnas. Franciscanas a las que nos referimos, Cf. CARLOS E. MESA, *Dieron testimonio*. Madrid 1963 (especialmente, pp. 51 ss). En el libro hay alusiones al Hno. Pablo Noguera y a la Sra. Prudencia Cañellas.

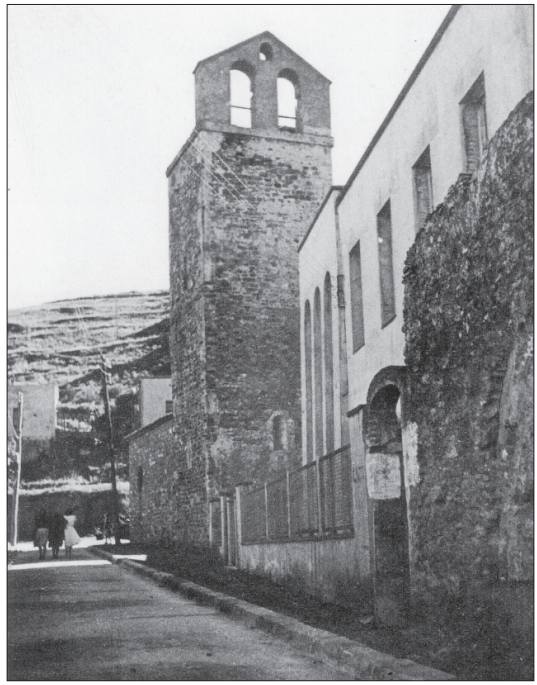
Bella imagen de Ntra. Sra. del Coll, con toda probabilidad del s. XIII, felizmente salvada del incendio.

convento ya el día 20, alojándose los días 21 y 22 en la Torre del Sr. Joan Abel. La noche del 22 la pasaron en casa de la Sra. Esther Sagrera Bustamante, de origen mejicano. También abandonaron este sitio, que no ofrecía garantías, el 23 hacia las 10 de la mañana. Andaban por Vallcarca hacia mediodía cuando levantaron sospechas por su descuidada indumentaria, negra y exageradamente larga.

Una de las religiosas era Maria Mercè Prat i Prat, de Barcelona y la otra Joaquina Miguel Paredes, de nacionalidad portuguesa. Al ser interrogadas, la primera respondió: *somos religiosas de enseñanza*[7].

---

[7] Más datos sobre la vida y la muerte ejemplar de Mercè Prat en M. VICTORIA MOLINS, *Elegida para vivir*. Barcelona 1986. También esta biografía se ocupa en algún momento del Hno. Pablo Noguera y la Sra. Prudencia Cañellas. Una edición en catalán, corregida y aumentada, se titula *Fins donar la vida: vida i martiri de Mercè Prat*. Barcelona 1990. El mismo año 1990 fue beatificada en la Basílica Vaticana. Su compañera en los momentos trágicos del fusilamiento, Joaquina Miguel, gracias a la cual sabemos los detalles de su muerte y también los del Hno. Pablo, tuvo el gozo de asistir a la misma. A la edad de noventa años y con las cicatrices del tiroteo que no logró acabar con su vida.



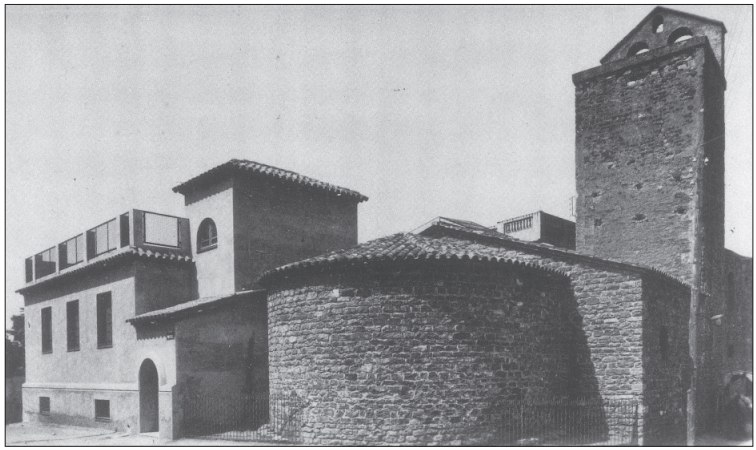
Santuario y parróquia de Ntra. Sra. del Coll.

Asalto al Santuario del Coll

El mismo día de la sublevación, sábado 18 de Julio, no fue distinto a otros muchos por cuanto se refiere a las tareas y ministerios de los congregantes de la comunidad del Coll. Por supuesto, la tensión y la incertidumbre acerca de lo que estaba acaeciendo tenía fuertes repercusiones emocionales en los moradores del santuario.

Al día siguiente, domingo 19, se celebraron las misas según el horario dominical acostumbrado. Se detectó una menor asistencia, sobre todo por cuanto se refería a los niños. Los celebrantes no tenían el ánimo como para hilvanar los hilos de una predicación y la obviaron.

A media mañana descubrieron, desde la terraza, una fuerte humareda sobre el barrio de la Bonanova. La sospecha de que hu-



Exterior del Santuario.

bieran incendiado la Iglesia-Santuario del lugar fue confirmada por algunos viandantes que procedían del sector. Un par de horas más tarde se vieron sorprendidos por la estridencia de una detonación. Observaron de nuevo una gran humareda, esta vez en el más cercano puente de Vallcarca. Supieron luego que unos jóvenes chocaron, en una curva, incendiándose el vehículo y explotando las bombas -con destino a los templos de la ciudad- que llevaban en el camión.

Hacia el atardecer, los congregantes cerraron cuidadosamente el templo por lo que pudiere acaecer. Dado el cariz que tomaba la situación, algunas familias amigas invitaron a los Padres a pernoctar en sus casas. No se les había ocurrido la posibilidad, pero el P. Fco. Reynés ponderó el asunto y aceptó. Llamó a la comunidad. Rezaron el rosario y la corona de oro ante el Santísimo. Seguidamente cambiaron la antigua y valiosa imagen de la Virgen del Coll por otra de la Merced, de menos valor artístico.

Los Padres mudaron el traje talar por uno seglar. Lo tenían a punto desde hacía tiempo, pues eran conscientes del peligro que corrían. Llamaron a las familias que les habían invitado a pasar la noche en sus casas. El superior evitó todo dramatismo y se contentó con despedir, sin abrazos ni interjecciones, a los miembros de su co-

munidad. El Hno. Mayol insistió en permanecer en el lugar. Como no barruntaban un peligro inminente y, quizás debido a su edad y aspecto, se le permitió realizar su deseo, creyendo que ningún percance le podía suceder.

Al P. Fco. Reynés le acogieron bondadosamente sus anfitriones y le instaron a que se instalase en la habitación más cómoda. Puso el Santísimo en una mesita y encendió una pequeña lámpara ante el mismo. No pudo conciliar el sueño a causa de las preocupaciones y presentimientos que le perturbaban. Los PP. Simón y Miguel se refugiaron en la tienda de comestibles *El Pagès*, situada frente al Santuario. El Hno. Noguera en la no lejana *Torre Blanca.*

Apenas tocadas las cuatro del lunes, día 20, se escuchó un fuerte tiroteo, probablemente con la intención de amedrentar a quien intentara defender la casa y el templo del asalto de que iba a ser objeto. En efecto, muy pronto unos individuos empezaron a golpear furiosamente las verjas que daban a la calle. Se animaban mutuamente a no cejar en el empeño. Abatida la primera verja, centraron sus desmanes en la puerta del templo que ofreció mayor resistencia.

Entonces cambiaron de plan. Trataron de penetrar en la casa contigua, menos resistente. Lo consiguieron. Registraron y robaron a mansalva. Le prendieron fuego. Se observaba la humareda saliendo por las ventanas, particularmente las que daban a la biblioteca. Una vez en la casa hallaron menos dificultades para trasladarse a la iglesia. Los cristales de los ventanales cayeron destrozados por los tiros. Amontonaron los bancos, dispararon innumerables municiones contra las paredes del edificio con una rabia digna de mejor causa. Penetraron en la sacristía y en una sala destinada a obras sociales. Pegaron fuego a cuanto hallaron al paso. La construcción, sin embargo, no se resintió, pues era muy sólida.

Toda esta brutalidad se prolongó a lo largo de hora y media. Cuando ya ardían todas las dependencias, y a punto estaban de abandonar el pillaje, apareció el Hno. Mayol. Le dijeron que se

Interior de la iglesia restaurada y ampliada en su nave y crucero.

marchara. El se resistió reclamando un rinconcito cualquiera, puesto que no tenía donde dirigirse. Los autores de la devastación eran entre veinte o veinticinco jóvenes. Los de más edad no superarían los 25 años.

El superior estaba muy cerca del lugar de los hechos. Cuando pasaron ante la casa que le refugiaba escuchó: *aquí, un convento de monjas*. Le respondieron: *no vale la pena. Son cuatro que no tienen sino mocosos. Vamos a continuar nuestro trabajo*.

Apenas desaparecieron, el Hno. Mayol cogió un ramo del huerto y se propuso apagar el fuego. Regresó la pandilla con petardos y repitió la operación incendiaria. De nuevo el Hno. acudió con su ramo -todo un símbolo de denso significado- para sofocar las llamas. Por tercera vez los incendiarios volvieron a las andadas. Y en esta ocasión le amenazaron con fusilarle si no desaparecía del lugar inmediatamente.

En una de las visitas de los milicianos al templo, colocaron una bomba de antracita junto al altar, con la intención de arrasar el edificio. Afortunadamente, el Sr. Juan Pelegrí Llorens, logró retirar el artefacto. Dicho señor era esposo de Dña. María Victoria Massip

Aguilar, ambos propietarios del centro de diversiones *El Casal*, situado por entonces junto al Santuario.

En el entretanto, se amontonaron algunos curiosos. Unas muchachas instaban a los incendiarios a mostrarse duros con los sacerdotes. Cuando el grupo dio por acabada su labor vandálica, bajó hacia Horta para seguir con los incendios en otros templos. Se lamentaban algunos de sus integrantes de que escaparan los sacerdotes y auguraban que no volvería a sucederles.

Algunos vecinos del Santuario exhortaban al Hno. Mayol a retirarse porque peligraba seriamente su vida. Respondía el hombre, tranquilamente, que no deseaba sino acabar sus días junto al trono de la Virgen. Finalmente se unió, sin embargo, a los PP. Simón y Miguel, quienes se habían refugiado en la tienda de comestibles *El Pagès*, situada frente al Santuario.

A lo largo del día no cesó el ir y venir de vehículos cargados de milicianos con el fin de impedir la extinción de los incendios y apuntando a los cuatro costados con ademán intimidatorio. Al parecer, recelaban de algún acontecimiento contrario a sus planes y disimulaban su miedo con gesticulaciones desmesuradas y autoritarias.

Acosados y perseguidos

Mientras se desgranaban tales acontecimientos, el P. Fco. Reynés temió en algún momento por su vida, pues se hallaba a muy poco trecho del lugar. Incluso trató de sumir las hostias que había llevado consigo temiendo lo peor. Luego se trasladó a una casa del centro de la ciudad que ofrecía más garantías. Tras mil peripecias y temores, disfrazado, y hasta amaestrado para efectuar el saludo de los milicianos si llegaba el caso, consiguió huir del peligro y llegar incólume a Italia.

Los PP. Simón Reynés y Miguel Pons, junto con el Hno. Mayol, transcurrieron horas inacabables en el huerto de la tienda *El Pagès*. No volverían a ver a los otros dos miembros de la comunidad.

Por su parte, el Hno. Pablo Noguera se había refugiado en la *Torre Blanca*, donde le esperaban mayores angustias y brutales torturas.

El martes 21 aparece en la crónica martirial que nos ocupa una señora solidaria, generosa, valiente y desinteresada: Doña Prudencia Cañellas. El relato lo escuchamos ahora de Teresa Roca, su amiga[8]. Sabiendo muy bien lo que significaba albergar a los sacerdotes en su casa, decidió, no obstante, ofrecerles su residencia, *Torre Alzina*, de la que era propietaria. Creyó la señora que, al estar situada a mayor distancia del templo del Coll, garantizaría mejor la seguridad de los religiosos.

Su amiga, Teresa Roca, fue a la tienda al anochecer, hizo su compra y gesticuló a los refugiados a fin de que la siguieran hacia la torre. Estos, en mangas de camisa, con la chaqueta descansando en el brazo y, por una calle secundaria, se pusieron en camino. Al poco trecho se unió al grupo la propia señora Cañellas.

Ya en *Torre Alzina*, los dos sacerdotes ocuparon una misma habitación, mientras el Hno. se instalaba en otra. La noche del martes, todo el miércoles y la mañana del jueves, permanecieron en la casa. Continuaron su ministerio sacerdotal en circunstancias especialmente graves. Celebraron la Eucaristía el miércoles y el jueves. Un mueble hizo las veces de altar. No usaron ornamentos porque no los había a su alcance. El copón que habían llevado consigo sirvió muy bien para el caso. Impartieron el sacramento de la penitencia a la gente que fue a la casa y lo solicitó. Administraron la comunión al Hno. y a ambas señoras.

A lo largo de estas angustiosas horas recurrieron frecuentemente a la oración. Y en la última celebración eucarística del jueves quisieron sumir todas las hostias pues creían próxima la partida hacia Mallorca.

---

[8] A partir del artículo 120 casi todos tienen que ver con las declaraciones de esta mujer. Las multicopió, por vez primera, el P. GABRIEL SEGUI, *Artículos que se proponen para la Causa de Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios...* (1958). (Ejemplar multicopiado).

Casa nº 85 de la actual calle "dels Santuaris", sede entonces del comité de la FAI, lugar del inicuo y sumario interrogatorio.

Sin mayores reservas paseaban por el jardín, no obstante el peligro de ser observados y denunciados. Les exhortaron a ser más cautos, pero respondieron que, si se presentaban los milicianos para llevarlos consigo, ni huirían, ni se defenderían. Más bien les preocupaba a los tres la situación que pudiera vivir el Hno. Noguera y por ello pidieron a la Sra. Roca que lo visitara en *Torre Blanca*. Así lo hizo ella en varias ocasiones.

Llegamos de este modo al fatídico jueves, día 23. Teresa pidió unas camisas y alguna otra prenda a la vecina de la *Torre Vila*, Antonia Canal, con la intención de que les sirviera a los refugiados en su inminente -según creían- viaje a Mallorca. Bajó luego a la ciudad, a la C/ Mallorca, 279 (?) donde residía un amigo de la comunidad, el Dr. Salom. Pensaban que allí, donde el superior se había alojado temporalmente, habría dejado los pasajes para trasladarse a la isla. Pero no había tales pasajes. Dicho señor acompañó en coche a Teresa hasta las cercanías de la Torre.

Terraza de la misma sede de la FAI donde se efectuó el primer simulacro de fusilamiento la tarde del 23 de julio.

Tras la comida, en la que seguramente, crecería la inquietud por la incertidumbre del próximo futuro, sonó el teléfono. Era el P. Francisco Reynés, superior, que se interesaba por la situación que vivían. Lo hacía con muchas precauciones, a fin de no comprometer a sus anfitriones. Se le informó que los Padres y las Hnas. franciscanas se encontraban bien. Incluso la barriada estaba tranquila.

La tragedia de *Torre Alzina*

Sin embargo, no tardó en llegar un camión repleto de milicianos y en busca de los religiosos. Primero acudieron a *Torre Vila*, a cuya posadera Teresa había pedido las camisas. Los milicianos transpiraban miedo por los poros y, temiendo encontrar resistencia, disparaban a mansalva. Obligaron a los que cuidaban de la Torre a salir fuera. Incluso a uno de sus hijos que padecía vómitos de sangre y llegó a pedir que lo mataran con tal de acabar con sus dolencias y con los maltratos de que era objeto.

Cuenta Teresa que los milicianos hicieron un cuidadoso registro de la vivienda tratando de encontrar a los religiosos. Revisaron todas las salas y destruyeron cuanto pudiera relacionarse con la fe, aunque no robaron nada. En vista del fracaso, pasaron a la *Torre Alzina* para llevar a cabo sus propósitos sanguinarios.

Los paramilitares acordonaron el edificio. Tocaron a la puerta. La Sra. Cañellas no permitió que abriera Teresa, sino que quiso hacerlo personalmente. Un grupo de afiliados a la C.N.T. le preguntó si alojaba a tres sacerdotes. Respondió que sí, a lo cual la conminaron a que bajasen inmediatamente.

Los tres religiosos no vacilaron tratando de salvaguardar a la Sra. Cañellas. Se puso a la cabeza el P. Simón Reynés, le siguió el P. Miguel Pons y el Hno. Mayol. Luego también bajaron ambas señoras. Atravesaron un pequeño comedor y al llegar a un portal que daba al jardín, donde se encontraban los hombres de la C.N.T., fueron abundantemente tiroteados.

El P. Simón cayó en una esquina del jardín, de pronunciada pendiente. Los tiradores se ensañaron con él. Le desfiguraron totalmente el rostro. De ahí que posteriormente no le fotografiaran en el Policlínico como sí hicieron con sus dos compañeros y con tantos otros religiosos muertos en circunstancias semejantes. El P. Pons cayó asesinado sobre el mismo portal que daba al jardín. Por su parte, el Hno. Mayol recibió unos disparos en el estómago y se desplomó entre la cocina y el comedor.

Las dos señoras, horrorizadas, pudieron bajar hasta el jardín. Los milicianos les instaron, bajo amenaza de muerte, a guardar silencio sobre lo ocurrido. Y se marcharon. Pero en los alrededores había otros milicianos que, al escuchar el tiroteo, y pensar -presos de su propio pánico- que los religiosos se defendían, comenzaron a disparar al aire sin ton ni son. Así pretendían atemorizar a los supuestos enemigos. Una de las balas rebotadas se incrustó en el muslo de uno de ellos. Lo relató el propio protagonista unos veinte años después.

Desde el lugar de la ejecución en la falda del monte Tibidabo, Barcelona. La última imagen que vieron nuestros mártires.

A todo ello, las señoras de *Torre Alzina* estaban sobresaltadas y aterrorizadas. Todavía retumbaban las amenazas de los hombres armados en sus oídos cuando subieron a la primera planta y se abrazaron. Lentamente recobraron la serenidad. Bajaron de nuevo para observar el macabro espectáculo de los hombres fusilados. Percibieron signos de vida en el Hno. Mayol. Le preguntaron si algo le dolía. Las dos mujeres subían y bajaban, atolondradas, sin saber qué hacer.

Otra vez se presentaron los milicianos. Prendieron inmediatamente a la señora Cañellas pretextando que debía ser interrogada. Observando que el Hno. Mayol todavía agonizaba, le remataron asestándole unos tiros en la cabeza. Bajo amenazas de muerte, y con el revólver en el pecho, la Sra. Roca tuvo que acompañar a los milicianos a cada una de las dependencias de la casa. Las registraron y destruyeron con saña cuanto se relacionara con la religión. Todo esto sucedía hacia las siete de la tarde. Cerca ya de las once llegó una ambulancia que recogió los cadáveres y los trasladó al Policlínico.

Recodo de la carretera de la "Arrabassada", lugar del holocausto de Pablo, Catalina, Micaela y Prudencia

Al día siguiente, viernes, 24 de Julio, el P. Francisco Reynés leyó el periódico *La Vanguardia*, que descansaba sobre la mesa del comedor de la casa que le daba refugio. *En una torre de la calle Ntra. Sra. del Coll se han encontrado tres cadáveres...* La noticia no coincidía del todo con los detalles que él sabía sobre el paradero de sus hermanos. Se resistía a llamar por teléfono a fin de que no le confirmaran su negro presentimiento. Al final se decidió. Y le respondieron: *por aquí, desolación completa; de los suyos, ¿qué le diré?, ¿cómo lo diré? Requiescant in pace*. Volvió a preguntar: *¿los tres?* A lo que escuchó: *Sí, los tres, el viejo y los dos Padres*.

El relato minucioso ha llegado hasta nosotros por dos testigos de primera mano, como hemos indicado. El P. Francisco Reynés que dictó la crónica de los hechos al P. Miguel Pascual en Asís, donde se repuso por un tiempo de tanta tragedia. Y la Sra. Teresa Roca que formuló sus declaraciones ante el Tribunal eclesiástico,el cual instruyó el proceso en Barcelona. Años después de los acontecimientos, se recogieron también testimonios secundarios de algunos protagonistas.

Lienzo de la artista Pilar Leita. Pablo, Miguel, Simón y Francisco con símbolos en las manos: azucenas, patena, cáliz y ramas del jardín.

El mencionado historiador Sanabre, archivero diocesano de Barcelona, comenta que fue una de las primeras comunidades de la capital en pagar tan alto tributo de sangre. Y también que este caso constituye uno de los dramas más bárbaros y sangrientos de la revolución en la ciudad. Todo ello sucedió, según el mismo autor, a las cinco horas de la tarde.

El Hno. Pablo: silencio ante el martirio

Simultáneamente a la tragedia que vivieron los Misioneros de los SS. CC. y quienes les acogieron heroicamente, otras escenas se desarrollaban en la ciudad convulsionada. El Hno. Pablo Noguera se había refugiado en la *Torre Blanca*. Sabemos que lo visitó Teresa en algunas ocasiones, exhortada por los miembros de su misma comunidad. Su camino hacia el martirio sería más penoso. Lo acompañarían hacia el mismo diversas religiosas y la Sra. Prudencia Cañellas, la valiente mujer que había acogido a sus hermanos de Congregación.

A las Hnas. Franciscanas, anteriormente aludidas, una vez apresadas, las llevaron al Comité de la F.A.I. Fueron atormentadas y ultrajadas, según contó luego un sacerdote, joven estudiante en la época. Lo supo por los comentarios atendibles y repetidos que recogió en la barriada, donde vivía por entonces. Las Hnas. de la Compañía de Sta. Teresa de Jesús acabaron también en este lugar, tras ser apresadas a media mañana del día 23 mientras caminaban por Vallcarca. Las cuatro religiosas y el Hno. Pablo Noguera se encontraron, pues, reunidos en el mismo edificio en las últimas horas de sus vidas.

El Hno. Pablo estaba sumido en un intenso silencio. Las religiosas lo creyeron jesuita, al menos en un primer momento. Tenía las manos atadas a la espalda, su aspecto era muy joven, estuvo siempre con los ojos bajos y no dijo ni una palabra. Impactó a las Hnas. una tal actitud, contó luego Sor Joaquina Miguel.

El grupo de las cuatro religiosas y el Hno. Pablo tuvo que sufrir la rabia, el desprecio y el sadismo de los milicianos que los habían apresado. Al iniciarse la tarde del 23 de julio, los colocaron en el patio, en fila, diciéndoles que los iban a fusilar, mientras enarbolaban las armas. Las burlas y maltratos eran todavía más pesados para con el joven Pablo. Lo amenazaban con echarle por un barranco. En efecto, estaban en lo alto de una estrecha franja de terreno. La altura que alcanzaba el mismo por la parte exterior era considerable. Todavía hoy puede apreciarse la peculiar estructura de la casa. El simulacro de ejecución se repitió a lo largo de varias horas. Las ametralladoras apuntaban a la cabeza, al pecho, al estómago.

Luego, en una habitación que hizo las veces de cárcel, colocaron juntas a las religiosas, y al Hno. Pablo un tanto distanciado. Las municiones que allá guardaban las lanzaban, de vez en cuando, a puñados, sobre la cara de los cinco cautivos. Seguían amenazando con disparar las ametralladoras y con golpes mortales en la cabeza. Todo ello en unas escenas que ilustran la poca dignidad mostra-

da por los guardianes de tan indefensos e inocuos presos. *¿Rezáis, eh? Pues como sigáis haciéndolo os meteremos la bayoneta por la boca. Ya estáis enteradas.*

Al parecer llegaban órdenes contradictorias, una de ellas de que no había que fusilar al grupo. Se suspendió el simulacro y, por un momento, cristalizó un hálito de esperanza. En un momento dado separaron a los presos y los llevaron a diversas casas cercanas. Al Hno. Pablo lo condujeron al *Casal Català*, bien custodiado.

Al anochecer un camión fue recogiendo al grupo anteriormente dispersado. Se reencontraron las dos Hnas. franciscanas, las religiosas de la Compañía de Sta. Teresa y el Hno. Pablo Noguera. Se agregó una nueva víctima: la Sra. Prudencia Cañellas, la viuda que había alojado a los Misioneros asesinados en su propia casa. El camión partió raudo, atravesando calles y zonas despobladas. Los milicianos paraban de vez en cuando y charlaban. Luego reemprendían la marcha. Lo cual angustiaba al máximo a los prisioneros.

El vehículo llegó a un descampado. Situaron al grupo en un recodo de la carretera que conduce al Tibidabo, llamado *la Rebassada*. Un entrante de la montaña hace las veces de paredón. Lugar propicio para aquellos asesinatos que requerían del silencio y las sombras.

Primero fue obligado a descender del camión el Hno. Pablo. Luego los demás. A las Hnas. Mercedes y Joaquina, de la Compañía de Sta. Teresa, junto con Sor Catalina, franciscana, las situaron en la cuneta que daba a la montaña. A Sor Micaela, también franciscana, a la Sra. Cañellas y al Hno. Pablo los pusieron igualmente en fila, y de espaldas a la carretera, pero en la otra cuneta. El pelotón de fusilamiento, cinco o seis hombres, situados en medio, ametrallaron a los religiosos[9].

---

[9] Un error no explicado comete el presbítero JOSÉ SANABRE SANROMA, *Martirologio de la Iglesia en la diócesis de Barcelona durante la persecución religiosa 1936-1939.* Barcelona 1943. En esta elogiable obra, que recopila gran cantidad de datos, dice

La Hna. Joaquina, que no había sido herida de muerte, al desplomarse tras la primera descarga fingiéndose muerta, atendió a su compañera. Tampoco Sor Catalina recibió impactos mortales del tiroteo. Aun cuando alguien acudió de nuevo al lugar con el propósito de rematar a las víctimas y darles el tiro de gracia, el hecho es que las Hnas. Joaquina y Catalina lograron abandonar el lugar con mucho esfuerzo y sufrimiento.

Sor Catalina fue a casa de una tal Antonia Canal, a la que había atendido como enfermera. Pero, por las presiones de su marido y su hijo, ésta no le permitió la entrada, pues arriesgaba su vida y la de los suyos. Sí le ofreció algo de beber. La curó, le vendó las heridas y le proporcionó una silla en el jardín, donde pasó el resto de la noche. La Hna. comunicó la noticia de los fusilamientos y le dio a la señora una medalla que había recogido del pecho de Dña. Prudencia con el fin de hacerla llegar a su hermano. Luego la Señora Antonia Canal contactó con un pariente miliciano que trabajaba en el Comité para que llevara a Sor Catalina al Hospital Clínico para curarla. De hecho la llevaron a la muerte[10].

Sor Joaquina se refugió en una casa de campesinos (*masia*) y luego pasó a Portugal gracias a las gestiones del cónsul de este país. Conservó en su cuerpo las múltiples cicatrices que le infligieron. Gracias a ella sabemos muchos de estos detalles.

(p. 164) que la Sra. Prudencia *fue asesinada por la noche en el barrio de S. Ginés dels Agudells*. Sabemos que no fue así. El P. Seguí, en sus *artículos...* citados, no advierte el error. En cambio sí matiza algunas frases del historiador Sanabre en relación a Dña. Prudencia y nuestros mártires (arts. 163-166).

[10] El relato lo confirmó una nieta de la Sra. Canal al P. Antonio Picornell cuando éste vivía en el Coll. La Sra. Canal no se atrevió a dar entrada a la religiosa en la casa, pero jamás tuvo la intención de hacerle daño. Mientras ella pensaba que la llevarían la hospital, la condujeron a la muerte.

EL TRASFONDO DE LA CUESTION. LOS PROTAGONISTAS

El hecho de una masacre tan global y encarnizada como la de 1936, en la que nuestros biografiados también ofrendaron su sangre, se presta a preguntarse el porqué. ¿Qué sensible resorte se ponía en marcha en estos hombres capaces de asesinar cuando se les hablaba del tema religioso? ¿Qué traumas, qué odios se despertaban en ellos? ¿Qué venganzas o inconformidades se exasperaban para agredir, hasta la muerte, a clérigos y religiosas, incluso a los simples laicos que profesaban la fe católica? ¿Por qué una imagen o un escapulario les enardecía y sacaba de quicio?

Un catolicismo poco tolerante

Hay que admitirlo sin rodeos: los hombres que conformaban la Iglesia de la época se ensuciaron con el lodo del camino y, en más de una ocasión, cargaban las tintas de los ajenos defectos y de las propias virtudes. Tratemos de comprender la agresividad y el odio -se diría que irracional- que movió a quienes convirtieron a tantos religiosos, sacerdotes o laicos en víctimas[11].

---

[11] Alrededor de esta espinosa cuestión se ha vertido muchísima tinta y, por lo general, tomando partido por uno u otro bando. Citamos algunas obras que sacan conclusiones atendibles y recurren a documentos verificables. HILARI RAGUER, *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la guerra civil española*. Ed. Península. Barcelona 2001. ALBERT MANENT / JOSEP RAVENTÓS, *L'església clandestina a Catalunya durant la guerra civil (1936-1939).* Publicacions de l'Abadia de Montserra. Barcelona 1984. JOSEP MASSOT MUNTANER, *La persecució religiosa de 1936 a Catalunya. Testimoniatges.* Abadía de Montserrat 1987. También JOAN BADA, *Guerra civil i Església catalana. La "recepció" de la guerra civil per L'Església de Catalunya (1938-1953).* Abadia de Montserrat 1987. Por su parte hay quien aporta numerosa bibliografía al respecto. Asi HILARI RAGUER*, l'Església i la guerra civil (1936-1939). Bibliografia recent (1975-*

La Iglesia, en cuanto tal, no tomó parte activa en las ejecuciones. Pudiera ser, sin embargo, que las víctimas de sus propias filas obtuvieran mayor eco que las víctimas de filas ajenas. También hay que tener en cuenta la estrecha unión de la Iglesia con la monarquía y la sociedad burguesa. Muchos ciudadanos -sindicalistas, de izquierdas o simplemente pobres- la veían con malos ojos porque se había aliado con los que consideraban sus enemigos: burgueses, patronos y partidos de derecha. Tal parece que la caída de la Corona y la burguesía en 1931 arrastró consigo a los poderes espirituales que la sostuvieron.

Los católicos conservadores creyeron que la Iglesia y la monarquía requerían una única e indivisa defensa, como si se tratara de dos caras de una misma moneda. La verdad es que también existían católicos de talante liberal y democrático que llegaron a aceptar la República, pero no lograron desvanecer la impresión contraria producida por la mayoría. De ahí que la República agrediese a las instituciones católicas, aunque no hubiera nacido con este cometido.

Es cierto que en España apenas si hubo tradición de catolicismo liberal. Hubo, sí, catolicismo integrista, culpable de fuertes tensiones en el interior de la Iglesia y provocador de aspavientos y polémicas infecundas. Para sus representantes no cabía otra estrategia que el choque frontal con el ateísmo, el agnosticismo y el anticlericalismo. No querían saber de tolerancia, distingos ni diálogos.

Justamente en los últimos lustros del s. XIX los católicos integristas dirigieron todas sus energías a frenar los cultos no católicos y a defender con uñas y dientes la protección estatal de las instituciones confesionales. No es de extrañar en demasía que, con tales precedentes y con la firme unión entre Iglesia y monarquía, los gobernantes surgidos en la República tuvieran como objetivo relevante el ataque a la Iglesia.

1985) en "Revista Catalana de Teologia" 11 (1986) 119-252 y JOSE M. MARGENAT PERALTA, *La Iglesia en la Guerra civil de España*. Boletín bibliográfico en "Miscelánea Comillas" 44 (1986) 523-555.

Todo ello, sin embargo, no llega a explicar la magnitud de la tragedia, la violencia irracional, la crueldad y el odio que se constata en los asesinatos multiplicados, en los acosos implacables, en la sed de sangre y el afán de ultrajar a quienes se identificaran con la fe católica.

De hecho, muchos católicos, y sobre todo los clérigos, sufrieron cárcel y muerte por profesar la fe o ser ministros de la Iglesia. No porque hubieran cometido algún delito contra el Estado o hubieran perjudicado con algún crimen verificable a la sociedad. Los renponsables de las muertes alegaron frecuentemente que pretendían un objetivo político. Puede que fuere así, pero en todo caso, la mayoría de los que fueron fusilados tuvieron muy poco que ver con quienes apoyaron situaciones políticas injustas. Los mártires del Coll eran personas sencillas y austeras, dedicadas a ministerios sin pretensiones. Pagaron justos por pecadores.

Hay testimonios que cada uno interpretará como mejor sepa, pero que ahí está. Así algunos escritos del órgano oficial del P.O.U.M.[12], *La Batalla*, el objetivo a conquistar: *no se trata de incendiar iglesias y de ejecutar a los eclesiásticos, sino de destruir a la Iglesia como institución social... Debe acabar ya en absoluto todo terrorismo individual*. Por su parte, *Solidaridad Obrera* (órgano de la CNT de Barcelona), el 20 de agosto escribía: *Hemos encendido la antorcha aplicando el fuego purificador a todos los monumentos que desde siglos proyectaban su sombra por todos los ángulos de España, las iglesias, y hemos recorrido las campiñas, purificándolas de la peste religiosa*.

Algunos historiadores aventuran que se requiere una cierta organización para incendiar prácticamente todos los templos de la zona republicana. Alegan que se hace cuesta arriba atribuir a accio-

[12] Siglas equivalentes a *Partir Obrer d'Unificació Marxista*. Organización política de carácter comunista heterodoxo.

nes aisladas o de grupos incontrolados la búsqueda y destrucción sistemática y meticulosa de los objetos religiosos. Más aún que se haya acosado sistemáticamente a obispos, religiosos y religiosas. Y que, finalmente, se les haya asesinado.

Desde luego, no se puede probar con documentos en la mano el hecho de que el gobierno republicano ordenara explícitamente la persecución contra la Iglesia. Mucho menos que la ordenara *la Generalitat*. Más bien abundan testimonios de que querían impedirlo. Sin embargo es cierto que unos grupos de asesinos organizaron comités revolucionarios que recibieron diversos nombres y ejecutaron materialmente las disposiciones tomadas en instancias políticas o sindicales de mayor nivel. Y de tales instancias recibieron armas y municiones.

Los mencionados comités actuaron con total impunidad. Detuvieron y ejecutaron sin que se enterara de ello al poder judicial, sin que los acusados tuvieran la menor posibilidad de defensa. En algún momento ciertas voces más conscientes y lúcidas, al ver lo que estaba sucediendo, dieron la voz de alerta a sus propios partidarios: *que la revolución no nos ahogue en sangre. Justicieros conscientes, sí; asesinos, nunca*[13].

Las víctimas eclesiásticas de la persecución comúnmente aceptadas, desde el inicio de la guerra hasta su conclusión, ascienden a 6.832. De ellas, 4.184 pertenecían al clero secular (incluidos doce obispos, un administrador apostólico y varios seminaristas). El número de religiosos sacrificados fue de 2.365 y el de religiosas, 283. Imposible ofrecer cifras precisas de los laicos asesinados por su militancia católica. Pero sobrepasan seguramente los dos mil. Concretamente, en la diócesis de Barcelona se cuenta un total de

[13] Así se expresó la Federación Local de Sindicatos de Barcelona en un manifiesto. Lo reprodujo el periódico ABC el 31 de Julio de 1936. Citado por VICENTE CARCEL ORTI, *La persecución religiosa en España durante la segunda república (1931-1939)*, 225. Ed. Rialp. Madrid 1990.

279 víctimas entre el clero incardinado en la diócesis en 1936. Más de un 22%[14].

En la zona republicana el culto fue prohibido a lo largo de los tres años. Oficialmente la Iglesia no existía. La inmensa mayoría de los sacerdotes o religiosos de ambos sexos que fueron ejecutados no estuvieron ni lejanamente implicados en las luchas políticas y menos en las de carácter bélico. El criterio para exterminarlos radicaba en su estado de vida sacerdotal o religioso. Aunque deba reconocerse que muchos identificaban Iglesia, injusticia y burguesía. Atacaron a los eclesiásticos por considerarlos enemigos de la causa.

Si en la zona nacional se ejercieron numerosas violencias y represiones, igualmente incalificables, contra socialistas, comunistas y anarquistas, ahí encontramos un claro ejemplo de represión política. Pero las violencias contra los eclesiásticos puede que fueran más allá de las razones políticas. No había razón para ejecutar a un colectivo numeroso, tan ajeno a las armas. En todo caso no había razón proporcionada. No había motivo para exterminar a unas personas preocupadas por la enseñanza, la predicación y la administración de los sacramentos. A menos que el motivo sobrepasará la cuestión política y se dirigiera a exterminar la religión, a la que identificaban con los abusos políticos y toda clase de injustícias.

A la vista de quien quiera leerlo está el informe de Manuel de Irujo, ministro de la República, presentando al Gobierno el balance de la persecución religiosa de modo preciso y en tono distante. Tras hablar de los incendios de templos (*en Cataluña con carácter de normalidad*), de objetos de culto requisados, de imágenes vilipendiadas, se refiere a las ejecuciones.

---

[14] Cf VICENTE CÁRCEL ORTI, *La persecución religiosa en España durante la segunda república (1931-1939,* 234. El autor ofrece los porcentajes de víctimas del clero por diócesis. En la de Barcelona cayeron 279 víctimas, de un total de clero incardinado ascendente a 1.215. Es decir, un 22.3 % del mismo. Estos datos son los que ofrece Antonio Montero Moreno.

> *Sacerdotes y religiosos han sido detenidos, sometidos a prisión y fusilados sin formación de causa por miles; hechos que, si bien amenguados, continúan aún, no tan solo en la población rural, donde se les ha dado caza y muerte de modo salvaje, sino en todas las capitales. Madrid y Barcelona y las restantes grandes ciudades suman por cientos los presos en sus cárceles, sin otra causa conocida que su carácter de sacerdote o religioso*[15].

Personas sencillas, piadosos religiosos

En este escenario de fusiles y pistolas, de odios desatados y venganzas desmesuradas, les tocó transcurrir sus últimos días a la mayoría de los religiosos de ambos géneros que residían en El Coll. Las religiosas se dedicaban al cuidado de los enfermos con una entrega sin fisuras o a la enseñanza de los niños del lugar. En sus biografías se traza el itinerario de su vida, de sus sentimientos y anhelos. Quienes convivieron con ellas insistían: se trataba de personas sencillas, amables, alejadas de toda complicidad con la política.

En cuanto a los Misioneros de los SS. Corazones, unos impartieron clases y tuvieron dificultades para imponer la disciplina entre sus alumnos. Los Hnos. trabajaron en la huerta, en tareas domésticas, subieron y bajaron la montaña del Coll para realizar las compras de cada día. No fueron grandes líderes, ciertamente, ni tampoco se convirtieron en ningún momento en focos de conflicto por mor de su desbordante personalidad. Donde quiera pasaron, no pusieron de manifiesto un carácter impetuoso, ni un comportamiento fuera de lo común.

El P. Zubitegui, Superior General al cumplirse los cincuenta años de la inmolación, los describió así:

---

[15] Se trata de un informe muy revelador por proceder de quien procede. Es bien conocido por todo aquel que se interesa en el asunto. Lo reproduce el mencionado ALBERT MANENT, *La Iglesia durante la guerra civil*...

> *Nuestros cuatro hermanos eran gente sencilla, muy sencilla; algunos enfermizos, casi todos retraídos, con personalidad tímida, modesta, psicológicamente débil. Y en el caso del Hno. Pablo, se trataba de un menor de edad, a los 19 años, en período de crecimiento y formación*[16].

En un barrio obrero y periférico de Barcelona, más bien hostil a la Iglesia, vivían en el anonimato. Sus horas transcurrían junto a los niños y entre viejecitas devotas de la Virgen. Consta que eran afables cuando, por unos momentos, lograban hacer retroceder su timidez y sus excesivas cautelas.

No cultivaron grandes dotes de organización, ni se mostraron cual brillantes conferencistas. No fueron pensadores relevantes. En sus cartas hablan de cosas cercanas, de afectos comunes. Se entregaron a su ministerio sacerdotal unos y al de coadjutores los otros. Se aproximaban mucho al perfil del religioso ejemplar que dibujaba la época: disciplina, rectitud moral en toda situación, compromiso misionero en el entorno.

Daban clases gratuitas a los niños pobres, organizaban con esmero y constancia las sesiones de catequesis. No olvidaron el cine religioso y moral que, por aquellos entonces, ofrecían las parroquias a fin de difundir espectáculos ejemplarizantes. Tampoco desatendieron los Coros -unos veinte- de la Asociación de los SS. Corazones. Entre sus tareas catequéticas contábase igualmente la explicación dominical del catecismo a los adultos, el acompañamiento espiritual a las Carmelitas Descalzas y el cultivo de una escolanía de reducido número de niños.

Apenas si alguien conocía a estos obreros callados de la fe, más allá del pequeño radio de su residencia. Sus obras, su vida, podían provocar reacciones diversas -jamás enconadas- y ser juzgadas con variables medidas. Unos pensarían que se trataba de infelices seres humanos, voluntariamente marginados de los grandes gozos

---

[16] P. JUAN ZUBITEGUI, *Les arrebataron la vida*, 7. Madrid 1986.

y tragedias de la vida. Los otros los admirarían como cristianos humildes, religiosos convencidos, pacientemente entregados y generosos, sin ánimos insanos de grandeza.

¿A qué pozo fueron a beber los asesinos de tales religiosos, para retener tanta saña y disparar sin compasión a sus corazones y sus cerebros? ¿Qué habían hecho los clérigos y los coadjutores para atraer sobre sí tanta venganza? Ajenos a la política, extraños a las milicias, irrelevantes en la sociedad de los que contaban algo...

Sólo se comprende el asesinato si los verdugos luchaban contra una causa, una idea, una fe que era la profesada por los religiosos. Pero es manifiestamente injusto matar a unos seres humanos débiles e indefensos a causa de una fe que jamás les llevó a mancharse las manos ni a otra cosa que no fuera la entrega diaria y perseverante. Ninguno de ellos, con su nombre y apellido, tenía nada que reprocharse referente a políticas y estrategias. Sus asesinos no lo tuvieron en cuenta. No dispararon contra ideas, sino contra personas de carne y hueso.

Al margen de lo que se piense acerca de la injusticia o la justificación de la guerra civil, una cosa es cierta: ellos y ellas murieron totalmente ajenos a complots militares, ideologías políticas y actitudes antigubernamentales. Murieron mártires. Si en algo los testimonios del proceso resultan repetitivos, y hasta cansinos, es cuando aseguran que estos hombres y mujeres no tenían que ver con la política ni manifestaban opiniones sectarias al respecto.

> *Quiera Dios que no nos dejemos embaucar por supuestas y falsas etiquetas políticas. Ellos no se vistieron del azul de la falange ni del rojo del comunismo. Ellos vestían simple y dignamente la humilde y glorificadora sotana de Misioneros de los Sagrados Corazones, lavada con la sangre del Cordero (Cf. Ap. 7,14)*[17].

---

[17] RAMON BALLESTER, *Nuestros mártires, testimonio de fidelidad*. En "Collectanea" XI/33, 39, (1 Abril 1987). Cercano a la misma temática, ver igualmente JOSEP AMEN-

Murieron mártires. Testigos, de acuerdo a la etimología del vocablo. Ya tempranamente la Palabra inspirada del evangelio usa el vocablo para aludir al testimonio, ante el tribunal, en favor de la justicia. Y la tarea de los Apóstoles justamente se concreta en dar testimonio de la vida, muerte y resurrección de Cristo.

Comúnmente, en el lenguaje eclesial, se cataloga como mártir a aquel que da testimonio de una verdad religiosa a través de la muerte violenta. Y lo mismo al que sufre hasta el último estertor por defender o practicar algún punto de vista o praxis deducida de la verdad religiosa fundamental. Para el caso, da lo mismo que uno se deje quitar la vida por defender la justicia, la castidad o la existencia de Dios. La causa última del martirio es siempre la misma: Jesucristo, de quien deriva toda fe y toda práctica religiosa.

De la Vida Consagrada al martirio

A quien derramaba su sangre por amor a Cristo se le llamó mártir, en los inicios del cristianismo. Y también al que era interrogado y castigado ante los tribunales por causa de su fe. Y es que, en realidad, ahí empezaba el proceso martirial, aun cuando no llegase a su consumación. Todavía un tercer sentido, más amplio, fue vinculado al concepto de martirio: el de profesar la Vida Consagrada y, por tanto, poner en práctica los consejos evangélicos. Quien así vivía participaba igualmente del martirio.

No hay que extrañarse en demasía que la Vida Consagrada se haya conectado tan estrechamente con el concepto de martirio. En el fondo, dicho estado de vida entra de lleno en la espiritualidad del martirio, por cuanto pretende dar testimonio público de la Buena Noticia de Jesucristo. Ahora bien, entre testimonio y martirio, el trecho es muy escaso. Aun cuando en la historia se hayan ido

---

GUAL BATLE, *Els màrtirs, testimonis de l'Església sagrament de reconciliació.* En Collectanea, 41 ss.

distanciando los conceptos, todavía el vocablo permanece el mismo para ambos casos.

De tal modo es así que, una vez se dio por terminada la llamada *era de los mártires*, hizo su aparición el monaquismo. Con el cual se pretendía seguir, lo más cerca posible, el camino y las opciones que Cristo eligió a lo largo de su vida terrenal. Ya que había menos posibilidades de martirio, se buscó vivir una situación que irradiara un límpido testimonio. De ahí que el Concilio advierta que el martirio es un don eximio y que todo creyente deba estar dispuesto al mismo.

> *Algunos cristianos, ya desde los primeros tiempos, fueron llamados, y seguirán siéndolo siempre, a dar este supremo testimonio de amor ante todos, especialmente ante los perseguidores. Por tanto, el martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a El en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor. Y, si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia (LG. 42).*

La voluntad de martirio, cuando ya no se ofrecían espectáculos de gladiadores ni de luchas con las fieras en los anfiteatros del imperio, se refugió en la Vida Consagrada. Los enemigos de la fe ya no fueron tanto los emperadores, que exigían incienso para sus estatuas, cuanto las pasiones interiores que pretendían avasallar al creyente. Contra tales pasiones, que el Apóstol identificaba incluso con espíritus sobrehumanos, había que tomar las armas (Cf Ef 6,12 ss). Una tal batalla no provocaba mártires desde un punto de vista físico, pero sí cabía asemejarla a una inmolación interior e incruenta.

Quien se abraza a los Consejos evangélicos y asume fielmente las indicaciones de las Reglas que plasman los mencionados Consejos, ofrece ciertamente un holocausto a Dios y presenta un testimonio inequívoco a sus hermanos. También desde este punto de vista es coherente trazar un paralelismo con el martirio cruento.

De hecho, la voluntad sincera de pobreza lleva al religioso a no poseer nada o a poseer algo a fin de enriquecer a sus hermanos. El deseo de castidad le libera de unos vínculos legítimos y gratificantes, para unirse más plenamente al Señor y vivir a la escucha permanente de las llamadas de los demás. Le estimula a estrechar todas las manos sin retener ninguna. La voluntad de obediencia desecha todo cuanto sea proyecto personal, al margen de las indicaciones comunitarias y eclesiales. Entonces el Religioso permanece atento a la Palabra de Dios y al clamor de los hermanos con el objetivo de acelerar el Reino de Dios.

En este marco de pobreza, castidad y obediencia, de vida religiosa humilde y fiel, se hallaban ubicados los mártires del Coll. Otro era el lenguaje y el enfoque, pero idéntica la voluntad de consagración y fidelidad. La Vida Consagrada los llevará de la mano al martirio en sentido estricto. Estaban en camino. Llegó la oportunidad y no rehuyeron dar la vida por el Amigo, como la prueba máxima de amor.

En nada desdora la voluntad de martirio de los Congregantes el hecho de que trataran de alejarse de la vorágine del conflicto a fin de evitar la muerte, ni su deseo de hallar un pasaje de barco para trasladarse a Mallorca. A los primeros mártires no se les permitía ir abiertamente en busca del martirio hasta el punto de provocarlo. Consideraban que no había que colaborar formalmente en un homicidio y en un acto de tanta impiedad.

Sabemos, por los evangelios, que al mismo Jesús *querían prenderle, pero se les escapó de las manos* (Jn 10,39). El había exhortado a los suyos en estos términos: *cuando os persigan en una*

ciudad, huid a otra, y si también en ésta os persiguen, marcháos a otra. Además, una vez en la situación, nuestros mártires expresaron públicamente que no escaparían. Y, en el momento álgido del peligro, no escaparon efectivamente. Sobre todo, por no exasperar los odios de los perseguidores hacia quien les acogiera tan desinteresada y arriesgadamente. Lo dijeron de modo abierto y con antelación, como consta en los testimonios que han llegado hasta nosotros[18].

La memoria de los hermanos inmolados

A cada uno de los mártires se le tributaron fervorosos actos conmemorativos en sus pueblos de nacimiento, ya fuera en la Iglesia, el municipio o la escuela. Por su parte, los congregantes Misioneros SS. CC., coherentes con la convicción de que a los asesinatos del Coll había que darles el nombre de martirio, entendieron que debían proceder con el Proceso de Beatificación de la comunidad inmolada en Barcelona. En un día significativo, la fiesta de todos los santos (año 1958), el P. Postulador General firmó la relación de los artículos propuestos para la Causa de Beatificación y Canonización. El Proceso se instruyó en la diócesis de Barcelona.

El Proceso Informativo empezó en fecha 23 de noviembre de 1960. En la sesión IX (13.03.61) se anexó al mismo el de las dos Religiosas Franciscanas Hijas de la Misericordia fusiladas con el Hno. Pablo Noguera. Se celebraron treinta y una sesiones y declara-

[18] Teresa Roca declaró en el proceso (art. 126) que paseaban abiertamente por el jardín de Torre Alzina. Advertidos de que podrían ser vistos por quienes pasaban por las calles vecinas, "respondían que no temían, pues si vinieran los rojos a buscarles se presentarían, no huirían y si les prendieran, no se defenderían". En cuanto los milicianos tocaron a la puerta de la Torre, los religiosos se presentaron en seguida, atestigua de nuevo la Sra. Teresa, "a pesar de prever que les prenderían, no vacilando un momento, bajaron inmediatamente..." (art. 136). Por su parte, los ESTUDIANTES, *Biografía de nuestros mártires*, aportan un dato significativo al respecto. Un día, el Hno. Jaime Artigues se detuvo en El Coll. Normalmente vivía con el Sr. Obispo en Vic, pero en esta ocasión se dirigía a Mallorca. El P. Pons le dijo con convicción: "Usted, Hermano, se marcha, pero nosotros nos quedamos aquí para morir por Cristo".

El obispo Matias Solà preside en el Santuario del Coll la sesión de clausura del Proceso Informativo sobre el martirio de nuestros hermanos, el 1 de noviembre de 1958

ron 26 testigos. Terminado el Proceso (16.03.68) éste fue entregado a la Curia de Barcelona el 20 del mismo mes y a la Sgda. Congregación de Ritos el 8 de abril siguiente.

Mientras los documentos seguían su curso, el Postulador de la Causa, P. Gabriel Seguí, supo de la Hna. Joaquina Miguel, una de las cuatro Religiosas fusiladas la noche del 23 de julio. Ella pudo sobrevivir al fingirse muerta y no padecer heridas en órganos vitales. El P. Seguí se trasladó a Braga (Portugal), donde vivía la Hna.

Observó dicho Padre que Sor Joaquina tenía muy lúcidas sus facultades mentales. Declaró, en efecto, y con precisión, sobre las últimas horas y el fusilamiento del Hno. Pablo, las Religiosas franciscanas y su compañera de Instituto Mercedes Prat. Firmaron la relación la Madre Provincial y su Secretaria, pues la interesada no sabía escribir. Las declaraciones se anexaron al Proceso. Daban muchos detalles, desconocidos hasta entonces, sobre el martirio del Hno. Pa-

blo. Anteriormente sólo se habían consignado unas breves palabras de la Sra. Teresa Roca que lo había visitado en Torre Blanca.

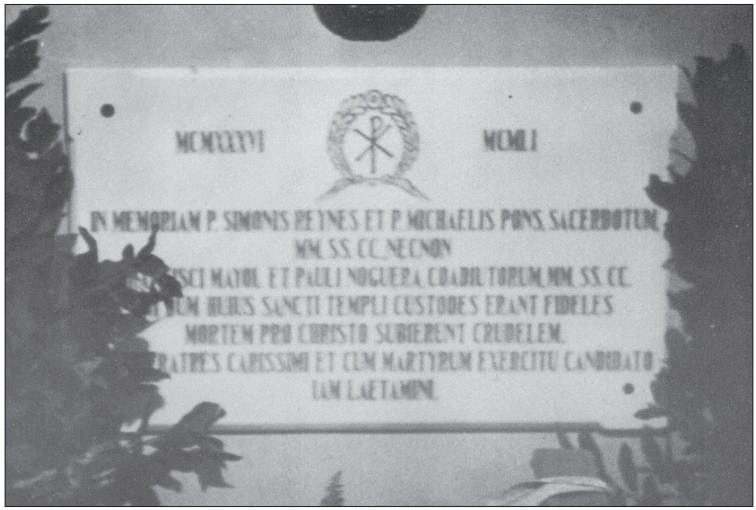
Dada la importancia de las informaciones de Sor Joaquina, el P. Postulador obtuvo que la Sgda. Congregación de Ritos abriera un Proceso complementario y que el Arzobispo de Braga constituyera el correspondiente Tribunal. Ante el mismo declaró la sobreviviente en febrero de 1969. El 18 de noviembre del mismo año la Nunciatura portuguesa envió las Actas a Roma. Con las declaraciones de la mencionada Hna., el P. Seguí preparó el articulado de la declaración de martirio de la M. Mercedes Prat y Prat, que el año 1990 fue beatificada[19].

Por lo que se refiere al Santuario del Coll, tras largos años de abandono, la Congregación envió, en 1948, a una Comunidad con el fin de restaurarlo. Abrió de nuevo las puertas al culto. Su superior, el P. B. Pericás, colocó una lápida de mármol en memoria de los cuatro mártires en 1951. Posteriormente, otro Superior, el P. José Amengual Mayrata, sugirió a la pintora Pilar Leita que plasmara en un lienzo a los cuatro religiosos fusilados[20].

---

[19] No siempre coinciden las fechas referentes al proceso. Nos parecen más fiables, por ser de primera mano, las que ofrece el *Informatiu de la Delegació de Mallorca* (M. SS. CC.), n. 8, 2, julio 1986, publicado con motivo del cincuentenario de los fusilamientos. También hace una breve relación histórica el P. NICOLAU, *Cuatro palmas...* 67-68. Olvida reseñar que el P. Seguí escribió sus *Artículos que se proponen....* en el año 1958. Un extracto de los mismos, junto con noticias biográficas de los Siervos de Dios y otros datos complementarios, así como las fotografías de los Misioneros fusilados (excepto la del P. Simón Reynés, que no pudo ser identificado, pues los tiradores se encarnizaron con él) fueron publicados en el *Informatiu de la Delegació de Mallorca*. El folleto, multicopiado, se sumaba al homenaje de los mártires en el cincuenta aniversario. Cuenta el viaje del P. Procurador a Braga y agrega a los artículos, ya conocidos, la declaración de la Hna. Joaquina Miguel, de 64 años de edad en el momento de la relación (pp. 22-24). Otros datos en JUAN ZUBITEGUI, *Les arrebataron la vida*, 10-12.

[20] El cuadro presenta a los mártires, no con actitud desgarrada y acusadora, sino llena de unción y evocando la trascendencia. Ver una reseña de RAFAEL MANZANO, *El cuadro de los mártires*, en VINCULUM n. 153, 69. Posteriormente, en verano de 1990, la misma autora retocó levemente la obra (la expresión de la boca del P. Pons), pues su perfil trágico no se correspondía con el objetivo del lienzo.



Lápida colocada en la iglesia del Coll en 1951, que recuerda el testimonio de fe de nuestros hermanos

En el 25 aniversario del holocausto se celebró en el Coll una misa conmemorativa. Además de la Comunidad de MM. SS. CC. asistieron representantes de las Hnas. Franciscanas.

Con ocasión de los cincuenta años del martirio de nuestros hermanos, el Superior General, P. Juan Zubitegui, escribió una carta circular a todos los congregantes titulada *les arrebataron la vida*. Proponía diversos actos, conferencias, celebraciones, fotomontajes y afiches a fin de que la fecha encontrara el eco merecido. En la carta decía así:

> *En la humilde sencillez de estos cuatro hermanos, encontramos, también, el testimonio del deber cumplido, la seriedad de la vida consagrada llevada al límite, por la entrega de la propia vida.*
>
> *El 50 aniversario es un momento de alegría y reflexión para cada uno de nosotros. Es buena hora para refrendar nuestra consagración, con decisión, con decisiones.*

En 1986 - 50 aniversario del holocausto - los Misioneros de los SS. CC. y las Franciscanas Hijas de la Misericordia, recuerdan agradecidos a sus hermanos testigos de la fe, en un entrañable acto celebrado en la ermita de Sant Honorat.

Nuestros hermanos pusieron al servicio de Dios y de los pobres de la barriada del Coll sus fuerzas y salud, su ministerio y sus personas. No flaquearon, en su debilidad, ante la muerte.

Los congregantes de hoy, que trabajamos y servimos en diversas iglesias y en dispar ministerio, vamos a dedicar el 23 de julio y otras fechas a conocer más íntimamente la vida de estos cuatro hermanos, su entrega y muerte. Todo ello nos llevará a repetir nuevamente con seriedad y resolución lo que un día prometimos: "no pertenecer sino a Dios solo"[21].

[21] P. JUAN ZUBITEGUI, *Les arrebataron la vida,* 12-13

PRUDENCIA: LAICA Y MARTIR

En el relato de los últimos sucesos acaecidos a los mártires del Coll, aparece una mujer de estatura moral poco común. Aunque no tenemos muchos datos acerca de ella, sí contamos con el más valioso de todos: se adentró con paso firme hacia el vórtice del peligro. No pensó en su propia seguridad, sino en el bien de los religiosos acosados. Hablamos de la Sra. Prudencia Cañellas.

En el centro de la vorágine

En el momento tormentoso de la matanza y la persecución, la consigna tácita era la de volver la espalda al riesgo y mirar a otro lado. Numerosos creyentes, más de los que uno quisiera e imaginara, se desentendían de todo compromiso que los vinculara con clérigos, religiosos o monjas. En ello les iba la vida. Por poner un ejemplo cercano al de los sucesos que nos ocupan: una de las monjas franciscanas fusiladas en *La Rebassada*, junto con el Hno. Pablo, logró sobrevivir aquella noche de luto, pero murió al día siguiente por no encontrar tendida una mano amiga.

Era Sor Catalina del Carmen Caldés. Con dificultades mil se dirigió, en la oscuridad de la noche, a casa de una mujer a la que había atendido en sus tareas de enfermera. Desde el interior, la señora pidió que se identificara. Lo hizo Catalina, a la vez que pedía un poco de agua y contaba su espantosa aventura. Le ofrecieron leche fresca y unas gasas para aplicar a la pierna, donde le sangraba una profunda herida. Pero no la dejaron entrar. Su generosidad llegó sólo hasta el ofrecimiento de una silla en el exterior de la casa. Al día siguiente, 24 de julio, los milicianos, previamente informados, la fusilaron en el Valle de Hebrón.

Pero a Prudencia nadie le pidió refugio. Ella se adelantó a la situación y ofreció su casa sin reparar en consecuencias. ¿Quién fue esta mujer, para siempre vinculada con el grupo de los mártires del Coll, que acabó pagando su hospitalidad a precio de sangre?[22]

Al parecer, por lo que cuentan quienes la conocieron, el carácter de la familia de Prudencia tendía a ser un tanto explosivo (*tenien el geni curt*), y ella no era la excepción. Sin embargo, se mostraba muy caritativa y sensible ante las desgracias del prójimo. Perteneció a las Conferencias de S. Vicente de Paúl, y más precisamente a la Cofradía de la *visita domiciliaria*. Visitaba con frecuencia a gente necesitada, no vacilaba en pedir recursos con que aliviar las necesidades de los pobres.

La *Torre Alzina* pasó a Prudencia, como herencia de una tía, también llamada Prudencia, que se había casado con el Sr. Francisco Alzina, propietario de la Torre. Del mismo Señor, a través de su tía, recibió igualmente un negocio de confección de telas (pijamas, camisas, corbatas, etc), diversificado en taller y tienda.

La posición económica de Prudencia era bastante holgada. Procedía de una familia que no conoció estrecheces de este tipo. Ello le permitió, al no verse obligada a un estricto horario de trabajo, dedicar gran parte del tiempo a sus actividades caritativas y catequéticas, así como a practicar asiduamente la fe que profesaba.

---

[22] El autor de estas notas recogió cuanto se refiere a la Sra. Prudencia y familia (excepto los sucesos posteriores a la sublevación), de dos hermanas que la trataron por largo tiempo. A ambas las entrevistó en el mes de julio de 1991. Se trata de Pilar Bellver Armengou (en religión Sor Matilde), de noventa años de edad y más de cincuenta de profesión religiosa en el Císter. En el momento de la entrevista residía en el Císter de la Bonanova (Barcelona). Por cierto, en el mismo convento vivió una hermana de Prudencia Cañellas (María Cañellas) que entró en el Císter el 23.04.22 y murió el 07.07.33. La otra hermana es Montserrat Bellver Armengou, viuda, de 80 años, residente en la Avda. Argentina, n. 216, 2º, 2ª (Barcelona). Ambas hermanas conocieron de cerca a Prudencia Cañellas Ginesta. El motivo era que un hermano de Prudencia (Damián) había contraído matrimonio con una hermana de ambas, la mayor. Desde que tenían uso de razón recuerdan que Prudencia frecuentaba la casa paterna. Con lo cual se estableció una relación muy familiar. Ambas señoras, a pesar de la edad, tenían plena lucidez mental, aunque no supieron relatar anécdotas sobre nuestra biografiada, ni describir con detenimiento su perfil psicológico y moral.

Prudencia en sus años de juventud

Su natural era afable, proclive a la comunicación con la gente que la rodeaba. Siempre estaba dispuesta a participar de las fiestas que se organizaban en su entorno. Y las animaba con su presencia. *Era molt trempada*, decían de ella. En sus años de juventud iba, junto con su hermana mayor, María, a impartir catequesis en la muy abandonada barriada de la Barceloneta.

Prudencia se había sentido atraída por un joven de nombre Torrens, escribiente en el despacho de su propiedad. Pero éste nunca quiso hablar en términos de matrimonio. Al parecer, no tanto por falta de amor, cuanto por que tenía dos hermanas en condiciones mentales deficientes y se había comprometido a cuidar de ellas de por vida.

Prudencia, apóstol y "ángel de la guarda" de su marido enfermo, en plena madurez de vida, de fe y de amor.

Ante tal decepción se sintió un tanto contrariada. Su corazón caritativo y su deseo de contraer matrimonio la impulsó a relacionarse con su futuro marido, ayudante de farmacia y enfermo de tuberculosis de pulmón. El marido, ayudante de farmacia, padecía la temible enfermedad -común en la época- de la tuberculosis de pulmón. Una tía suya, ante el hecho de que Prudencia deseara casarse con un hombre aquejado de tal dolencia, expresaba: *cuando una muchacha tiene deseos de casarse, lo haría incluso con una escoba*. La misma familia de Prudencia le desaconsejaba un tal matrimonio. Era penoso constatar cómo el hombre escupía sangre. Sus apariencias enfermizas saltaban a la vista. Prudencia confesó a una confidente que no estaba enamorada de su novio Ezequiel Aguadé Soler. Sin embargo, contrajo matrimonio con él y lo cuidó con toda exquisitez a lo largo de su penosa y duradera enfermedad. En lo más álgido de la misma expresó que amaba con delirio a su esposo.

El Sr. Ezequiel no había mostrado nunca un especial interés por las cuestiones de la fe. Pero el hecho es que, tras los años de matrimonio, murió ejemplarmente, habiendo recibido los sacramentos que hacían al caso. El mismo decía, agradecido a los cuidados de su esposa: *Prudencia parece un ángel de la guarda*.

Según los documentos oficiales relativos a la Sra. Cañellas, tenemos datos ciertos de su biografía. Nació el día cinco de agosto del año 1884 en Sant Celoni (Barcelona), hija de Damián y María. Un documento, firmado por el archivero de la Curia del Arzobispado de Barcelona, certifica que en el libro de duplicados de matrimonio, hay un expediente según el cual el novio se llamaba Ezequiel Aguadé Soler, domiciliado en Barcelona, nacido en Tarragona, de 40 años, soltero, hijo de Jaime y Paula (de Reus y Agramunt, respectivamente). La novia era Prudencia Cañellas Ginestà, domiciliada en Barcelona, nacida en S. Celoni, de 43 años, soltera, hija de Damián y María, de Pallesí. Ambos contrajeron matrimonio en la Iglesia de Sta. Ana, de Barcelona, el día 27 de Septiembre de 1927[23].

Hospitalidad a precio de sangre

Conocemos con bastantes detalles la muerte violenta de los Misioneros SS. CC. En una nueva lectura, con el objetivo dirigido a

[23] Tales documentos los gestionó el P. Juan Meliá, M. SS. CC. quien consiguió también un par de valiosas fotos de la Sra. Prudencia y preparó la entrevista del P. Manuel Soler con las personas que la trataron. El acta de nacimiento está asentada en el registro civil de S. Celoni (Barcelona) en el tomo 11, pag. 95. La de matrimonio, en el folio n. 23 (año 1927, folio 23, n. 89). Asistió el matrimonio el sacerdote P. Conrado Aixelá, benedictino. Fueron testigos D. José Ventosa Pina y D. José Suñal Trinchaut. El acta de defunción está asentada en el tomo 191-2, pag. A-971, folio 2860 (?). Da fe de que el 23 de Julio del año 1936, en Barcelona, murió Prudencia Cañellas Ginestra, nacida en S. Celoni (Cataluña), de estado viuda. Es hija de Damián y María. Nótese que el segundo apellido lo transcribe como Ginestra, cuando en los anteriores documentos se leía Ginestá. A tener igualmente en cuenta otro certificado complementario referente al matrimonio, según el cual la Sra. Prudencia fue bautizada en la Iglesia parroquial de S. Celoni el 10 de agosto de 1884.

la Sra. Prudencia, los hechos varían levemente de perspectiva[24]. Ella entra en escena al enterarse de que los sacerdotes y el Hno. Mayol se habían refugiado en la tienda de comestibles *El Pagès.* El lugar se hallaba muy cerca del santuario. La inseguridad era grande, a causa del ir y venir de los milicianos armados, a la búsqueda de los clérigos. Muy consciente de lo que implicaba su gesto, avisó a los interesados a fin de que se traslasen a *Torre Alzina*, previo acuerdo con la dueña de la tienda[25].

Hacia el anochecer del martes, día 21, Teresa -trabajadora del taller de Doña Prudencia, a la vez que amiga y sirvienta- la acompañó para realizar las compras que hacían al caso. Tras una señal dirigida a los religiosos, éstos abandonaron el huerto para dirigirse a la Torre a través de una calle secundaria. Tras ellos, a cierta distancia, les siguieron ambas señoras.

Los tres religiosos pasaron la noche del martes, todo el miércoles y parte del jueves, hasta que fueron fusilados en la Torre. Ellos y las dos mujeres convivieron como en familia. En algunos momentos los huéspedes paseaban por el jardín. Las señoras les exhortaban a ser cautos y no exponerse a miradas extrañas. Respondían ellos que no huirían ni se defenderían si los iban a buscar.

Por la mañana del jueves (día 23), Teresa procuró unas prendas de vestir a una vecina, pensando que les servirían a los Misio-

---

[24] Nos servimos del relato más cercano y detallado que poseemos, el de la Sra. Teresa Roca que tuvo una actuación no menos valiente ni desinteresada que la de la Sra. Prudencia. Aunque ella no llegó al sacrificio final. Teresa Roca, trabajaba en el taller de confecciones de Prudencia. Los fines de semana la acompañaba a Torre Alzina, donde también cuidaba de su limpieza. Empleada, amiga y sirvienta: de las tres cosas se alimentaba, al parecer, la relación de Teresa con Prudencia.

[25] La iniciativa de la hospitalidad ofrecida por la Sra. Prudencia no fue conocida por SANABRE SANROMÀ, *Martirologio*, 163, que citamos en la nota siguiente. También hay que precisar que la Sra. Prudencia no acogió a las Hnas. Franciscanas, puesto que fueron tomadas presas por los milicianos. Véanse las declaraciones de las religiosas de la misma Congregación, Salvadora Mascaró Ferrer y Mª Ignacia Tugores Gamundí, antigua Superiora General. También remitimos a la hermana de sangre y de Congregación Jerónima Caldés.

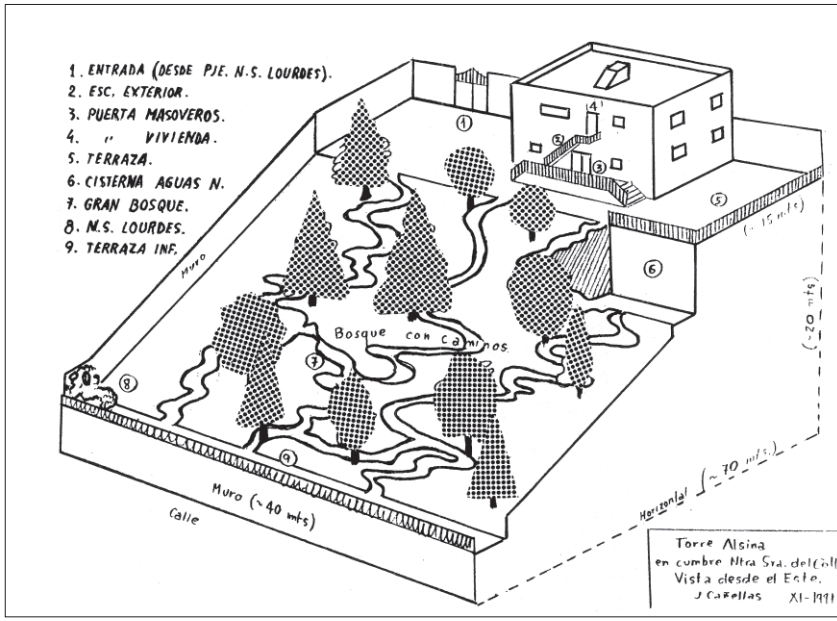
neros en su inminente -según creían- viaje a Mallorca. Luego fue al centro de la ciudad con la intención de recoger los pasajes del barco en casa de un tal Doctor Salom, donde había buscado refugio el superior, P. Francisco Reynés. Algún malentendido debió darse, lo cierto es que en el lugar no había tales pasajes. Teresa regresó inmediatamente a la Torre, acompañada hasta Vallcarca por el señor de la casa y médico de profesión.

Ya en casa, comieron los cinco. Sonó el teléfono. Era el P. Francisco Reynés que sugería a sus hermanos alejarse más del lugar y hasta les daba indicaciones de sus eventuales anfitriones. Hacia el final de la comida, numerosos milicianos registraron la Torre vecina (*Torre Vila*), ignorando el paradero exacto de los religiosos. Examinaron las dependencias, destruyeron cuanto tenía carácter religioso. Luego acordonaron la *Torre Alzina*. Al tocar a la puerta, la Señora Prudencia no permitió que abriera Teresa, sino que quiso hacerlo personalmente. Le preguntaron si tenía refugiados a los tres sacerdotes. Al responder de modo afirmativo le ordenaron que bajasen inmediatamente.

Así lo hicieron los religiosos, con el deseo de no perjudicar a las mujeres. Uno tras otro fueron fusilados[26]. Tras ellos iban Prudencia y Teresa, pero no las abatieron, sino que les ordenaron absoluto silencio acerca de lo ocurrido, bajo amenaza de muerte. Se marcharon los paramilitares y las dos mujeres se abrazaron llenas de temor. Pasaron los minutos, recobraron un poquito de serenidad. Habían subido al piso superior. Bajaron de nuevo para observar el estado de los tres fusilados notando que el Hno. Francisco Mayol todavía no había muerto. No sabían qué hacer ante el aterrador espectáculo.

Otra vez aparecieron los milicianos. La Sra. Prudencia fue apresada con tanta rapidez que apenas lo advirtió su amiga. Ob-

[26] JOSE DE SANABRE SANROMÀ, *Martirologio*..., 164-165, dice que los tres religiosos intentaron huir por una ventana. Se trata de un error. La única testigo ocular, Teresa Roca, aporta un relato según el cual no encaja intención semejante. El art. 164 del proceso ya advirtió este hecho y así consta.



Croquis de la "Torre Alzina", escenario de la muerte violenta de Simón, Miguel y Francisco, realizado por su sobrino J. Cañellas, que vivió en ella dos años y medio después de la muerte de su tia.

servando los hombres que el Hno. Mayol todavía daba señales de vida lo remataron fríamente. A Teresa le apretaron el revólver en el pecho conminándola a que les acompañara por todas las dependencias de la casa.

Posteriormente Teresa declaró que ella se salvó gracias al testimonio de una persona influyente del barrio. Afirmó éste que nada tenía ella que ver con la Sra. Prudencia. Era una simple obrera, incapaz de hacer daño a nadie, que pasaba el fin de semana en *Torre Alzina*. La dejaron en libertad, bajo la responsabilidad de su protector.

Sabemos que en la noche del día 23 un camión fue recogiendo a un grupo de religiosos y monjas para llevarlos a *La Rebassada*, lugar muy común de los fusilamientos en los primeros días de la

sublevación. En el camión se encontraron dos religiosas franciscanas (Sor Catalina y Sor Micaela), otras dos de la Compañía de Sta. Teresa de Jesús (Mercè Prat y Joaquina Miguel), el Hno Pablo Noguera (M. SS. CC.) y la Sra. Prudencia. Tenían en común su profesión de cristianos apresados en un mismo sector geográfico. A Prudencia le tocó presenciar los dos actos del fusilamiento de los misioneros del Coll. El primero le costó el apresamiento, el segundo le valió la vida.

El camión partió hacia el lugar fatídico. A la Madre Mercè, la Hna. Miguel y Sor Catalina, las colocaron en una orilla de la carretera. A la otra franciscana, Sor Micaela, a la Sra. Prudencia y al Hno. Pablo Noguera -juntos, sellando con sangre el vínculo contraído- los pusieron en la cuneta opuesta. Los seis hombres que formaban el pelotón de fusilamiento se situaron en medio de la carretera y dispararon sobre las víctimas, por dos veces, las ráfagas de sus ametralladoras. La Sra. Cañellas murió enseguida.

Elogio de una viuda que dio cuanto pudo

¿Hay algún hecho que explique -aparte de la fe y valentía de la señora- el porqué de este gesto? Parece que sí. A medida que el marido, Señor Ezequiel, fue influido por su mujer en orden a una asidua práctica cristiana, ambos se desplazaban a la Iglesia del Coll para la oración y los sacramentos. Cuando el hombre quedó imposibilitado, a causa del progreso de la enfermedad, fueron los sacerdotes quienes le llevaron la comunión a la casa. Y le administraron igualmente en ella los últimos sacramentos. Lo cual explicaría, en parte, la posterior hospitalidad de la Señora.

El lazo de la Sra. Prudencia con los Misioneros SS. CC. superaba cualquier otra diferencia. Se cumplía la doctrina del N. Testamento que no opone a laicos y clérigos en el interior de la Iglesia, sino que más bien establece el contraste entre Iglesia consagrada y mundo (en su sentido peyorativo). O también, en lenguaje petrino, entre el pueblo y el no pueblo (Cf IPed 1,10).

En *Torre Alzina* la oposición, bien visible, tenía dos polos: los perseguidores y el grupito de creyentes que quería ser coherente con su bautismo. Los sacerdotes, dando cumplimiento a su ministerio. El Hno. Mayol, en la tarea de ayudar al ministerio presbiteral. Los laicos -Prudencia y Teresa- en su vocación de inyectar misericordia en una sociedad convulsionada y de corazón menguante. A la hora de la gran verdad este pequeño rebaño tenía múltiples lazos que lo unificaban en una misma voluntad y objetivo: dar la vida por el Amigo. Así expresaron el mayor amor. Que dos de sus miembros fueran presbíteros, uno Hermano Coadjutor y otros dos laicos, no tenía mayor trascendencia.

Los sacerdotes inmolaron su cuerpo en ofrenda a Dios. Habían celebrado muchas Eucaristías. Se habían ofrecido insistentemente al Padre junto al Cuerpo y la Sangre de su Hijo. Ahora se concretaba la ofrenda. El Hno. estuvo siempre en actitud de servicio comunitario. Para mejor llevar a la práctica la voluntad de cooperación, selló su promesa con los Consejos evangélicos. La conclusión de su vida, destrozada por las balas, tenía su lógica: cayó junto a los dos sacerdotes, como último servicio a su ministerio, como acto resolutorio de su consagración.

Por su parte, Prudencia y Teresa vivieron hasta el extremo la espiritualidad laical en su concreción de *sacrificio espiritual* (Cf IPed). En efecto, todo bautizado es sacerdote insustituible de sí mismo. Cuanto realiza en el transcurso de la existencia lo convierte en materia espiritual del sacrificio ofrecido a Dios. La relación entre sacrificio y sacerdocio es evidente. Doña Prudencia llegó hasta el punto máximo en el ejercicio del sacerdocio de los fieles.

Seguramente ella desconocía las implicaciones doctrinales de su gesto valiente y ejemplar, al invitar a los misioneros a trasladarse a su hogar. Pero lo vivió, y esto es lo que importa. El Vaticano II, unos treinta años más tarde, tomando pie del N. Testamento, razonaría estas cosas en sus magnas asambleas. Al referirse al carácter secular de los laicos (LG 31), afirma que su vocación consiste en

Sant Celoni, Iglesia parroquial, lugar de nacimiento de Prudencia Cañellas

tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios (Cf Ibid).

La intención profunda de estas expresiones no es la de dividir en dos la realidad y caer, por consiguiente, en el dualismo. Muy al contrario. Consiste en poner de relieve la situación existencial en que se encuentra el laico, conformada por la vida familiar, social, cultural, política... Ahí es donde realiza su ser cristiano y eclesial. El bautismo, que le hace nacer a la fe y le confiere una participación real en las funciones de Cristo, no sólo no le libera de sus tareas, sino que le impulsa a asumirlas con nuevas y sobrenaturales motivaciones. Gracias a los laicos, la dimensión secular es integrada en la vida eclesial como parte imprescindible del proyecto salvífico de Cristo Jesús.

Los Misioneros SS. CC., distanciándose del mundo, se comprometen *a buscar en primer lugar el Reino de Dios, fomentando,*

sobre todo, la íntima unión con Dios por la oración y la contemplación[27]. Cabe establecer un paralelismo complementario y antitético: *a los Misioneros Laicos SS. CC., insertos en el mundo, corresponde por propia vocación, tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios* (LG 31).

Tal enseñanza la puso en práctica Doña Prudencia. Ella tuvo que ver con la confección de prendas de vestir, no ajenas a las reglas económicas, con la *Torre Alzina* que había heredado... A ella cabe aplicar con toda propiedad los párrafos que los Padres Conciliares dedicaron a los laicos.

Hoy día los MM. SS. CC. han propiciado los grupos llamados *Misioneros Laicos de los SS. CC*.

> *Queremos recorrer el camino del segundo centenario con todo el Pueblo de Dios, con los laicos. Misioneros con un pueblo misionero. Beber de la misma espiritualidad. Sentirnos con todos familia. Con todos queremos realizar una nueva evangelización que tenga como meta el Reino de Dios. Un Reino que tiene su anticipo, su realización, su signo sacramental, en los Sagrados Corazones*[28].

Los congregantes, refiriéndose al núcleo de su espiritualidad, repiten gustosos esta frase: *Servir al Traspasado en los traspasados*. Y enseñan a los laicos que *si todos no podemos estar en la geografía de los traspasados, sí debemos buscar a los traspasados en cualquier geografía*. También les dicen que *los Misioneros Laicos SS. CC. se comprometen a promover la dignidad de la persona, a defender el inviolable derecho a la vida, la solidaridad con los*

---

[27] (Reglas MM. SS. CC., art. 2).

[28] Palabras de invitación del P. Gral., Pedro M. Aznárez, en S. Honorat, el 17 de agosto de 1990, en la celebración solemne del Centenario del Instituto. Con mayor amplitud, la carta escrita por el mismo P. Pedro M. Aznárez y publicada en el folleto preparado por el P. JAIME REYNES, M. SS. CC., *Primer Curso de Formación Permanente*, 5-9. En la colección de "Cuadernos Muraho", n. 5 (año 1990).

pueblos y comunidades oprimidas, la misericordia con los pobres y enfermos[29].

Doña Prudencia fue a buscar a los traspasados del momento histórico que le tocó vivir y en su cercana geografía: los Misioneros acosados y odiados. Ella defendió su inviolable derecho a la vida y dejó que fuera su corazón misericordioso el que acordara algo tan arriesgado como compartir su casa con los misioneros perseguidos. Seguramente que, de haber dejado las riendas a la fría razón o al instinto interesado, la decisión habría sido muy distinta. No andaría equivocado quien quisiera considerar a la Sra. Prudencia como ejemplo adelantado de los Misioneros Laicos de los SS. CC.

* Ella fue *misionera* por su vida y por unos hechos muy concretos: la catequesis en la Barceloneta, el cambio que operó en su esposo indiferente a las cuestiones de la fe.

* Ella fue *laica*: una laica soltera, casada y luego viuda. Como tal hizo de su vida un sacerdocio, la materia prima para el sacrificio espiritual. Y un día se convirtió en víctima propicia para el Padre. Dio la prueba del mayor amor.

* Ella vivió la *misericordia* de los Sagrados Corazones. Su corazón latió con y por los marginados, a los que alivió en sus sufrimientos. Ella no vaciló en servir al Traspasado en los religiosos traspasados del Coll. En tal acto de servicio, los fusiles enhiestos del año 1936, en Barcelona, atravesaron su corazón.

Los MM. SS. CC. tienen una enorme deuda con ella. No han sido lo debidamente caballerosos con la Sra. Prudencia. Lo expresaba así uno de ellos en el cincuenta aniversario del martirio:

> *Prudencia, buena Prudencia, hija de Dios, cristiana de verdad, heroína de la caridad, por Cristo, por tu fe*

---

[29] "Servir al Traspasado en los traspasados" fue el eslogan que los congregantes en República Dominicana editaron en un afiche que mostraba a un limpiabotas con el costado desgarrado. La ocasión la brindó el centenario. Para las citas a que se refiere el párrafo, Cf P. JAIME REYNES, M. SS. CC., *Primer Curso...,* 37.

> *en Dios, te metiste en el ojo del huracán. Al acoger a los tres religiosos, sabías que ponías en serio peligro tu vida... "No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos". Has firmado tu fe con el trazo más fuerte: Tu vida por Cristo en la persona de los tres misioneros. Te pedimos perdón: tú debías haber sido presentada como testigo de la fe conjuntamente con los que tú habías acogido: tu testimonio es claro, es auténtico. ¿Por qué no te incluimos en el proceso de beatificación con ellos*?[30]

Estas palabras formulaban el deseo de una amplia corriente de opinión favorable a incluir a la Sra. Prudencia en el proceso. De hecho, a instancias de los MM. SS. CC., el Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, Cardenal Angelo Felici, en carta del 7 de octubre de 1989, se dirigía al Procurador General del Instituto. Disponía la creación de una Comisión que revisara las Actas del Proceso Diocesano de los Misioneros asesinados en Barcelona con vistas a la posible incorporación de la Señora Prudencia Cañellas. El dictamen de la Comisión concluye que la Sra. Prudencia estaba totalmente identificada con la suerte de los Siervos de Dios, PP. Simón Reynés y Miguel Pons, así como con la de los Hnos. Francisco Mayol y Pablo Noguera[31].

---

[30] Fragmento de un escrito del P. JOSE AMENGUAL MAYRATA, *Prudencia Cañellas* en "Vinculum", Núm. 153, octubre 1986, pp. 65-67. La ocasión la propició el cincuenta aniversario del martirio.

[31] La Comisión fue integrada por el Canónigo D. José Gordi i Grau, el P. Juan Zubitegui, M. SS. CC. y el P. Antonio Sospedra, el 22 de marzo de 1990. El resumen del dictamen lo entregaron al Canciller Secretario del Arzobispado de Barcelona y una información del mismo y del estado de la cuestión lo mandaron al Excmo. Sr. Arzobispo Ricardo M. Carles, en carta fechada el 12 de junio de 1990.

P. SIMON REYNES: FUERTE EN LA DEBILIDAD

De estatura mediana, enjuto y nervioso, respondía al apelativo de *Mestre Simó* en el vernáculo catalano-mallorquín. No le dolían prendas a la hora de dedicarse al trabajo. A los 32 años ya había enviudado por dos veces. Su tercer matrimonio, con Doña Juana María Solivellas, resultó más estable y fructificaría en siete hijos. Simón fue el segundo de ellos. El primero se llamó Francisco y ambos permanecerán estrechamente vinculados a lo largo de sus vidas[32]. Los dos profesaron en la Congregación de Misioneros de los SS. Corazones y ambos coincidieron en la residencia de Barcelona cuando sucedió la masacre de la guerra civil. Aunque Francisco lograría evitar el fusilamiento.

El hijo de *Mestre Simó*, el zapatero

Mestre Simó era zapatero. Semanalmente solía ir a Inca, ciudad próxima e industriosa, a fin de adquirir cuanto necesitaba para el oficio. El día señalado era el jueves, día de mercado, una actividad tradicional en el lugar y que rompía la rutina del trabajo diario. La austera economía de la casa pendía de los brazos del zapatero y de los medios disponibles para el trabajo: la burrita blanca con su carretoncito, una cabra y unas cuantas gallinas.

---

[32] Los datos de la biografía se toman, mientras no se dice lo contrario, del P. JOSE NICOLAU BAUZA, *Cuatro palmas...*, 1-18. En una nota introductoria al lector el autor afirma que se trasladó a Mancor del Valle y se entrevistó con familiares y personas que lo conocieron. De la lectura de la obra se deduce que inspeccionó ocularmente los lugares de la vivienda familiar y rebuscó también en los archivos del pueblo.

No necesitaba más este hogar provinciano y rural en el que incidían fuertemente las tradiciones seculares. Los hijos crecían y descubrían el entorno sin sobresaltos. Los hombres y mujeres de la casa avizoraban el horizonte adivinando la lluvia o el bochorno. Así discurrían los días en este hogar tranquilo, cortado según el patrón de tantas otras familias mallorquinas de la época.

La vida de los habitantes del lugar, aglutinados bajo el gigantesco campanario, discurría plácida, sencilla y sin mayores complicaciones. La sociedad del momento no sabía del ritmo frenético que, años más tarde, impondría el turismo en la isla. Ni presentía los futuros aires de secularización o las ansias consumistas.

En el extremo de una de las calles de Mancor vivía, en los inicios del siglo, la familia Reynés, muy cerca de la ermita de Sta. Lucía. Una casa humilde y aislada, que confinaba con un campo de algarrobos y almendros, frutos comunes de la isla mallorquina.

Tan pacífica transcurría la vida, que se diría monótona. Nada acontecía de particular, al menos en cuanto a hechos que sacudieran emocionalmente al pueblo o que cambiaran su fisonomía. Si acaso, las grandes vivencias y emociones acaecían en el marco de la familia y el individuo: fechas de bautizos, bodas y fallecimientos... No sobresalían en el marco de la población sino las etapas del camino hacia la madurez, el afán de mayor honradez, las vivencias amistosas y amorosas.

El niño Simón Reynés nació el 24 de enero de 1901. El presbítero encargado de la ermita de Sta. Lucía lo bautizó al día siguiente. Sus primeros contactos con las letras, como era habitual, los tuvo a través de unas religiosas agustinas establecidas en el pueblo, en la misma calle que el biografiado, la de Biniarroy. A los siete años pasó a la escuela. El maestro, como la mayoría de la época, era aficionado -más de la cuenta- a abrir la inteligencia de los niños a golpes de vara.

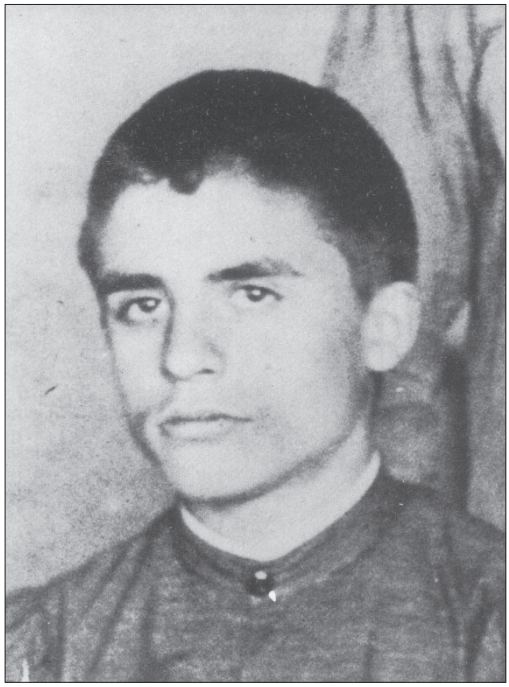
De esta época ha recordado su hermano Antonio que el pequeño Simón no llevaba a cabo ninguna travesura típica de la edad.

Una de las últimas fotografías del P. Simón Reynés.

Tuvo que padecer algún castigo colectivo y lo sintió en lo más hondo. Su carácter sensible le otorgaba mayor gravedad de la que incluía la falta.

Una especial atracción tenía Simón por cuanto se refería al arte de la música y que le acompañaría a lo largo de su vida. El hecho es que el Vicario *in capite* de Mancor le seleccionó a él y a su hermano Francisco, junto con otro grupito de niños, para ir al cercano pueblo de Selva a recibir lecciones de un afamado músico y presbítero. Así, al poco tiempo, resonaron en la espaciosa iglesia del pueblo las notas gregorianas de la misa *de angelis* y otras piezas de un incipiente repertorio.

Francisco y Simón comulgaron por vez primera en la Navidad de 1909, en una ceremonia desprovista de toda solemnidad.



El joven Simón, en 1916, pocos meses antes de empezar el noviciado

No estaban los tiempos para ostentaciones, ni sentía la familia la mordedura de la envidia o del falso prestigio. Las vidas de los dos hermanos caminarían posteriomente a la par. Ambos se ordenarían de presbíteros en la misma Congregación. Y sin dificultad se compenetrarían en ideas y afectos. Sin embargo, bien diferente era su aspecto y carácter. Mientras Francisco aparecía robusto, moreno y seguro en cuanto emprendía, Simón mostraba un aspecto frágil: piel clara, tímido y poco resuelto.

En septiembre de 1912 el obispado de Mallorca publicaba un edicto con el fin de echar a andar un pequeño coro de niños en la iglesia catedral. Quienes pasaran con éxito determinados ejercicios, tales como lectura de textos latinos, vocalización y solfeo, serían recompensados con una beca en el seminario diocesano. Se requería también, y como previo supuesto, indicios de vocación sacerdotal.

Simón se hizo con el primer puesto en la lista de agraciados. Vistió la característica sotana roja y roquete blanco. Empezó a desgranar sus cantos en el espacioso ámbito del templo catedralicio. Cada día acudía al lugar para cantar las partes variables de la misa. Debía ensayar casi a diario, consciente de que esta tarea tenía prioridad sobre las demás.

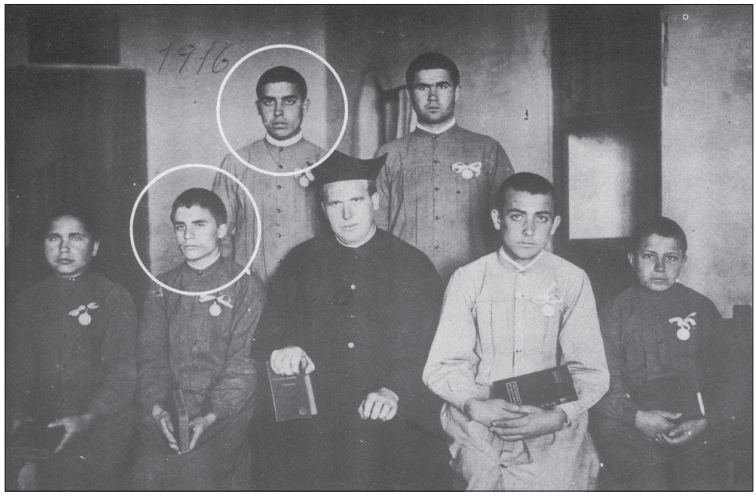
El grupo de los seis cantores (llamados *musiquets* por el maestro de capilla) era objeto de mayores mimos que sus compañeros de seminario. Lo cual se concretaba en detalles respecto de la habitación, régimen de alimentación y disfrute de vacaciones. El pequeño Simón no defraudó. Su preciosa voz, dulce y timbrada, se dejaba modular según las indicaciones del maestro de capilla y así colaboraba a la solemnización de las funciones del templo.

Habla bien de las dotes cantoras del muchacho el hecho de que fuera escogido para interpretar un tradicional, típico y hasta escalofriante canto mallorquín de Navidad llamado *la sibil.la*. A lo largo de varias nochebuenas, y por sobre el denso silencio de los asistentes, *la sibil.la* fluyó -cristalina y modulada- de las cuerdas vocales de Simón.

En la Congregación de Misioneros SS. CC.

Probablemente despertó en Simón el deseo de vida religiosa la circunstancia de que su hermano Francisco fuera admitido como aspirante de los MM. SS. CC. Como fuere, dejó de lado las aulas del seminario y los arpegios de la catedral para dirigir sus pasos a la ermita de S. Honorat, situada en el monte de Randa, en mitad de la isla.

Allí reencuentra a su hermano Francisco que venía del principal Santuario de Mallorca, regido por la misma Congregación. Otros cuatro aspirantes se dan cita en el lugar con idénticos deseos de consagrarse a la vida religiosa.



Grupo de aspirantes a Misioneros de los Sdos. Corazones. Simón y su hermano Francisco que experimentaría la angustia y la impotencia de poner a salvo a su hermano, y a sus hermanos de Comunidad.

Con su aspecto enclenque, que le acompañaría de por vida, y su escasa vitalidad, Simón inició la andadura. Francisco encubría la apariencia de su hermano alegando que era consecuencia de los esfuerzos realizados en los estudios y simultáneamente en el coro[33]. El carácter de nuestro biografiado era más bien tímido y sacrificado. No obstante los cuidados suplementarios que le prodigaron sus superiores, muy pronto se divulgó la inapetencia del joven. Cuando los demás rezaban la acción de gracias, él -marcadamente lento en el comer- permanecía sentado a la mesa.

Poco más de un año y, en enero de 1919, los seis estudiantes de S. Honorat, entre los cuales los dos hermanos, se trasladaron al monasterio de La Real, próximo a la capital. Inmediatamente comenzaron sus estudios: latín, matemáticas, griego e historia universal. Alternaron estudios y trabajos domésticos. La casa, de

[33] Así lo contaba el Hno. Pedro Juan Pascual según consta en P. J. NICOLAU, *Cuatro palmas...*, 5.

proporciones muy notables, albergaba con frecuencia a grupos de ejercitantes. Ello suponía multiplicar los trabajos de limpieza y de servicio a las mesas.

El 30 de septiembre de 1917 de nuevo Simón y sus compañeros se encuentran en S. Honorat. Se les aceptó previamente al noviciado y practicaron los ejercicios espirituales previstos. Es la fecha de la vestición que rompe el monótono deslizarse de los días en la cumbre de Randa. Bullían en el recinto los invitados. Se aprovechó la fecha para bendecir el sagrario y un nuevo altar.

Los seis jóvenes perseveraron a lo largo del año de noviciado. Emitieron los votos el tres de octubre de 1918. De nuevo, al día siguiente, bajaron a la Real para reanudar sus estudios. En esta casa se concentraba un notable grupo de estudiantes, unos veinte.

Un recuerdo funesto dejó el fin y el inicio de los años 1919-20. Una epidemia de cuidado se extendió por la isla. El virus afectó a Simón y a Francisco, justamente cuando se habían trasladado a su pueblo natal, con el fin de prodigar sus atenciones al padre de ambos, enfermo de gravedad. Tuvieron que permanecer un mes en Mancor para recuperarse. En La Real, por otra parte, se suspendió el curso a causa de los enfermos, imposibilitados de asistir a las clases.

Apremiada por el Obispo Dr. Rigoberto Doménech, la Congregación fundó una casa en Sóller (agosto de 1920). Las condiciones materiales de la misma dejaban mucho que desear. A los Padres les correspondía dirigir el culto de un espacioso templo construido por los franciscanos de la Primera Orden, expulsados en 1835. Sin embargo, el claustro adyacente era habitado por los Hnos. de las Escuelas Cristianas que tenían a su cargo la enseñanza primaria.

La nueva comunidad sólo disponía de unos rincones anejos al templo, encima de las bóvedas de las capillas, y en el campanario. Bien es verdad que en los tiempos que corrían las exigencias en cuanto a alimentación y vivienda eran reducidas. Por lo demás,

Casa natal del P. Simón en Mancor de la Vall

el entusiasmo y el espíritu de austeridad de los congregantes, no se amilanó ante tales perspectivas.

A la casa de Sóller llegó el Hno. Simón Reynés junto con otros cuatro escolares. Diez miembros conformaban la comunidad y una idea de su estilo de vida la da este párrafo de la crónica: *el corredor sirve a la vez de refectorio, biblioteca, coladuría y sala de recreo*. Uno de los Hnos. Coadjutores se dedicaba a efectuar instalaciones eléctricas de cuño doméstico que no raramente desembocaban en un solemne apagón[34]. El buen humor y el buen espíritu lograban pasar por encima de todo género de estrecheces.

Lo habitantes de la ciudad de Sóller, de reducidas dimensiones, estaban al corriente de la presencia y los movimientos de

[34] Se trataba del Hno. Martín Tugores, hombre despierto y hábil, que había trabajado como maestro albañil antes de su ingreso a la Congregación. En vistas a tales menesteres precisamente se le había mandado a la comunidad de Sóller.

aquellos hombres que se les antojaban un tanto sorprendentes. Les extrañaba que, a pesar de las muchas privaciones, no mostraran ansiedad por el futuro. A medida que se estrechan los lazos entre la comunidad y los ciudadanos, aumentan los regalos y los ofrecimientos.

El Hno. Simón pasó en este ambiente sus primeros años de vida religiosa. Ayudaba en los trabajos domésticos, colaboraba en las celebraciones del templo e incluso daba una mano en el culto a otras iglesias. En ocasiones acompañaba al superior, P. Miguel Rosselló, en sus salidas apostólicas. Se atrevió también a excursionar por los montes que conducían al santuario de Lluc. Como era de prever en un organismo quebradizo, no pudo excusar algunas visitas al médico.

Consagración, sacerdocio y ministerios

De pronto, un día, el Hno. Simó tocó a la puerta del superior exponiéndole, sin preámbulos, su voluntad de consagrarse cuanto antes y definitivamente a Dios con los tres votos. Es un dato revelador por cuanto permite asomar algunos elementos de la vida espiritual del candidato. Muestra la impaciencia de entregarse plenamente y sin mesura. El futuro martirio colmaría la inquietud. El superior se sorprendió de la iniciativa y, un tanto desconcertado por lo imprevisto de la misma, trató el asunto con sus consejeros. Acordaron todos ellos, sin mayores problemas, que se llevara a cabo la profesión perpetua.

No deja de extrañar semejante candidez u ofuscación colectiva, como quiera llamársela. El caso es que las normas canónicas no permitían una tal celeridad. Había que dejar discurrir los plazos precisos. Ni el derecho contemplaba una profesión antes de hora, ni se había pedido el necesario asentimiento al Consejo General. El acto, pues, resultó nulo. Sin embargo, unos siete meses más tarde, el

cinco de septiembre de 1922, el candidato pudo emitir la anhelada profesión, esta vez con todos los requisitos que hacían al caso[35].

En el entretanto, su salud continuaba débil. Se le puso bajo la atención sostenida de los médicos. Estos le mandan de una a otra casa, atendiendo al clima más favorable. Acaba en las cumbres de S. Honorat, de clima seco. La casa se hallaba casi desierta. El Hno. Francisco Mayol, que sería compañero de martirio, fue destinado a la ermita con el encargo de atenderle. Muy lentamente se recuperó el Hno. Simón. Leía, estudiaba los textos de teología, en ocasiones acompañaba al superior en sus correrías a los pueblos próximos.

Se le destina a su anterior residencia de Sóller, aunque los superiores prefirieron que pasase el verano en LLuc, donde el calor apretaba con menos fuerza. Allí se le encuentra atendiendo a los treinta y cinco muchachos de la escolanía. Se sumergió así, de nuevo, en el ambiente de coro y cantos que vivió en la infancia. Salía a pasear con los niños, se le veía con el ademán solícito, sonriente. No se irrita por las travesuras de los pequeños. Al contrario, se les hace accesible, responde a sus mil preguntas curiosas e ingenuas.

El año escolar 1925-26 lo cursó en el seminario diocesano. Por entonces fallece su madre. En realidad el Hno. Simó cursaba estudios en Palma, pero estaba destinado a Lluc. Con mucha frecuencia viajaba de un lado para otro.

A mitad de noviembre de 1926 el P. Francisco Reynés subió al Santuario de Lluc donde practicaba los ejercicios el obispo de Mallorca. Le pide la ordenación sacerdotal para su hermano que ya había finalizado los ejercicios previos de rigor. El Prelado accedió sin dificultad.

---

[35] La comunidad saboreó el gusto de la decepción y hasta del bochorno, pero no menguaron los ánimos. Tampoco los del Hno. Simó. El dato lo recogen los ESTUDIANTES MM. SS. CC. *Biografía de nuestros mártires.* Lucana Studiorum Domus (2 certamen científico-literario). Ejemplar a máquina. Año 1962. Curiosamente, el P. NICOLAU, en una cronología, de modestísima presentación, sin año ni lugar de edición, complementaria a la obra *Cuatro Palmas...* ofrece la fecha de la profesión nula y silencia la válida.

El 21 de noviembre el obispo, Dr. Gabriel Llompart, le confirió el presbiterado en la capilla del palacio episcopal. El domingo siguiente el P. Simón celebró su primera misa en el Santuario lucano. Era el primer domingo de adviento. Comentaba a este propósito: *empecé el misal como es debido, desde el principio*, aludiendo a que el propio de adviento se coloca en las primeras páginas. Le acompañaron sus familiares.

Ya sacerdote, estuvo a la expectativa del destino para desplegar definitivamente en las tareas de su ministerio. Por supuesto, habría que contar con la escasa vitalidad de su organismo que suponía una rémora para trabajos demasiado ásperos o absorbentes. Creyeron los superiores que el lugar más apropiado para el neo-sacerdote era la vetusta ermita de S. Honorat. Allí podría cuidar de su salud y ejercer como confesor, siempre presto, de los novicios.

El P. Simón actuó como auxiliar del maestro de novicios, que tenía bajo su cuidado a más de media docena de jóvenes candidatos a la vida religiosa. Lo suplía en la dirección de los actos de comunidad, acompañaba a los novicios en los paseos de los alrededores y recibía frecuentes invitaciones desde Randa para actuar de ministro. El tiempo libre lo dedicaba, en parte, a cuidar de las numerosas macetas destinadas a adornar el templo. También cumplía con su función de cronista poblando páginas y páginas de letra menuda y bien prensada.

Por esta época, en febrero de 1927, juró bandera y fue asignado al fuerte de Cabo Enderrocat como capellán. Con frecuencia se vio obligado a guardar cama. Luego siguió con sus tareas en S. Honorat. Predicó en la ermita y en otras iglesias, sustituyó ocasionalmente a algunos congregantes de la residencia de Palma. Y de nuevo se dispone a cambiar de residencia. A final de Julio de 1929 se le manda a Lluc como profesor de los escolanes. Básicamente para las clases de religión. Desde el anonimato, sin aspavientos, sin brillo, van deslizándose sus días de sacerdote novel.

La figura un tanto enclenque del P. Simó, así como su voz debilitada, no le ayudaron ciertamente a imponerse a un grupo de adolescentes inquietos, en ocasiones desaprensivos y más dispuestos al alboroto que al estudio. Bien lo percibió y padeció. *Me estáis chupando la sangre*, le espetó, en una ocasión, a un grupito más ruidoso que de costumbre, cuando ya se le habían esfumado las reservas acumuladas de paciencia. Pero, pasado el momento amargo y aflictivo, de nuevo buscaba el contacto con los muchachos y se comportaba familiarmente con ellos. Tan a las anchas se encontraban sus alumnos que, una vez más, pisaban el umbral de las conveniencias y hasta del debido respeto a su profesor[36].

El P. Simón realizó las funciones que requería la buena marcha del Santuario. A veces sustituye al maestro de capilla, aunque sin disimular el sacrificio que ello le suponía. No hurta el bulto a los turnos de predicación, si bien esta tarea también se le hace cuesta arriba. Desarrollar un tema en público implicaba para él un penoso esfuerzo, ya fuera por tener que ofrecerse como blanco a las miradas del público, ya por una eventual dificultad a la hora de hilvanar las ideas con fluidez. Por añadidura, su voz no tenía la potencia deseable dado que debía esparcirse, huérfana de ayudas técnicas, por todos los rincones del templo.

Continuos cambios de residencia

Poco más de un año de estancia en Lluc y encontramos al P. Simón en Sóller. El cambio se efectuó a mediados de noviembre del año 1930. Sus tareas, bien definidas, van a consistir en Maestro de capilla, confesor de la comunidad y secretario local. Quizás los nombres sugieran trabajos de gran envergadura, pero bien pueden considerarse más bien marginales tales tareas, pues no ocupaban sino una escasa porción del tiempo diario. Complementaba su acti-

[36] El dato lo recogen de nuevo los ESTUDIANTES MM. SS. CC., *Biografía*...

Mancor de la Vall en las estribaciones de la "Serra de Tramuntana", donde vió la luz primera el P. Simón Reynés.

vidad con pláticas y sermones varios en la iglesia del convento o en otras donde se le requería.

De pronto cambió el marco socio-político del país. El 14 de Abril de 1931 se proclamaba la segunda República. La preocupación se adueña de los congregantes y de toda la Iglesia española. El P. Francisco, residente en Barcelona, al mes siguiente escribe dando cuenta del ambiente que reina en la ciudad. La hostilidad contra la Iglesia crece como mancha de aceite. Días después viaja a Palma para tratar asuntos relacionados con la casa en diálogo con los superiores. Aprovecha para visitar a su hermano en Sóller.

El P. Francisco, vivaz y lúcido como era, presentía acercarse horas difíciles. Solicitó a los superiores tener a su hermano junto a sí. Y efectivamente, el 18 de septiembre de 1931, Simón fue destinado a Barcelona. Aunque en el año 1933 forma parte de la comunidad lucana como responsable de la sacristía. Tratándose de un

Santuario con considerable movimiento, a él le compete distribuir las celebraciones de misas según horas y altares, procurar que no falten monaguillos, atender a los peregrinos, estar pendiente de que el confesionario sea bien atendido.

Por esta época confortó espiritualmente, con repetidas visitas, a una joven enferma del predio de *Mossa*. La animaba a no derrumbarse por causa de sus dolencias. Departía también con los familiares y trabajadores.

Nuevo, aunque repetido destino: el santuario del Coll. Pero a principios de 1934 figura otra vez en la comunidad de Lluc como secretario y vicario de la parroquia. Y en febrero de 1936 es destinado una vez más al Coll de Barcelona.

El momento político de España estaba cargado de tensiones. En cualquier momento podía explotar en forma violenta el odio y las amenazas incubadas. Se temía que a la Iglesia le tocara correr con la peor parte. Nada tenía de atractivo el destino al Coll, en Barcelona, donde más fuertes se dejaban oír las bravuconadas y donde más era de temer el bullir de los acontecimientos.

Le costó aceptar el destino al P. Simón, aun cuando tantas vueltas había dado ya por todas las residencias de la Congregación. Le alentaron algunos compañeros, pero debió estremecerle el presentimiento trágico de lo que iba a sucederle.

Se detuvo en Caimari, como primera estación de su viaje, para visitar a su hermano Antonio. Compartió cariñosamente con un sobrino que guardaba cama. Le pregunta el hermano: *¿cómo vas por allá con la revolución que se vive?*. Tales palabras le reabrieron la herida y le renovaron el presentimiento fatal. Esforzándose por sacar fuerzas de flaqueza, respondió cristiana y lacónicamente: *sea lo que Dios quiera*.

La segunda estación tuvo lugar en el pueblo cercano de Selva. Allá se demoró unos momentos para despedirse del médico al que tantas veces había visitado. Extrañó éste un cambio de clima

El P. Simón en el monasterio de La Real con los Hnos. Escolares y aspirantes. Su hermano Francisco, miembro de la misma Comunidad.

que se le antojaba desfavorable. El P. Simón, por toda respuesta, aclaró que a él le correspondía obedecer. Era bien consciente de lo que implicaba ir a Barcelona.

Precisamente había comentado con la gente del predio de *Mossa*, al leer las noticias de cuanto sucedía, que no le gustaría nada encontrarse con los apuros de aquella buena gente. El presentimiento debió ser muy hondo. También comunicó a uno de los Padres: *voy a Barcelona y allí me fusilarán*[37].

[37] El comentario hecho en "Mossa" lo anota la biografía de los estudiantes. El que hace a su compañero, alusivo a su muerte en Barcelona, nos ha llegado por las declaraciones del P. José Amengual Mayrata.

...como un niño en brazos de su madre

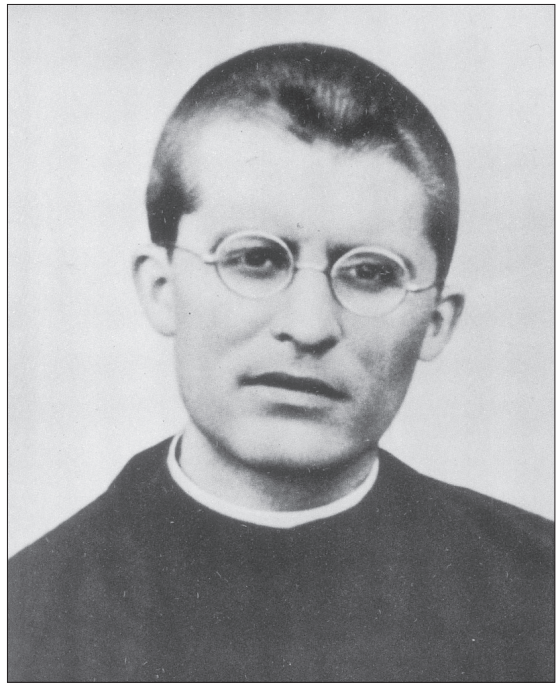
Llama verdaderamente la atención tanto peregrinar de una a otra casa en la breve vida del P. Simón, sobre todo, una vez ordenado sacerdote. ¿Obedeció ello a un carácter voluble, quizás insatisfecho? ¿Tal vez a una preocupante dificultad de convivencia? Ni una cosa ni otra.

El P. Simón, enfermizo, con una personalidad no del todo definida y desempeñando ministerios no muy especializados, no era una pieza decisiva en las casas donde residía. Ni tampoco se aferró con uñas y dientes a ninguna residencia. Por lo cual resultaba ser el hombre ideal a la hora de reajustar el personal o tapar un hueco temporal.

Indudablemente, este rodar de casa en casa le impidió una labor brillante a los ojos del público y le condenó al anonimato. La inestabilidad de sus destinos probablemente no ayudó a sus hermanos religiosos a valorar sus dotes ni dejó resaltar la virtud callada que mantenía dentro de sí. De todos modos, al P. Simón jamás le preocupó este tipo de prestigio. Con simplicidad y buen ánimo iba con presteza donde le indicaban sus superiores. Solamente el último destino del Coll parece que le resultó doloroso. Y no era para menos, dadas las circunstancias.

Si es preciso hacer un juicio sobre la andadura del P. Simón, cabría decir que su religiosidad se alimentaba de raíces ancestrales. La encauzó entrando en la vida religiosa. Ahí fue un hombre que se movió en la penumbra. No brilló por su oratoria, ni por su sabiduría, ni por su personalidad. Tampoco emprendió grandes obras.

De todos modos el P. Simó se prestaba con gusto a los oficios anónimos que se le confiaban: confesor, cronista, encargado de la sacristía, sustituto del director de coro, etc. Se sentía bien en el transcurrir plácido y sencillo de los días. En su boca quedarían muy ajustados los versículos del salmo: *Señor, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros: no pretendo grandezas que superan mi*



El P. Simón, recién ordenado sacerdote.

capacidad, sino que callo y modero mis deseos: como un niño en brazos de su madre (Salmo 131, 1-2).

El ayuntamiento de Mancor del Valle no quiso ignorar la gesta ni la memoria de su hijo mártir. En sesión del 13 de junio de 1965 resolvió otorgarle el título de *hijo predilecto*. De modo oficial, y con abundante participación popular, a la vez, el siguiente día 24 se descubrió una lápida que da nombre a la calle hasta entonces llamada principal[38].

[38] Cf. NICOLAU, *Cuatro Palmas..., 66*.

P. MIGUEL PONS: MAESTRO DE GRAMATICA, TESTIGO DE LA FE

Llubí es una población mallorquina que, como tantas otras a principios de siglo, vivía centrada en sus trabajos agrícolas. En ello le iba la subsistencia, pues los frutos del campo reparaban fuerzas y permitían negociar otros productos necesarios. En el pueblo y sus alrededores crecían los árboles típicos de la isla mediterránea: higueras, almendros, pinos... Como en las entrañables pinturas de algunos paisajes, asomaban las casitas por entre la vegetación y las tierras de labradío.

Esmerada educación religiosa

Los habitantes de Llubí eran tan religiosos como los que más. El Vicario *in capite*, Gabriel Tomás, muy preocupado por la vida de fe de sus feligreses, llamaba periódicamente a los Misioneros SS. CC., recién fundados, en vistas a la predicación. Cualquier fecha de relieve en el calendario litúrgico o en la tradición popular constituía un buen pretexto. El Rvdo. Gabriel Tomás fue quien asistió, en nombre de la Iglesia, al matrimonio de Juan Pons Morro con Francisca Ramis Alomar, los padres del futuro misionero[39].

El matrimonio tuvo seis hijos, uno de los cuales falleció en tierna edad. Tanto Juan como Francisca, procedían de muy humilde condición social. Trabajaban en tierras ajenas, a sueldo. No menos humilde era el aspecto de la casa que habitaban.

---

[39] Los datos de la biografía se toman, mientras no se dice lo contrario, del P. JOSE NICOLAU BAUZA, *Cuatro palmas...* 19-25. Hacemos las mismas observaciones que en la nota 32.

El P. Miguel Pons en 1931

Miguel Pons nació el ocho de julio de 1907. El mismo día recibió las aguas bautismales, de manos del Vicario que había asistido al matrimonio de sus padres. La austeridad y la piedad caminaban del brazo en aquel hogar. En los alrededores ningún chisme se escuchaba sobre la mujer. Por su parte, el marido asistía diariamente a la misa.

El 18 de enero de 1920, según reza la crónica lucana, *entra como aspirante Miguel Pons Ramis*. Desde este momento formó parte de la escolanía que componían veintidós niños y adolescentes. El Prior del Santuario era el P. Gabriel Miralles. Ya en los años veinte llegaban diariamente algunos peregrinos al Santuario, sobre todo en los sábados. De modo que, no obstante el aislamiento geográfico de Lluc, en sus plazas y corredores bullía un notable número de personas -para la época- que animaban el lugar.

Se dieran cita o no los peregrinos, los escolanes cantaban cada día, al amanecer, el oficio matinal dedicado a la Virgen. No era óbice para ello el frío padecido por los pequeños, ni la oscuridad que atenuaban en aquellos entonces las llamas de acetileno. Al finalizar el día, de nuevo la escolanía recalaba en el templo para rezar el rosario, cantar la salve y alguna otra pieza del repertorio. La *sabatina*, como su nombre sugiere, era la entrañable función del sábado, más solemne, en honor de la Virgen.

Así transcurría la vida de los niños: entre los cantos del templo, el estudio y los paseos por los alrededores del Santuario. Una vida sana, que propiciaba la amistad, el sentimiento de piedad y los vastos ideales de adolescencia.

El mismo año en que Miguel ingresara a la escolanía, se inauguró el transporte de automóviles entre Inca y el Santuario. Obispo y autoridades se personaron al lugar. Un mes más tarde -mayo de 1920- otro suceso de relieve rompió la monotonía del ambiente escolar. El Arzobispo de Valencia y futuro Cardenal Primado, Enrique Reig, pasó una temporada en el recinto del Santuario. Y en agosto se inauguró el monumento al obispo Campins ante numerosos peregrinos. La estatua, asentada en una roca de enormes proporciones, todavía hoy se admira en el centro de la plaza que conduce al templo.

El adolescente Miguel contaba doce años en el momento de ingresar en Lluc en calidad de aspirante. Era el más joven del curso y como tal lo trataron sus compañeros. Jugueteaban con él y, en ocasiones, traspasaban la línea de lo que exige el trato respetuoso[40].

Miguel Pons no destacaba como cantor de la escolanía. Cantaba en el grupo de las voces segundas, aunque él sentía una honda

[40] El P. José Amengual declaró lo siguiente, tal como consta en la *Positio super Martyrium*, 14-15 (Madrid 1995): "el niño Miguel (...) después de haber estudiado el curso de ingreso en su pueblo natal, entró en la Escuela Apostólica de Lluc y se juntó a los alumnos del primer curso de latín de más edad que él y mejor preparados en los estudios por haberlos hecho en el mismo Santuario".

afición al canto y a los instrumentos musicales. A lo largo de su vida se mostró interesado por esta dimensión estético-cultural. Por lo demás, él no entró -como otros- en el coro por su buen hacer musical, anejo al beneficio de una beca. El era *aspirante*, o sea que su objetivo primero se centraba en el futuro sacerdocio y no en el canto o los favores de la eventual subvención.

No mucho después del ingreso, Miguel tuvo que guardar cama a causa de una gripe. Sus padres fueron a visitarlo, sin pensarlo dos veces. A causa de una rigurosa clausura, entendida muy literalmente, como imponía la época, a la madre se le vetó la entrada al dormitorio del niño. El sacerdote que hacía las veces de enfermero, en un lance un tanto jocoso y que invita a la sonrisa, envolvió al chico en una manta y lo sacó de la clausura a fin de que sus padres lo observaran y mimaran sin problemas.

Un temible profesor de latín

Miguel era despierto, tanto para las cuestiones prácticas como para los estudios teóricos. Pero adolecía de lagunas notables en sus estudios. En todo caso, se inició en el estudio del latín sin la preparación que habían tenido sus compañeros, en un año introductorio, a la sazón llamado *de ingreso*.

La mala fortuna se vertió sobre Miguel. Su profesor olvidaba las deficiencias que aquejaban al muchacho. Por otra parte, era plenamente partidario del refrán aquel -aceptado por entonces sin reticencias- de que *la letra con sangre entra*. Reglazos, pellizcos, golpes, chanzas de todos los calibres y la amenaza de regresar con el hatillo a su pueblo, para cuidar el rebaño de cabras, constituían los recursos pedagógicos que le ocurrían al profesor de latín. El pobre Miguel tenía que soportar, día tras día, toda clase de burlas y malos tratos.

Al pasar al segundo curso de latín -pues cumplió con todos los requisitos exigidos- el nuevo profesor se mostró menos arbitra-

Con expresión melancólica, el enfermizo P. Miguel.

rio que el anterior. De todos modos, el sistema y la filosofía de la enseñanza no cambió gran cosa para él. Y, sin embargo, no parece que en ningún momento mudara de opinión respecto a su futura y deseada meta. De seguro otros habrían claudicado por el camino, caso de verse obligados a pagar un tal precio. Si por un momento enrojecía nuestro protagonista y derramaba lágrimas, luego reemprendía la tarea con mayor tesón[41].

Vale la pena anotar un hecho que hermanó, en momentos muy lejanos y en roles bien distintos, a dos mártires clérigos de Barcelona. El 28 de junio de 1922 -recién terminados los exámenes de tercer curso- subió al Santuario D. Manuel Irurita, canónigo de

[41] En las declaraciones del P. José Amengual Mayrata, compañero de estudios, en Lluc, se nos dan estas informaciones y otros detalles al respecto. Cf p. 189 del anexo de la obra de G. SEGUI, *Artículos...* o. c.

El aspirante Miguel Pons acaba de iniciar su formación religiosa y misionera en el noviciado de La Real en 1922

la catedral de Valencia y por entonces Visitador de los conventos de clausura de Mallorca. Al día siguiente, festividad de S. Pedro, predicó y cantó el mencionado Visitador y Canónigo con una potente voz de barítono en el coro.

Seguramente los muchachos le observarían temerosos y cuchichearían acerca de la importancia del personaje. Tanto más cuanto que no eran frecuentes las visitas de personas renombradas en aquellos años. Los transportes y las carreteras no permitían mucha movilidad. Le besarían la mano, comentarían su voz bien timbrada y quizás recibirían su bendición. Dieciocho años después, una lista de víctimas de Barcelona -de clérigos caídos en testimonio de la fe- les hermanaría para siempre en el coro de los mártires. D. Manuel Irurita cayó asesinado por su condición de obispo de Barcelona[42].

[42] Crónica de Lluc. Citado por J. NICOLAU, *Cuatro palmas...* o. c. p. 21. Con todo investigaciones recientes pueden probar que fue visto tras haberse divulgado su muerte.

El joven Miguel fue admitido al noviciado de los MM. SS. CC. A finales de julio se trasladaba a La Real con otros compañeros para practicar los ejercicios y permanecer en esta casa-noviciado. El 24 de septiembre de 1922 vestía la sotana de novicio junto con otros seis candidatos a la futura profesión. Emitió los primeros votos temporales el 25 de septiembre de 1923. Continuaba siendo el benjamín del grupo.

Permaneció en La Real estudiando Humanidades. Pasaron los años y Miguel fue superando cursos y subiendo escalones. Hasta el año 1927 la Casa de La Real lo cobijó, aunque algunos veranos subió a Lluc para suplir al P. Preceptor o encargado de los niños cantores. De estos años se sabe que fue gran simpatizante del museo de ciencias naturales, que enriqueció la colección de Entomología y que mostraba gran habilidad como taxidermista o disecador de animales destinados al estudio y a las visitas cultas.

El estudiante Pons era activo y nervioso, según atestiguaron sus compañeros. Nada extraño que al iniciar el curso 1927-28 -que se desarrolló en la residencia de Palma- colaborara en el culto de la Iglesia de los SS. CC., se prestara a diversos trabajos manuales y cuidara de la distribución de la revista *Lluc*. Amante del excursionismo, no se hacía rogar a la hora de trasladarse, en plan montañero, a las casas de Sóller y Lluc, situadas en lugares propicios a la escalada y al pleno contacto con la naturaleza. Le encantaba transitar por senderos escondidos, de cuya existencia sabían apenas los pastores del entorno.

Ultimos escalones hacia el altar

El 31 de agosto de 1930 recibió el subdiaconado. Debía administrarle el diaconado el obispo de Mallorca, Dr. Miralles, pero una grave enfermedad se lo impidió. Se preveía una prolongada convalecencia. A los candidatos, urgidos por la impaciencia, se les permitió trasladarse a la cercana isla de Ibiza para recibir la ordenación. Por primera vez Miguel y dos condiscípulos atravesaban el mar.

En Ibiza los recibieron con todas las atenciones. Pernoctaron en el mismo Palacio episcopal y, al día siguiente, visitaron lo más destacado de la ciudad y alrededores. Recibieron el diaconado el 21 de marzo del año 1931. El mismo obispo ordenante los acompañó al muelle a la hora del regreso. Era S. E. Silvio Huix que se colocaría a la cabeza de los mártires de la diócesis de Lérida en 1936. Miguel Pons, pues, conoció en vida a dos prelados que darían también, con su sangre, la prueba del mayor amor.

El diácono Pons preparaba con ilusión y fruición su inmediato sacerdocio. Quizás ello le distrajera de las noticias que llegaban a la isla y aventuraban un futuro de mal agüero. El 6 de septiembre del 1931 amaneció el día esperado de la ordenación sacerdotal. Actuó como obispo consagrante el P. Juan Perelló, obispo de Vic y antiguo Superior Gral. A los dos días, en la fiesta de la Natividad de la Virgen, celebraron su primera Misa solemne, en el Santuario de Lluc, los PP. Miguel Pons y sus compañeros de carrera M. Ripoll y R. Juan Mestre. Asistieron al P. Pons los PP. Miralles, Prior del Santuario y el P. G. Munar, Superior de La Real.

Apenas unas semanas más tarde, el novel sacerdote embarcaba hacia tierras catalanas. Estaría al servicio del obispo Perelló en Vic[43]. Pero duró poco en el lugar, sin que sepamos el porqué. El 8 de julio del año siguiente (1932) lo encontramos en el Santuario lucano. Allí desplegará una vida tranquila y se diría que casi insignificante. Al menos, a juzgar por las crónicas que se refieren a él

[43] Un poco enredado aparece el primer destino del P. Pons. Mientras el cronista de La Real escribe que va destinado a esta casa, el P. Nicolau alega que fue destinado a Vic. Cf. P. NICOLAU, *Cuatro palmas...,* 23. Destino que, además, ya sabían sus hermanos desde el día de la ordenación, pero nada dijeron a la madre para no enturbiar el gozo de la jornada. Y resulta que, en unas páginas de cronología complementaria a la biografía de los mártires (multicopiada, sin fecha ni lugar de publicación, de modestísima presentación) el propio P. Nicolau escribe: 22 de septiembre: "el P. Pons es destinado a Palma". Aunque seguidamente añade: 29 de septiembre: "embarca para Vic destinado como familiar del obispo" (p. 3). En otro orden, el P. Pons ¿fue a Vic como familiar o como capellán de honor del obispo? Pues ambos términos usa el P. Nicolau. ¿Qué implica ese vocabulario? ¿Es equivalente?

Día de excursión en el santuario de Lluc. El P. Miguel (izq.) coincide con el P. Simón (der.). El P. Francisco también está en el grupo.

en cuanto ministro en determinadas solemnidades y en paseos con otros miembros de la comunidad.

A inicios del año 1933 consta que se desempeñó como profesor de latín. Costará al lector entender que el P. Pons tardara año y medio en predicar por vez primera. Pero otros eran los tiempos. Y así lo relata la crónica del Santuario. Luego se alude a ulteriores predicaciones.

Entre la enseñanza y los trabajos de la sacristía, que a él se le encargaron, transcurrió el año y los primeros meses del siguiente. Por cierto, en 1934 se celebraron las Bodas de Oro de la Coronación de la Virgen. El P. Pons estuvo, seguramente, muy atareado en su cargo (conocido como *sacrista*, en el lenguaje mallorquín y tradicional de los residentes en el recinto). En efecto, los fieles ma-

llorquines, con gran sensibilidad mariana y apesadumbrados por las circunstancias políticas que les tocaba vivir, acudieron, en muy significativo flujo de peregrinaciones, a invocar a la Virgen Morena.

La villa de Llubí no quedó atrás en su peregrinar a Lluc. El 22 de marzo del año cincuentenario, trescientos de sus hijos fueron a orar ante el templete de la Virgen. El P. Pons, también de Llubí, celebra para ellos la misa solemne y les esboza una breve historia de la devoción llubinense a la Moreneta. Por la tarde, acompañó a los peregrinos subiendo por la empinada vía de los Misterios y cantando las avemarías del rosario.

Los que un día fueran alumnos suyos de ingreso recuerdan al P. Pons cual profesor comprensivo, con el deseo de hacer amenas sus enseñanzas. Los niños aluden a él como profesor benevolente, pero en ningún momento esta cualidad degeneró en debilidad de carácter, ni tuvo que ver con la incapacidad de imponer el orden debido. Al contrario, jamás toleró el desorden; fue enemigo declarado de la holgazanería. Cuando apelaba a su autoridad sabía imponerse. No estaba directamente encargado de la escolanía, pero substituía al preceptor cuando éste se ausentaba[44].

En estas tareas se desenvuelve el P. Pons cuando le sobreviene un cambio de destino. Será el último. Bien encajaba con su trabajo de maestro y respondía perfectamente a las tareas encomendadas en la sacristía. Muy probablemente se encontraba a gusto en el ambiente del Santuario y en sus boscosos y bellos alrededores. Pero nada opuso al nuevo cambio de vida que suponía dejar Mallorca, su isla natal, y dirigirse a Barcelona, atravesando el mar.

Preparó sus maletas. Por la noche fue a despedirse de la Virgen y se arrodilló ante su imagen. Lo hacía diariamente, pero en esta

---

[44] Así lo recogen los ESTUDIANTES MM. SS. CC, *Biografía de nuestros mártires*. Otra información de estos años la recoge el P. Juan Meliá: "si bien nunca su voz fue excepcional, perduraba en él el gusto por la música, de manera que a menudo entraba voluntariamente en la clase de solfeo para cantar, como un alumno más, sus lecciones". También sobre estos puntos Cf. P. NICOLAU, *Cuatro palmas..,* 23-24.

El 8 de Julio de 1907, Miguel nació en esta humilde casa de Llubí

ocasión el sentimiento sería mucho más intenso. Se topó con el P. José Amengual: *todos los días póngase a los pies de la Virgen para la visita. Le cedo mi puesto*.

Una vez en El Coll, colaboró en los trabajos de la casa y de la Iglesia. Esta tenía un culto muy reducido, por lo cual se comprometió, los días laborables, a atender una capellanía. Han llegado hasta nosotros algunas informaciones de nuestro biografiado antes de que sucediera la sublevación o alzamiento.

En septiembre del año 1935 el P. Pons se unió a otros sacerdotes congregantes, procedentes de Roma, con el fin de practicar ejercicios espirituales en S. Honorat. Terminaron el día 21 y luego aprovechó para visitar a sus familiares en Llubí. Solamente

permaneció unas horas con los suyos. La madre, no sabemos en qué preocupaciones sumida, no probó bocado a lo largo de la comida. Se contentó con contemplar a su hijo. Algunos de la familia lo acompañaron a la cercana ciudad de Inca para tomar el tren. No volverían a verlo.

Rasgos relevantes de su biografía los constituyen la paciencia con que recibió los malos tratos de su profesor de latín, sin protestas clamorosas y sin decidir dar por terminada su estancia en el Santuario. Pesaba más, en su balanza interior, el afán de ser sacerdote misionero. Al respecto es interesante constatar que, ya adulto, no aborreció las clases ni se le ocurrió infligir a sus alumnos un trato semejante al que fue sometido. Aun cuando este tipo de reacciones no son nada infrecuentes, como bien saben los psicólogos.

Un tal comportamiento se enraizaba en la bondad natural y cultivada del P. Miguel Pons. Los métodos totalmente antipedagógicos de que fue objeto no dejaron en él resabios. No le transformaron tampoco en un ser indolente o cínico. Sorpresivamente, mostró un especial interés por el mundo de la escuela y la pedagogía. Fue la tarea que le ocupó más tiempo en sus breves años de sacerdocio.

El profesor, como indica la etimología de la palabra, antes que enseñar, profesa -confiesa- su amor a las ideas que transmite a sus alumnos. Bien cabría considerar cual indicio y anticipo de su fin martirial este gusto que manifestó en la enseñanza. Confesó sus conocimientos, enraizados con sus recónditos pensamientos. Pues no sólo se transmiten fríos y objetivos datos. Las clases siempre ofrecen la oportunidad para *profesar* las más profundas convicciones. Y justamente al final de sus días, con la mayor naturalidad, confesó y proclamó su fe. Fue testigo de ella. Fue, en el estricto sentido del vocablo, un *testigo-mártir* de sus íntimas convicciones. Una vez más actuó como profesor: en esta ocasión, frente a sus verdugos. Los fusiles no acallaron sus ideas, sino que les pusieron altavoz.

Mártir de la fe. Antes había sido ya, de modo anónimo, y gota a gota, testigo de la convivencia y la caridad. No es de poca

Iglesia Parroquial de la villa de Llubí, donde fué bautizado el P. Miguel Pons.

monta la alabanza que de él hizo un condiscípulo suyo por varios años: *del P. Pons se podía disponer a toda hora y para cualquier trabajo o servicio: siempre estaba a punto de servir a todos*[45].

[45] G. SEGUI, *Artículos...* Anexo, 190. Declaraciones del P. José Amengual Mayrata.

HNO. FRANCISCO MAYOL: A LA MEDIDA DE LA VIDA RELIGIOSA

El Hno. Mayol, típico exponente del campesino mallorquín de finales del siglo XIX -honrado y trabajador- nació en la madrugada del 31 de mayo de 1871. Vio la luz en el pueblo de Villafranca de Bonany, situado hacia el centro de la isla y al borde de la carretera que cruza Mallorca desde Palma a Manacor.

Recia saga de campesinos

Sus padres, Miguel Mayol y Ana Oliver, se dedicaban al oficio secular de desentrañarle a la tierra sus frutos a base de trabajo y paciencia. Anteriormente al nacimiento de Francisco, vieron nacer a dos niñas, a las que impusieron sucesivamente el nombre de Antonia y que no sobrevivieron. Les nació luego otra hija, que de nuevo bautizaron con el mismo nombre, y un niño que respondía al nombre de Mateo[46].

La casa propiedad de Miguel y Ana era conocida como *Son Perxana*. Un poco aislada del resto del pueblo, se erguía sobre un altozano, frente a una agradable panorámica. Para la época, ofrecía a sus huéspedes un techo confortable y era signo de un relativo bienestar.

Aun cuando *Son Perxana* estaba situada en el término municipal de S. Juan, y Francisco fuera inscrito en el registro civil de este pueblo, sus familiares tenían las raíces en Villafranca y debían sen-

---

[46] Para casi todas las informaciones previas a la entrada del Hno. Mayol a la Congregación nos remitimos a JOSE NICOLAU BAUZA, *Cuatro Palmas..., 26-39*. Cf. lo dicho en la nota 32.

tirse cordialmente vinculados a este núcleo de población. Llevaron, pues, a Francisco al templo de Villafranca para ser allí bautizado[47].

A duras penas contaría el pueblo con un millar de habitantes. Y prácticamente todos sus pobladores se dedicaban a la agricultura. No cabía esperar, pues, debates culturales de grandes horizontes, ni una mediana dosis de inquietud socio-política. No. En el pueblo discurrían los días y los años con placidez. Se alternaban las estaciones entre las habituales ocupaciones de la población. Higueras y almendros ocupaban grandes extensiones de tierra. Las tradiciones, el folklore y la lengua vernácula iban solidificándose y conformando el alma de los campesinos. El conjunto respiraba una densa atmósfera de fe cristiana.

No eran muchas las perspectivas de cara a una sólida formación escolar. Se sabe de una mujer que reunía a los chiquillos de las calles vecinas. Una mujer que ejercía de maestra -asómbrese el lector- no obstante su analfabetismo. Se limitaba a enseñar las oraciones del catecismo. Unas piedras hacían las veces de sillas y las paredes del corral sustituían las aulas blanqueadas.

A Francisco le cupo mejor suerte ya que su maestro, oriundo de Mahón, ejercía la profesión con más competencia. Sin embargo, este señor daba muestras de una cierta extravagancia y su carácter cortante era más propicio al reproche que a la acogida. De todos modos, quedaba en la mente de los alumnos un buen recuerdo acerca de sus convicciones religiosas y patrióticas. En tales circunstancias Francisco hizo su pequeño acopio de conocimientos de contabilidad que bien le servirían en el futuro. Y allí se le despertó la inquietud de la lectura, que luego satisfaría recurriendo a textos ascéticos y hagiográficos.

Alrededor de 1890 una calamidad inquietó la placidez de los hogares campesinos de la isla y desbarató las ya de por sí enjutas arcas de las familias rurales. La plaga de la *filoxera* carcomió enor-

[47] El mismo día del nacimiento fue bautizado. No era extraño el hecho por aquellos años, al contrario. Fue ministro del sacramento el Rvdo. Vicario Guillermo Gayá

mes extensiones de viñedo que otrora fueran motivo de orgullo de sus amos y trabajadores. Muchos jóvenes hubieron de contentarse con la alimentación a cambio del trabajo del día.

Por si fuera poco, el cabeza de familia del hogar de Francisco se vio envuelto en un tedioso y desagradable pleito. Fue sorprendido, al parecer, en su buena fe. El hecho es que sus propiedades sufrieron recortes muy considerables. Francisco tuvo que buscar trabajo fuera de casa.

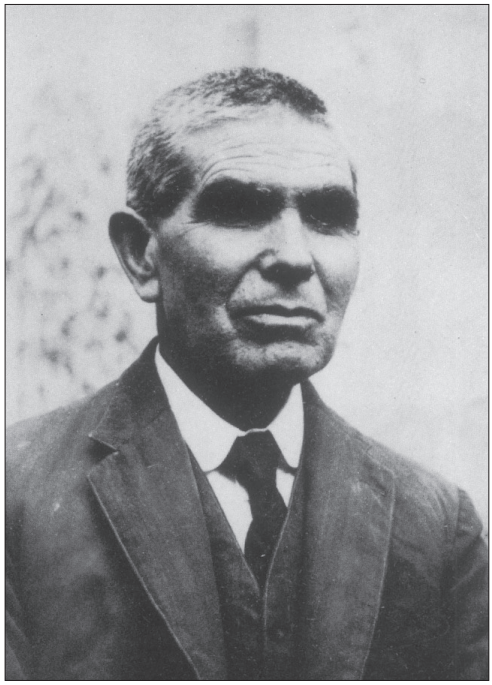
Una anécdota de estos tiempos la contó el joven muchos años después en alguna conversación distendida y la recogió uno de los Padres que la escucharon. Los compañeros de trabajo se formaron una imagen de Francisco a caballo entre la timidez y la benevolencia. Por añadidura, irradiaba un aire piadoso e ingenuo. Lo eligieron, pues, como blanco propicio para sus bromas, en ocasiones un tanto excesivas.

Uno de los mencionados compañeros le solicitó, ya en cerrada oscuridad, que le llevara el ganado a abrevar a un pozo notablemente distante del núcleo de casas. Alegaba que a él le resultaba del todo imposible. Sin hacerse rogar accedió el joven Francisco. Apenas iniciada la marcha se dejaron oír silbidos extraños, sordos ruidos, gemidos lastimeros. La calma y la oscuridad de la noche les ponía eco de modo escalofriante. Francisco intuyó que allí había gato encerrado o broma intempestiva. No hicieron en él mella el temor ni la inquietud.

Llegado a la meta, arreciaron las voces y ruidos con mayor insistencia. Incluso una túnica blanca pareció descolgarse de entre las ramas de un árbol. Francisco apuntó al blanco de sábanas y voces con piedras bien dirigidas. Inmediatamente los rumores confusos y lastimeros abrieron paso a las voces claras y precisas implorando piedad[48].

---

[48] La anécdota la contaba el P. Lorenzo Rotger, M. SS. CC. y la dejó escrita en Acta MM. SS. CC. Citada por el P. NICOLAU, *Cuatro palmas..., 28*.



El H. Francisco Mayol, en plena madurez.

Buen mozo y trabajador, Francisco iba madurando en su ambiente con la mayor naturalidad y hasta intimó con una muchacha en vistas al matrimonio. Sin embargo, el sendero previsible que iba a transitar en este mundo -esposo, padre, campesino en el lugar- se quebró de pronto y le condujo hacia otras metas.

Hecho a la medida de la vida religiosa

Se predicaba durante las fiestas navideñas de 1893 la santa misión en Villafranca. La dirigían los PP. Joaquín Rosselló y Gabriel Miralles. Hombres conocidos, especialmente el P. Joaquín, que había recorrido muchos pueblos, lleno de celo, dedicado a esta tarea y que acababa de fundar el Instituto de Misioneros de los SS. Corazones. La misión causó enorme impacto en la vida espiritual de aquellas gentes. Los sermones eran escuchados atenta y masiva-

mente. Las mujeres llevaban su propio asiento al no poder alojarse en los bancos abarrotados del templo. Los niños permanecían sentados en los escalones del presbiterio. Entre uno y otro sermón, los asistentes entonaban, sin remilgos, cantos religiosos adecuados al momento[49].

El joven Francisco fue uno de los candidatos que visitó a los Misioneros con la idea de consagrarse al Señor en la vida religiosa. El nunca había reparado en esa posibilidad, pero los efectos de la misión incidieron sobre su espíritu y reordenaron sus planes. Y, sin mediar mucho tiempo, vióse abocado a los preparativos, despedidas, ilusiones y renuncias. Todavía con las emociones a flor de piel se trasladó al Santuario de Lluc, donde tiene su trono la patrona de Mallorca. Todo ello sucedió con inusitada rapidez. Al cabo de unos veinte días de finalizada la misión, Francisco residía ya en las montañas lucanas.

La Virgen de Lluc había sido coronada pontificalmente, unos años atrás, como Reina de Mallorca. Cabe la Virgen, bajo la mirada solícita del P. Joaquín, obtuvo Francisco sus primeros conocimientos sobre la vida consagrada y dio los primeros pasos como postulante. La añoranza de la despedida -la madre, los amigos, los viñedos- fue compensada por la acogida en el Santuario. Además, en Lluc convivió pronto con un primo y otros jóvenes de su pueblo.

Francisco Mayol fue familiarizándose con los actos de piedad, desempeñó oficios varios que después ya no abandonaría a lo largo de la vida. Probablemente, al ser ya un joven hecho y derecho, con muy escasos estudios, decidió consagrarse en la vida religiosa como Hno. cooperador y no como sacerdote. O quizás le aconsejaron sus superiores tal estado de vida. Lo cierto es que el perfil de

---

[49] Una de las muchas misiones que predicaron en la isla los MM. SS. CC. en los inicios del Instituto. Una de las consecuencias, bastante repetidas, que se derivaban de este tipo de misiones se concretaba en que numerosos jóvenes -especialmente del sexo femenino- decidían hacer su entrada en la vida religiosa. Todavía hoy muchas vocaciones religiosas pueden atestiguar personalmente esta afirmación. El P. Nicolau precisa que la misión se predicó desde el 24 de diciembre del año 1893 hasta el día de Reyes de 1894.

Hno. cooperador, tal como entonces se concebía, parecía esbozado a su medida. Hombre de fuerte complexión, sano, de aspecto rústico, solícito en el servicio a los demás, encajaría inmediatamente en el nuevo estado de vida para el que se preparaba.

El 19 de marzo de 1895 Francisco recibió la sotana y la faja del Instituto y, poco más de un año después (29.03.1896), emitió los primeros votos. Permaneció en Lluc, pues el P. Joaquín deseaba tener junto a sí a los recién profesos, con la finalidad de completar su formación.

Casi veinte años transcurren sin que sepamos gran cosa del biografiado. Debió trabajar en alguna de las tres residencias que el Instituto poseía en Mallorca[50]. Durante los cuarenta años de vida religiosa cambió una y otra vez de casa. Iba donde se requerían unos brazos robustos y un corazón sensible. No es por azar que, aun sin tener especiales conocimientos de enfermería, con frecuencia lo encontramos atendiendo a algún congregante enfermo. Pero también ejerció de cocinero, de hortelano y fue en busca de las provisiones necesarias para la buena marcha de la casa, con el carretón uncido al animal de carga.

Una vida de poca brillantez exterior. Pero, sin duda, en sus ausencias o cambios de destino, se echaría de menos al Hno. atento, solícito, piadoso, con su toque de rústica ingenuidad. Donde hacía falta, allá se dirigía con solo que sus superiores se lo insinuaran. Organizó su vida al servicio de los demás. De ahí su presteza en trasladarse, sin darle vueltas al asunto, y con su inconfundible estampa de campesino: la americana negra, la pechera blanca y el sombrero bien calzado. Poca cosa más necesitaba. Y todo cabía en un fardo que se echaba al hombro.

Francisco acudió a la casa paterna al saber de la enfermedad de su madre que falleció el 20 de noviembre de 1917. Cuatro lustros

[50] A la sazón el Instituto tenía la Casa de S. Honorat, el lugar de fundación; la de Lluc, a la que fueron enviados los congregantes al cabo de un año, solicitados por el obispo; y la de La Real a la que también acudieron por sugerencias del obispo.

antes había dormido en el Señor su padre, a los 65 años y víctima de una tuberculosis pulmonar.

Trabajador sin remilgos

En 1922 lo encontramos en la ermita de S. Honorat. Allí atendió al P. Simón Reynés, mientras se restablecía. A él le tocó cargar con todos los cuidados de la casa por unos cuantos meses: cuidaba del enfermo, atendía la huerta, subía y bajaba la pronunciada pendiente del monte en búsqueda de los alimentos requeridos. Se las apañaba el Hno. para proveer de carne al enfermo. Se le daba bien la caza de tordos: no raramente pasaban a formar parte del menú del día.

En cambio, no guardaba hacia su persona las mínimas atenciones que su trabajo y complexión exigían. Se sabe que, en ocasiones, cocinaba un gran puchero de boniatos de los que echaba mano en las distintas comidas. Al final, el recipiente despedía un mal olor considerable, hasta el punto de que algún visitante se veía forzado a desechar los restos que contenía la olla.

S. Honorat quedaba aislado de pueblos y ciudades. Los medios de comunicación eran a la sazón costosos y escasos. El Hno. Francisco bajaba con cierta frecuencia para adquirir provisiones y para mantener la relación con los otros congregantes. Lo expresó certera y jocosamente en una ocasión alegando que había bajado a fin de *desoxidarse*.

Le preocupaba al Hno. la mejora del edificio y solares adyacentes. En una ocasión infundió ánimos a un jovencito aspirante a la vida religiosa a fin de que se metiera en una espuerta y arrancara unos olivos silvestres suspendido en el vacío de aquellos estremecedores barrancos. Mientras, el Hno. Magraner suplicaba en la capilla para que no sucediera lo inevitable, tras infructuoso diálogo tratando de convencerle del peligro. El Hno. Francisco no le concedió

mayor importancia al asunto. Se enteraron luego otros congregantes y lo comentaban horrorizados. El, con la mayor naturalidad, con un toque infantil e ingenuo, creía que no había razón para tantos aspavientos.

En agosto del año 1926 el noviciado se instaló de nuevo en S. Honorat. Por si el trabajo -multiplicado ahora- resultara insuficiente en la casa, el Hno. Francisco se prestó a arreglar el camino que conducía a Gracia y a Randa, bajo un calor deshidratante. A continuación uncía la mula al carro e iniciaba la caminata hacia Lluc, sabiendo que no dormiría en toda la noche. Tres días más tarde, por la mañana, debía repetir la operación a la inversa y regresar a S. Honorat. Las adversidades atmosféricas del monte de Randa, el viento, la lluvia o el bochorno no lograban impedir los viajes.

Unos ratos de descanso, anhelados por el Hno., llegaban con las plácidas tardes dominicales. Descanso relativo por cuanto se sumergía con fruición en la lectura de libros ascéticos y, sobre todo, de biografías de santos. En algún paréntesis de la lectura, que hacía acompañado del Hno. Pedro Juan, levantaba la vista por encima de la amplia llanura y por todo comentario exclamaba: *qué grande es Dios nuestro Señor*. En la frase, de escasa originalidad, burbujeaba, sin embargo, la emoción íntima y condensada de su espíritu religioso y abierto a la trascendencia.

El Hno. trataba de disminuir el número de viajes que nada tenían de carácter turístico. Para ello colmaba de mercancías el carretón hasta los bordes. En una ocasión las fuerzas del animal debieron flaquear por las pendientes del camino. Dos señoras extranjeras se conmovieron ante la escena y empujaron cuesta arriba durante un buen rato. *Le daban duro*, comentaba, -entrada la noche- movido por la admiración y la socarronería a partes iguales.

El ritmo y las exigencias de la vida habitual le dejaban algún resquicio para ayudar a otros Hnos. de Palma y de La Real cuando la ocasión lo requería. También sirvió de apoyo a diversos sacerdotes en las misiones.

Al finalizar el decenio de los años veinte lo encontramos en Sóller haciendo las tareas acostumbradas y atendiendo a un enfermo de gravedad. No se amilanaba fácilmente el Hno. Una vez fue de La Real a Sóller a pie -veintitrés kilómetros de carretera, aunque con posibilidad de grandes atajos- al perder el último tren de la jornada. Ya entrada la noche, golpeado por el frío del invierno, llamó a la puerta de la residencia quitándole importancia a la aventura.

Los últimos tres años de vida los pasó en el Santuario del Coll, donde le sorprendió la muerte. Su destino tuvo carácter provisional, pero fueron prolongándose los meses hasta que las balas segaron su vida.

El cambio de casa no significó para el Hno. Mayol variación de ocupaciones. Cuidaba de la cocina, iba a comprar las provisiones. A veces debía caminar un largo trecho para no caer en la monotonía de las comidas, pues las tiendas de la periferia barcelonesa andaban escasamente surtidas.

El Hno. se ocupaba también de tener a punto la leña para el fogón. Sufría desde hacía un tiempo de un molesto dolor reumático localizado en el brazo, que le dificultaba la articulación del mismo. Sabían del malestar los miembros de la comunidad, puesto que la dolencia era, en ocasiones, del todo manifiesta. Pero no se eximía el hombre, ni siquiera en tales condiciones, de la labor de partir troncos para el fuego. Lo cual le valió algún leve reproche del superior de la comunidad.

También otros achaques padeció el Hno. en sus años de residencia en El Coll. Un vivo dolor en el costado, acompañado de alta fiebre, le hicieron delirar en algún momento. Pero el Hno. Mayol no atribuía a este malestar la menor importancia. Lo sufría casi con sentido de culpa. En cambio se mostraba ligero como el que más a la hora de atender a cualquier enfermo de la comunidad y se las ingeniaba para hacerle llevaderas las molestias que le aquejaran. Al respecto, el testimonio del P. L. Rotger en sus declaraciones para la causa de beatificación.

> *Era el elegido y predilecto, entre todos, para cuidar enfermos. Su resistencia física que le permitía pasarse días a la vera del enfermo, sin acostarse, cabeceando un poco, sentado en una mala silla; su paciencia para sufrir y sobrellevar las molestas exigencias de los que cuidaba; y su aspecto tranquilo y alegre que infundía confianza a los otros*[51].

...sencillos como palomas

Así se iban acumulando los años sobre los hombros del Hno. Mayol. Quizás disminuían sus fuerzas, pero ello no hacía mella en su modo de ser. Siempre sereno, sencillo, servicial, fiel a la palabra dada. Se dejó llevar, a lo largo de su vida, por el macizo sentido común que le guiaba, a la vez que por su ingenuidad de raigambre campesina.

Era nuestro hombre realista y transparente. En cuanto a su estampa física no se hacía muchas ilusiones: *Feo estoy con estas mis cejas*, comentaba familiarmente. Se refería al grosor de las mismas y, añadía en plan chistoso, que su madre, sin embargo, le llenaba de piropos en su infancia.

Si no encontraba razón para disimular sus inconvenientes físicos, tampoco estaba por velar los defectos de su alma. Enzarzado en amistosa, pero firme y tenaz discusión con un Padre de la misma casa, éste zanjó la porfía con estas palabras:

- *¿Sabe qué van a escribir de usted después de su muerte?*
- *¿Qué?, preguntó el Hno. con la curiosidad despierta.*
- *Pues van a decir que tenía usted espíritu de contradicción.*
- *Y buena razón llevarán, contestó el hombre convencido*.

El Hno. Francisco vivió con la mayor naturalidad el consejo

---

[51] P. GABRIEL SEGUI, *Artículos que se proponen para la causa de beatificación y canonización de los Siervos de Dios...* (art. 31). Declaración del P. L. Rotger. Igualmente interesantes los otros artículos a él referidos.

Villafranca de Bonany, lugar de nacimiento del H. Francisco Mayol. Iglesia Parroquial.

de hacerse como niño a fin de entrar en el Reino de los cielos. El mayor grado de madurez, al trasluz de la fe, consiste en hacerse como niño. Porque no estamos refiriéndonos al infantilismo ni a la puerilidad.

No se trata, en efecto, de apegarse de modo insano a un director espiritual, ni de invocar la autoridad para mejor protegerse. Lejos del auténtico cristiano abdicar de su propia responsabilidad alegando la virtud de la obediencia. Nada de individuos irresolutos. Actitudes de este cariz equivaldrían a sucedáneos de la infancia espiritual, e impedirían la plena madurez. Los sucedáneos, en efecto, no poseen la calidad del producto genuino.

Hacerse como niños implica acoger el Reino con cándida sencillez, con confianza sin restricciones, sin abandono calculado,

con generosa decisión. A éstos, y no a los sabios según la carne, se revela el designio de Dios. El Hno. Francisco tenía la candidez, la transparencia, la humildad suficientes para imaginarle entre el escogido grupo de los *pequeños* del evangelio y de aquellos que saben hacerse niños, sin confundir lamentablemente infancia espiritual con irresponsable infantilismo.

A este propósito vale la pena escuchar de nuevo el testimonio del P. L. Rotger en el mencionado proceso de beatificación.

> *Más su humildad no era solamente una virtud humana y connatural dada su sencillez y apocamiento nativo. Tenía raíces mucho más hondas. Arraigaba en la meditación de la propia nada y se asentaba sobre la consideración de las verdades eternas, tema favorito de su oración. Y llevando ya muchos años de vida religiosa y ejemplar, esas verdades le emocionaban y le llegaban al alma. El entendía poco esos libros de frases dulzonas y oraciones sensibleras, que parecían resbalar el agua sobre su cutis recio y grueso. Los libros de ejercicios con variados ejemplos le llegaban más adentro y le hacían mayor bien y por eso eran sus preferidos siempre*[52].

En el proceso de beatificación es el Hno. Mayol quien más declaraciones concita. Seguramente, y a partes iguales, por ser quien más años había vivido y por su modo de ser espontáneo, ingenuo y socarrón. En efecto, su estilo despreocupado por las apariencias, su personalidad huérfana de ambiciones, su estampa física de raigambre campesina, se prestaban a erigirle en centro de muchos comentarios[53].

---

[52] Ibid. art. 36

[53] Una biografía con numerosas informaciones, acerca del Hno. Mayol, en mallorquín, la escribió el P. JOSEP NICOLAU BAUZA, *El Germà Francesc Mayol Oliver*. Valencia, 1987. El librito recoge prácticamente la biografía anterior del mismo autor en *Cuatro palmas...* y el capítulo del martirio en Barcelona

EL HERMANO PABLO NOGUERA: LOS ATAJOS DE DIOS

S'Aujub es el vocablo muy mallorquín, a traducir por *el aljibe*, que da nombre a la finca y la vivienda donde naciera el Hno. Pablo Noguera. Tierras tostadas, notables extensiones de naranjos, parras ornamentales, quizás con la finalidad de acoger bajo su sombra al visitante que atraviesa el umbral. Ese es el panorama que se ofrece al observador[54].

Los habitantes de Sóller, a principios del siglo XX, emigraron en número considerable al vecino país de Francia. Entre ellos hay que contar al jovencito Damián Noguera. Pero cuando le tocó cumplir el servicio militar ya estaba de nuevo en la ciudad natal. Luego contrajo matrimonio con Francisca Trías. Con ella volvió a Francia. Y de nuevo regresaron para establecerse de modo definitivo en *S'Aujub*.

Piadoso desde la tierna infancia

Era el 24 de noviembre de 1916 cuando le nació Pablito a la pareja de esposos, el primero de los siete hermanos que fructifi-

---

[54] Si no se dice lo contrario, las noticias de la casa natal, las reseñas acerca de las fechas biográficas relativas a la infancia del Hno. Pablo, así como el relato de los principales acontecimientos de la familia, se toman de JOSE NICOLAU BAUZA, *Cuatro Palmas* ..., 40-49. Anteriormente el autor ya había divulgado una primera edición de parecidas características y con el mismo título (Valencia, junio de 1986). El P. Nicolau aprovechó sus años de estancia en Sóller para inspeccionar ocularmente la casa natal del biografiado y para entrevistarse con algunos de sus familiares y conocidos. Cf lo dicho en la nota 32.

caron en el matrimonio. A uno de ellos, Antonio, se le bautizó de urgencia y murió seguidamente. Los demás fueron creciendo y llegaron todos a la edad adulta excepto nuestro biografiado. Pablo, el primogénito, recibió el bautismo al día siguiente de su nacimiento, el 25 de noviembre, en la iglesia parroquial de Sóller.

Sin sobresaltos, mansamente, como el deslizarse de las altas nubes en días de bonanza, así transcurrieron los años infantiles de Pablo. El padre del niño no sólo no se permitía faltar a las vigilias de la Adoración nocturna de Sóller, sino que fue uno de los fundadores de la sección establecida en la ciudad. Y así cabe imaginar el ambiente familiar que se respiraba. Un denso clima de fe cristiana. Los niños, en cuanto alcanzaban la edad, dirigían por turno el rezo de las diversas decenas del rosario, noche tras noche. Otras devociones típicas del momento también encontraban cabida en la casa y eran practicadas en doméstica comunidad.

Ya desde muy pequeñito la madre lo llevaba personalmente, antes de empezar el trabajo de la jornada, a una casa que hacía las veces de parvulario, poco distante de *S'aujub*. A los cuatro años ingresó en una escuela pública ubicada en la Calle de Sta. Teresa. De los grados más bajos cuidaban unas Hnas. de la Caridad, mientras que los mayorcitos quedaban bajo la atención de una maestra titulada. Hasta después de la primera comunión, hacia los siete años, permaneció Pablo en dicha escuela.

No le desagradaban las inclinaciones religiosas de Pablo a su padre. Al contrario, por más que tuvieran el sello obvio de la infancia, las favoreció. Al efecto instaló una pieza en la parte posterior de la casa y suministró él mismo los cirios que fueran menester. Los fabricaba personalmente con cera de unas colmenas propias y ayudado con el rústico molde de un canuto de caña. A Pablo se le facilitaba, pues, el adorno de los altares, el contacto con diversas imágenes, con el mundo de la liturgia y el culto. Se encontraba a sus anchas en tal ambiente. La cosa no iba más allá de un pasatiempo infantil, pero indicaba dónde el niño cifraba sus intereses.

Por lo demás, había también otras manifestaciones que apuntaban en la misma dirección. Todavía de tierna edad, Pablo se empeñó en asistir a la vigilia junto con los socios de la Adoración nocturna. Tanta fue su insistencia que al fin lo logró. Esta dimensión cultual caló en las aficiones del niño. Durante una larga temporada, en la que pernoctó en casa de su tía Magdalena, insistió en participar, junto a ella, de la misa que se celebraba a las seis de la mañana. Todavía las calles se encontraban despobladas, pero tía y sobrino, en las heladas mañanas del invierno, dirigían al templo sus pasos solitarios. Caminaban juntos, cuidadosamente abrigados, empañando el aire con el vaho de su respiración.

Muy cerca del altar

La puntual presencia de feligrés tan perseverante y de tan temprana edad, llamó la atención de un señor que también asistía a escuchar diariamente la Palabra y a recibir el pan eucarístico. Con cierta frecuencia le ofrecía una moneda con la consiguiente cariñosa proposición: *muchacho, para una ensaimada*. Y, efectivamente, la tía recogía la moneda para, de regreso, comprar la ensaimada, preciado y tradicional dulce mallorquín.

Tía Magdalena y los abuelos de Pablo fueron los testigos de un percance que pudo haber terminado en dolorosa tragedia. Habían decidido peregrinar hasta el más renombrado Santuario de la isla, el de la Virgen de Lluc. El viaje a pie podía hacerse en pocas horas, pero resultaba inadecuado para un niño y para personas maduras. Pensaron en usar el carretón, que obligaba a dar un gran rodeo: hacia la ciudad de Palma, pasando por Inca, para finalmente enfilar hacia las montañas lucanas.

El carro era el usado para las labores, sin muelles. A pocos kilómetros de la meta, tras dejar atrás el pueblecito de Caimari, aconteció el contratiempo. El niño, sin asiento donde afirmarse, colocado en la parte delantera, debió hacer ademán de asomarse, con

la mala fortuna de perder el equilibrio y caerse en el duro suelo del camino. Grande fue el espanto de los abuelos y de la tía. Descendieron del carro con preocupación y precipitación. Constataron, sin embargo, que nada grave había sucedido. Pablito estaba tan ileso en el suelo como lo estaba encima de la carreta. Agradecieron a la Virgen el feliz desenlace. Su connatural propensión religiosa atribuyó el hecho a la intervención milagrosa de la Virgen lucana.

A los siete años, tal como se acostumbraba en la época, el niño recibió por vez primera la comunión. No solía acudirse al ceremonial para el acontecimiento. Sin embargo, los padres de Pablo le otorgaron el debido relieve. También ellos se acercaron a la Eucaristía y solemnizaron el desayuno con los ingredientes acostumbrados por los isleños en los días señalados. Sin saber muy bien el motivo, y no obstante la habitual docilidad del niño, este día se empecinó en no aceptar ningún regalo. Llegó a disgustar a los padres una tal actitud. A duras penas consiguieron que se quedara con los tres duros de la señora de la finca donde trabajaban y otros presentes de los amigos de la familia[55].

Las sotanitas negras de los monaguillos ejercían un notable atractivo en Pablo, durante los largos ratos que el niño pasaba en la Iglesia. Era previsible, conociendo sus juegos de tierna infancia. Tanto insistió el niño en servir al altar que su padre se acercó al sacristán mayor. Este, sin pensarlo dos veces, le incluyó en el grupo de monaguillos. Así ingresó en la numerosa comunidad parroquial presidida a la sazón por el Cura Arcipreste D. Rafael Sitjar.

El sacristán mayor era una institución en Mallorca. En el caso que nos ocupa se trataba, además, de un hombre bien conocido por su meticulosa responsabilidad. No resistía la vista de un mantel torcido o de un cirio fuera de lugar. Se exigía estricta puntualidad y disciplina. No menos la exigía a sus subordinados. Si los monaguillos no andaban despiertos se arriesgaban a recibir algún que otro reglazo.

---

[55] Así consta en declaraciones de la madre y su tía Magdalena.

"Con su sotana negra, con su roquete blanco y plisado, el pequeño Pablo pasó a formar parte del grupo de monaguillos".

La tarea del monaguillo no era cosa de poca monta. El numeroso clero parroquial debía celebrar individualmente y requería de un monaguillo como servidor. Cada día se celebraba misa solemne con ministros. Luego había que contar con los aniversarios, las novenas de la Inmaculada, S. José, el culto de las ánimas, las series de *cuarenta horas*, etc. Si a eso se añade la obligación de tocar las campanas por motivos varios, como el anuncio de algún fallecimiento, se comprenderá que ello afectaba la normal marcha escolar del muchacho.

En algunas grandes solemnidades los monaguillos pasaban incluso la noche dormitando en la iglesia. Así en nochebuena, año nuevo y jueves santo. Todo un pequeño mundo de recompensas, pequeños salarios, juegos, tradiciones y picardías era el que se abría ante el monaguillo recién ingresado en la cofradía.

Con su sotana negra, con su roquete blanco y plisado, el pequeño Pablo pasó a formar parte del grupo. Aunque nunca llegó a compenetrarse del todo con el típico ambiente de los monaguillos. Tal vez por su carácter retraído, o por su piedad reacia al bullicio, no acabó de encajar con el clima entre festivo y ruidoso que se implantaba en la sacristía y sus dependencias aledañas.

Las primeras gratificaciones por su trabajo en el templo le produjeron gran alegría. Con ellas se empeñaba en remediar alguna necesidad casera de la que tal vez había oído hablar. No mostraba ansiedad en adquirir chucherías de su agrado, cosa que, después de todo, habría sido muy comprensible en un chico de su edad. El muchacho prefería ahorrar las propinas y las compensaciones que recibía o entregárselas a su madre.

No menguaban las cualidades que ya había revelado de pequeño: la docilidad, la piedad y el candor. Hacia los catorce años, cuando su madre esperaba el nacimiento de otro hijo, le dijo a Pablo: *Todo este mes tienes que pedir por mí*. A lo cual respondió el chaval: *Yo lo hago siempre, madre*.

Por los relatos de su tía Magdalena hay que concluir que el candor de Pablo a veces le llevaba a exagerar. En efecto, en una ocasión le encontró deshojando una rama de platero. Al preguntarle el porqué, respondió el muchacho que confeccionaba una vara con el fin de alejar a unas mozuelas que se le acercaban con ingenuas y chistosas solicitaciones de noviazgo. *Este niño es un ángel* le comentaba a su sobrina el Rector Arcipreste. No era una mera frase de cumplido o para salir del paso. Declaró en su momento que, a su juicio, Pablo jamás perdió la inocencia bautismal.

Junto a los Misioneros

A los nueve años, el muchacho pasó de la clase que dirigían las monjas de la Caridad al colegio de los Hnos. de las Escuelas Cristianas. Pero duró poco en dicho centro, pues el Arcipreste, bien impresionado por la conducta de Pablo, mantenía la opinión de que iba a escoger la vida sacerdotal. Por lo cual exhortó al padre, a llevarlo a las clases impartidas por los Padres del Convento, que no eran sino los Misioneros de los SS. Corazones, a los que más tarde pertenecería y con cuyo hábito le sorprendió la muerte.

El muchacho ingresó al colegio con la intención de llegar al sacerdocio. Sin embargo, sobrevinieron contratiempos que impedirían esta meta. La inteligencia del ser humano actúa de modo muy despabilado en unas vertientes y se muestra escasamente activa en otras. La de Pablo no sintonizó con el tipo de estudios que se le proponían. Los maestros y superiores debatieron el asunto y concluyeron que, si el joven quería consagrarse a Dios, podía hacerlo ingresando en la vida religiosa como Hno. cooperador.

Tanto él como sus padres accedieron. El 21 de enero de 1931 empezó a convivir con los religiosos del convento en calidad de interno. Cuando no le urgían las obligaciones del estudio dedicaba su tiempo a los trabajos manuales. Se preparaba de antemano a las ocupaciones con las que se iba a comprometer en el futuro.

Última fotofrafía antes de emprender el viaje a su nuevo y último destino, el santuario del Coll, en 1936

A partir de entonces fue estampa habitual en el convento verle con la escoba o el plumero entre manos, moviéndose de un lado para otro, ayudando al Hno. en el acondicionamiento de la casa. Comía con los miembros de la comunidad, en ocasiones salía a pasear con ellos. Se ganó, desde los inicios, la consideración y estima de los congregantes.

En agosto del año 1931 el joven Pablo se mostraba firme en su decisión de ingresar en la vida religiosa. Al insistir el muchacho y pedir la admisión hubieron de reaccionar los Padres de la comunidad. Reza un acta del Consejo de aquella fecha:

> *... el P. superior expuso cómo había de pasar a S. Honorato el niño Pablo Noguera para empezar el noviciado. Hizo después un elogio de la buena conducta de Noguera, principalmente de su docilidad y de su absoluta confianza*[56].

[56] Actas de la Casa de Sóller. Citadas por JOSE NICOLAU, *Cuatro Palmas..., 46*.

Subió el joven la montaña de Randa para integrarse al grupo de otros compañeros que tenían la misma intención de profesar la vida religiosa. Por aquellos entonces las circunstancias sociales y políticas exigían un valor suplementario a la hora de ingresar en una comunidad religiosa. En efecto, desde mediados de abril, España se había convertido oficialmente en un República laica con evidentes signos de sectarismo y de hostilidad hacia el clero. Habían acontecido incluso incendios de templos, así como atropellos a sacerdotes y religiosos.

La prensa daba noticias de asaltos a casas religiosas y hasta de linchamientos a sus moradores. Se iba creando un clima preocupante y angustioso que hacía presagiar la posibilidad de una tragedia a gran escala. Y de que cualquier miembro que profesara los consejos evangélicos acabara siendo víctima del fanatismo y la violencia.

No obstante, ello no impidió la decisión de Pablo. Una vez practicados los ejercicios espirituales, el joven se dirigió a casa de sus padres para recoger sus pertenencias y despedirse. Según rezan los artículos propuestos para la causa de beatificación, el joven Pablo inició el postulantado o prenoviciado el 10 de septiembre del año 1931. Las prácticas religiosas las hacía junto a sus compañeros que aspiraban al sacerdocio. También se ocupó de las labores de la casa, de atender a la huerta y a la cocina. En ningún momento tuvo problemas de convivencia. Su carácter sosegado y nada conflictivo sintonizó sin dificultad con los demás jóvenes postulantes.

Al parecer, el 22 de septiembre de 1932, el postulante Pablo vistió el hábito y pasó a ser novicio del Instituto. Ofició el entonces Superior General, P. Jaime Rosselló. Acabada la fiesta y despedidos los invitados a la misma, la casa recobró su paz bucólica, sólo interrumpida por algunas visitas, especialmente de los familiares de los novicios.

Precisamente en el transcurso del noviciado, Roma dio la aprobación oficial a las nuevas Constituciones de los Misioneros de

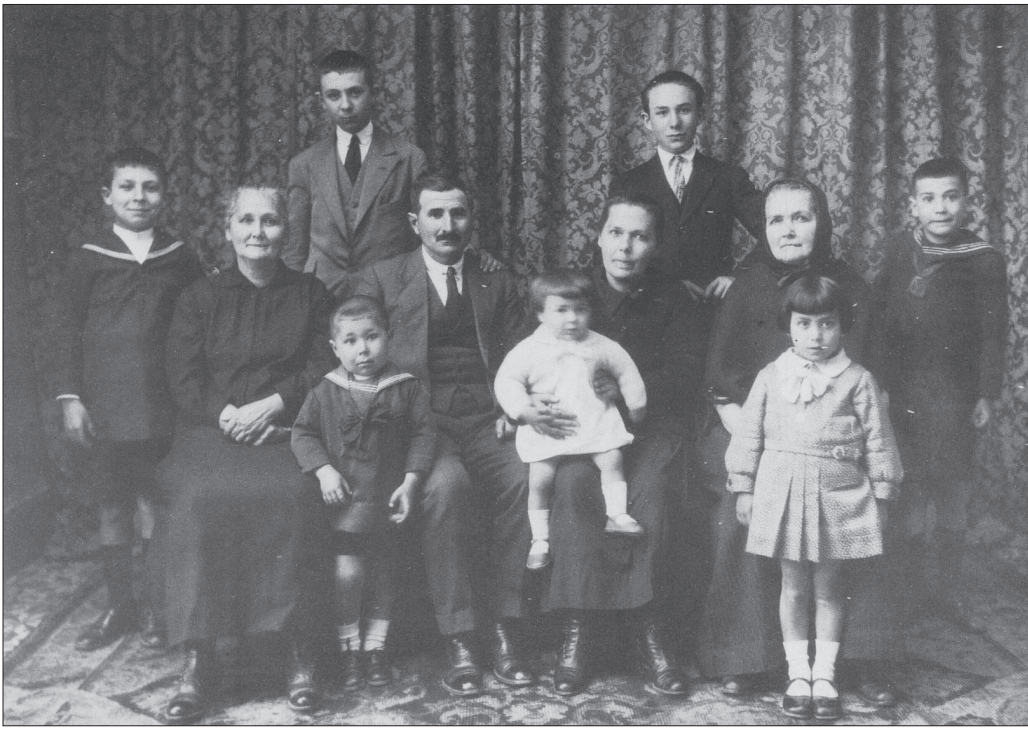
los SS. Corazones. En ellas se señalaba que el noviciado debía extenderse por dos años. De modo que Pablo no pudo profesar hasta el 23 de septiembre del año 1934[57]. El Superior General, P. José Pons, recibió, con toda solemnidad, los votos del novicio. Los familiares del mismo asistieron y derramaron lágrimas de gozo.

El joven permaneció alrededor de medio año en S. Honorat, ya en calidad de profeso. Un día se le solicitó que acompañara a unos Padres de la residencia de Palma que se disponían a predicar una misión popular en Alcudia. Con ellos se fue el Hno. Pablo a fin de servirles de apoyo. Probablemente, sin presagiarlo, dejó la ermita de S. Honorat para no volverla a ver. Acabada la misión fue destinado a la casa de La Real. De nuevo en enero del año 1935 atiende a los misioneros que predican una misión en Costitx. Regresa a La Real donde padeció algún quebrantamiento físico. Ni de niño ni de joven gozó de buena salud.

La excelente virtud de la simplicidad

A mitad del mes de abril fue a Sóller para ayudar a levantar el monumento del jueves santo. Por entonces sabe ya de su destino a Barcelona, pero guardaba bien su secreto a fin de no lastimar los sentimientos de sus padres que verían con preocupación la lejanía de Pablo y su estancia fuera de la isla. Sin saber cómo comunicar la noticia, marchó a la casa natal de *S'Aujub*. De pronto se dirigió a su madre: *madre, mírame bien*. A lo que ella replicó: *te miro, hijo*. Siguió el joven Pablo, con firmeza y deletreando casi la frase: *es que voy destinado a Barcelona*... Le dejó a la madre el librito de S. Alfonso María de Ligorio: *práctica del amor a Jesucristo*. La madre lo conservaría con gran aprecio en el futuro.

[57] La fecha la ofrece el P. GABRIEL SEGUI, *Artículos que se proponen* ... (art. 51) es el 22 de septiembre del año 1932 para el inicio de noviciado y el 23 de septiembre de 1934 para la profesión. Pero el P. NICOLAU da otras fechas: el 10 de mayo de 1934 para el inicio del noviciado y el 23 de mayo del 1934 para la profesión. Probablemente se trata de una mala trascripción, pues sólo cambian los meses (por dos veces).



El Hermano Pau Noguera con su familia.

El tres de mayo, con el P. Antonio Bauzá como compañero de viaje, con quien ya había convivido, emprendió la marcha. Todavía con el recuerdo asentado en la casa de sus padres, en su comunidad y en la isla, se apresuró a escribir a su familia. Sin reparar en la redacción, y como si le fuera a faltar el tiempo, escribió las siguientes letras:

> *Apreciados padres: he tomado la pluma para notificarles que ya estoy en Barcelona, como les dije cuando estuve con vosotros, hace dos semanas. El viernes, día tres de este mes, me embarqué en Palma con el P. Antonio Bauzá, que Uds. conocen, el cual también ha de estar en Barcelona. El viaje me ha ido bien, gracias a Dios. No*

> *me he mareado y me ha gustado mucho. El mar estaba tranquilo. He visto muchas cosas. Este domingo he ido con los Hermanos al Tibidabo y hay muchas atracciones y una vista muy hermosa y se ve toda la ciudad y las montañas de Montserrat. Estoy muy contento y bien, gracias a Dios. Saludos a mis hermanitos, tíos y demás familia y a los Padres del Convento. Su hijo que se despide de Uds. y su mano besa: Hno. Pablo Noguera*[58].

¿Qué juicio global puede merecer una vida apenas iniciada y cuando las energías, las virtudes y las más propias características apenas si han despuntado? No raramente cuando el biógrafo o el conversador no encuentra hechos de relieve en una persona, sale del aprieto diciendo que poseía una gran simplicidad. En tal contexto, no se sabe si la palabra hay que tomarla como un elogio o una censura. La concesión de la simplicidad, como diploma, se otorga a quien se estima -o no se detesta- pero carece de otros méritos más verificables.

Pues bien, digamos que el Hno. Pablo fue simple en su comportamiento y actitudes, pero no en este sentido trillado y escasamente honroso. Porque la simplicidad en realidad es una virtud excepcional. Y nada frecuente, por cierto. Ser simple, ser un religioso simple, equivale a poner cada cosa en su lugar, cada valor en su puesto. Entonces uno se desprende de las cosas inútiles, de las pretensiones ambiguas, de las baratijas espirituales, de los sucedáneos de la virtud, de las metas que muchos buscan, aunque no todos las confiesan, de las caretas que conviene mostrar según la ocasión, de los mil convencionalismos...

Si identificamos la simplicidad con la transparencia, con la coherencia, la armonía y la unidad de vida, entonces es todo un piropo considerarle a uno un dechado de simplicidad. El Hno. Pablo

[58] Carta conservada por la madre y transcrita por el P. NICOLAU, *Cuatro palmas.., 49*. Saltan a la vista las deficiencias de la redacción, así como el reducido mundo de nuestro biografiado.

Humilde casa de S'Aljub, en la finca del mismo nombre, casa natal del H. Pau.

era simple en el sentido cercano a este concepto. No tenía complicaciones. Sus amores apuntaban a Dios, a la comunidad y la familia. Nada tenía que ocultar en su quehacer moral, pues ni tiempo tuvo para favorecer recovecos o meandros reacios a la luz. No aspiraba a honores ni favorecía vanos proyectos acerca de su propia persona. De ahí que no se mostrara conflictivo en la convivencia, que la docilidad fuera en él una virtud casi connatural.

Una persona simple está construida de una pieza, sabe lo que quiere, otorga el justo precio a los grandes valores de la vida. Todo lo contrario, pues, de una persona superficial, que se dispersa, vive extrovertida, se fragmenta en mil asuntos. Una persona como el Hno. Pablo impactó en su corta vida por su candor. Así lo repiten, una y otra vez, los testigos. El candor se quiebra cuando hay que ocuparse de la careta a vestir según la circunstancia. Pero Pablo no sabía de máscaras, pues nada tenía que ocultar. En la noche del martirio llamó la atención de quienes también fueron conducidos al sacrificio a causa de su silencio y compostura. Una religiosa sobrevivió para contarlo.

La ciudad de Sóller quiso rendir homenaje a Pablo Noguera, un hijo suyo lavado con la sangre del martirio. Lo organizaron sus antiguos compañeros del Colegio. Asistieron la autoridades locales eclesiásticas, civiles y militares. Cada Casa de la Congregación en Mallorca envió a sus representantes. Se celebró una solemne Eucaristía en el Convento. Hizo el panegírico el P. Jaime Allés, su superior en otras épocas. Su madre y sus hermanos estaban en lugar destacado.

Una vez finalizada la ceremonia en la Iglesia, la comitiva se desplazó al claustro contiguo donde se descubrió una lápida conmemorativa. La prensa mallorquina se hizo eco de la jornada. Todo ello tuvo lugar el domingo, 22 de mayo de 1966, cuando se cumplían los cincuenta años del nacimiento del Hno. Pablo, mártir de la fe.

La memoria de Pablo Noguera se ha hecho muchas veces presente en la ciudad de Sóller y, sobre todo, en el Colegio de los Misioneros SS. CC. Artículos y homenajes se han ido sucediendo. Los alumnos de cada generación han visto en Pablo un joven sencillo y decidido, un joven con las metas claras, un testigo de la fe hasta el martirio.

SOR CATALINA CALDÉS: SERVIDORA DE LOS ENFERMOS

Se llamaba Gabriel Mariano Ribas, de Pina. A los quince años quería vestir el hábito franciscano por el que sentía una muy especial inclinación. Su director espiritual le aconsejó ejercer como presbítero diocesano. El apellido que le identificaba tenía buena resonancia en la sociedad de aquel entonces. Su patrimonio era abundante. No ingresó en un Instituto religioso porque en su entorno se confiaba en él a la hora de manejar los bienes paternos. Cursó estudios de humanidades bajo la dirección de los jesuitas. La filosofía la aprendió en la Real Universidad y se educó en los cánones en el Convento de S. Francisco[59].

Corría el año 1842 cuando el 24 de septiembre fue ungido sacerdote en Roma. En varias ocasiones se frustró su intento de afiliarse a la Orden franciscana. Un día le llegó la noticia de que se le quería nombrar Monseñor. Pero al señor Gabriel Mariano no le interesaban en absoluto los vestidos colorados ni las vanidades anejas a ellos. Decía que su vestido rojo, en todo caso, debía ser de lana y no de seda.

En Génova fue profesor de teología, en un colegio de españoles. De nuevo intentó, sin éxito, vestir el hábito religioso. Regresó a Mallorca y allí creció su afecto por los hombres del campo. Poseía una peculiar capacidad para penetrar en la inteligencia de los campesinos y una gran aptitud para persuadir sus corazones.

La delicadeza de nuestro hombre se dejaba ver en algunos detalles. Por ejemplo, en el hecho de dormir en el pajar, a fin de no

---

[59] La mayor parte de los datos referentes al nacimiento de la Congregación, así como de la biografía de Sor Catalina, están sacados del libro de CARLOS MESA. *Dieron testimonio,* Madrid 1963, (Especialmente, pp. 5Iss).

molestar al personal de servicio. En efecto, cuando en ocasiones regresaba a horas un poco más avanzadas, prefería dormir fuera de la casa, junto con los mozos. Y ni éstos se daban cuenta de la situación, tanto era el cuidado que ponía en no molestar a nadie.

Las Franciscanas Hijas de la Misericordia

Los núcleos de escasa población padecían de muchas carencias tanto de tipo espiritual como cultural y social. Poco a poco fue apoderándose de su persona el noble deseo de hacer algo por tal gente. Durante años dio vueltas a la situación de los campesinos y a eventuales modos de aliviar sus penalidades. Trató el asunto con su hermana María Josefa, no menos sensible a la necesidad del prójimo y al deseo de Dios.

Tal fue el cambio que sufrió María Josefa que hasta el nombre mudó para indicar nuevos comienzos. Se llamaría Sor Concepción de S. José. Cambiaría las prendas de lino y seda por las toscas telas del hábito franciscano. Se convertiría en servidora decidida de los más pobres. Quienes sabían de una tal mutación no dejaban de asombrarse. Por lo demás, estos testimonios suelen tener la virtud de arrastrar a otras almas sensibles. Así fue, otras dos jóvenes quisieron vestir con ella el hábito de S. Francisco.

La Congregación inició oficialmente el 14 de septiembre del año 1856. El acta de nacimiento señala la Iglesia de S. Cosme y Damián, en la población de Pina, como lugar del comienzo. Lugar propicio, dado su carácter campesino y silencioso, para las características de dicho Instituto. Gabriel Mariano veía cristalizar su largo tiempo soñado deseo de tender la mano a los labradores de la isla[60].

---

[60] Los fundadores dcl Instituto, Gabriel y María Josefa, constituyen un caso llamativo. Mientras los grandes terratenientes vivían tradicionalmente en la ciudad, cobrando sus rentas en el campo, los hermanos mencionados invierten la situación. Van de la ciudad al campo para acompañar y servir a quienes viven en los pequeños pueblos.

Las mujeres que daban vida al Instituto se llamarían *Hijas de la Misericordia* y vivirían bajo el amparo de la Inmaculada. El norte de su vida, la Regla de S. Francisco. Iban a vestir túnica azul, ceñida con un blanco cordón, con nudos que evocan las esencias franciscanas. Sor Concepción de S. José fue la primera Superiora General hasta el día de su muerte.

Ya en el primer año se fundaron cinco casas en la isla. Cuando murió el fundador, en agosto de 1873, el Instituto contaba con 19 comunidades diseminadas por pequeñas poblaciones mallorquinas, precisamente los lugares donde habitaban los más sencillos y menesterosos. Y no era al azar que se fundaba en los pequeños núcleos de población.

En justa correspondencia, los habitantes de tales sitios han valorado grandemente, desde entonces, a estas comunidades de mujeres que viven pobremente y se acercan sin remilgos a la gente. Las religiosas están ahí compartiendo gozos y sinsabores. Educan a los niños, permanecen de pie en la cabecera de lecho de los enfermos, ofrecen colaboración a los párrocos, atienden a los discapacitados y a los inmigrantes, se preocupan de los que tienen menos recursos económicos, etc.

En esta Congregación de las Hijas de la Misericordia, de fuerte sabor franciscano, quisieron profesar las jóvenes mallorquinas Catalina y Micaela. El ejemplo de unas mujeres austeras, de corazón bondadoso y desbordando deseos de aliviar los sufrimientos de la gente sencilla, tocó sus fibras interiores. En los conventos franciscanos progresarían en el camino en pos de la virtud y encontrarían finalmente la palma del martirio.

Catalina y su primer entorno

Faltaba apenas medio año para iniciar el siglo XX cuando en Sa Pobla de Mallorca nacía la segunda hija del matrimonio Miguel Caldés y Catalina Socías. El mismo día, hecho común por aquellos

entonces, fue bautizada por D. Juan Parera, Vicario de la parroquia de S. Antonio. Cuatro retoños les nacieron a los esposos.

Los primeros años de la niña transcurrieron en un núcleo numeroso de población, conformado por tierras fértiles que multiplicaban, a la hora de la cosecha, los cuidados de los campesinos. Las brisas procedentes del mediterráneo, bien aprovechadas por las aspas de los molinos, hacían discurrir el agua por los surcos y las estimulaban al mejor rendimiento.

Los padres de la pequeña Catalina eran cristianos por los cuatro costados. Sobre ellos se habían depositado, en benéficos posos, años y siglos de fe. De modo que el matrimonio se respetaba de verdad, se quería en profundidad y lo demostraba en los detalles de la vida diaria.

El norte de la pareja era el trabajo, ley de vida y necesidad para el sustento. Pero el aire que respiraban era la fe. De tal manera que la jornada se iniciaba participando de la misa parroquial y languidecía con el rezo del Rosario. Más aún, los vecinos de la calle solían agruparse en casa del matrimonio a lo largo del mes de mayo con la intención de unirse a su plegaria.

No le faltaba creatividad a la madre de cara a vivificar la fe de la familia. Les había encargado a las tres niñas una especie de oración continuada del rosario. Cada una tenía señaladas las horas de su rezo. A Catalina le tocaba ya adelantada la noche, de diez a once. Ella se preocupaba de que asistiera la entera familia a cualquier celebración cultual que tuviera lugar en la parroquia.

La familia Caldés-Socías cuidaba de la limpieza y ornato de una capilla de la parroquia. Por otra parte Catalina, la madre, fue a lo largo de más de siete lustros presidenta de la *Asociación de madres cristianas*. De donde bien cabe deducir que la oración, el cuidado del templo, los encuentros motivados por la fe constituían el centro mismo de su vida.

Bien es verdad que las vocaciones sacerdotales y religiosas se entretejen con los cáñamos de la psicología y penden de la lla-

Catalina con su hermano Miguel. Recuerdo de la Primera Comunión.

mada de Dios. Nada que extrañar, sin embargo, que dos hijas y una nieta de tan modélico matrimonio ingresaran en una congregacion religiosa. Una Congregación nacida no lejos de Sa Pobla, con poco más de medio siglo a las espaldas y con unos enormes deseos de transparentar los rasgos misericordiosos de Dios en los quehaceres de sus miembros. El Instituto iba fundando casas en diversos lugares. Con el tiempo se establecería en tierras más allá del atlántico. Convencidas estaban las Hermanas de que *la misericordia de Dios abarca a todo el mundo.* Y ellas trataban de ser instrumentos dóciles que reflejaran este sentimiento del que tan escaso anda la sociedad.

Iglesia parroquial de Sa Pobla, villa natal de Sor Catalina Caldés.

Los años de la primera juventud

Las Hnas. Franciscanas iban sembrando de conventos los pueblos de Mallorca. Espacios de fraternidad, de puertas abiertas y de elevados ideales para los habitantes del lugar. Allá iban los pequeñitos a aprender sus primeras letras, lo mismo que los enfermos a que les trataran su malestar. También en Sa Pobla se instalaron las Hermanas y allí fue a estudiar la pequeña Catalina.

Asistía a sus clases, aunque no se veía por entonces tanta necesidad de instrucción como se constata en nuestros días. Por otra parte, las tareas del campo exigían brazos, por más que no estuvieran del todo fortalecidos a causa de la temprana edad. Acabados los estudios regulares, aunque extrañe un poco, Catalina fue más fiel en su asistencia a la casa de las religiosas, según lo certifican sus compañeras de entonces. En el convento pasaban las muchachas una tarde agradable entre tertulias y oraciones.

Catalina pertenecía a varios grupos eclesiales. No deja de chocar que pudiera cumplir con sus obligaciones como *Hija de Ma-*

ría, María del Sagrario, Esclava de María y Terciaria de S. Francisco. Tal parece que no resulta fácil integrar tan diversos puntos de vista. Aunque seguramente pertenecer a esas asociaciones no le planteaba ningún conflicto. Respondía a un deseo práctico de mayor oración, santificación y fraternidad, sin ulteriores disquisiciones.

Una amiga de juventud testimoniaba que Catalina era *sencilla, caritativa, compasiva con los pobres, cariñosa con los pequeñines, simpática sin nimiedades, sentimental y expresiva. Era fácil para reír, pero también lo era para llorar cuando meditaba en la Pasión de Cristo o daba con algún desgraciado de alma o cuerpo.* Pocas líneas, pero densas en elogios y con la línea fronteriza entre idiosincrasia y vivencia de la gracia un tanto difuminada.

En absoluto extraña que atrajera las miradas de los varones de su edad. Alguno la acompañó más de cerca, con las mejores intenciones, pero no duró la relación. Nunca llegó a entrar en la casa paterna, según afirmaba su hermana Jerónima.

Tampoco hay porqué asombrarse si una joven como Catalina, procedente de un hogar sin tacha, que cultivaba intensamente la piedad y menudeaba el trato con las Hnas. Franciscanas - sencillas, alegres e inocentes- se sintiera solicitada por la vocación religiosa. La semilla fue arraigando e incrementándose. Una vez decidida por la vida religiosa, no la detuvieron los vínculos familiares, ni las legítimas ilusiones a que toda muchacha tiene derecho: un esposo, unos hijos, un hogar, un lugar respetable en la población... Tuvo que luchar contra los sentimientos familiares que, al morir inesperadamente su padre, la empujaban a permanecer cerca de los suyos. Sobre todas estas situaciones triunfó su decidida voluntad de encauzar la vida al servicio de Dios y del prójimo en la vida religiosa.

A la medida de la vida religiosa

Era el 10 de abril del año 1921. Catalina concretó sus convicciones. Abandonó el hogar y se fue al pueblecito de Pina para ingre-

Novicias en el jardín del convento de Pina.

sar en la Congregación de las Hnas. Franciscanas. Allá las aspirantes iban adentrándose en lo que constituye el carisma del Instituto, en su patrimonio espiritual y la fraternidad de sus miembros. Lo que había soñado, lo vivió con gozo en el convento. Si bien es verdad que la rutina diaria le recorta un poquito las alas a los sueños, también lo es que la realidad no decepcionó sus aspiraciones.

Vistió el característico hábito azul el 13 de octubre de 1921. A partir de entonces se llamaría Sor Catalina del Carmen. Un año y un día después emitió los consejos evangélicos. A los cuarenta años de la fecha su maestra de novicias escribiría el siguiente párrafo. *Fue novicia muy observante, sencilla, obediente. Era muy caritativa, humilde y desprendida. Todo lo tenía para las demás; no tenía nada propio Todo lo repartía entre sus hermanas, con lo que demostraba ya en el noviciado su espíritu de pobreza.*

El primer destino de la nueva religiosa se concretó en LIoseta. En el pueblecito cuidaba de los párvulos y aprovechaba los ratos libres para colaborar desinteresadamente en las tareas de la cocina o en prestar cualquier otro servicio. Todo lo cual contribuía al aprecio de sus compañeras.

También los siguientes destinos, hasta el año 1926, se circunscribieron a Mallorca, lugar donde la Congregación poseía mayor número de casas. Así estuvo en LIoret de Vista Alegre[61] y de nuevo en LIoseta. Luego pasó a Petra, pueblo en el que sonó la hora de profesar a perpetuidad.

En 1926 la encontramos en Ciutadella (Menorca) ejerciendo su labor en favor del Seminario. Cuatro años más tarde cambia de destino: la comunidad de Ntra. Sra. del ColI, en Barcelona. Las confrontaciones entre los ciudadanos iban en aumento. Se exasperaban y endurecían sus creencias, sus ideas. La política del país vivía momentos de encendida expectativa. Se presagiaba en lontananza alguna explosión armada.

La señora María del Pilar Monclús de Girbau frecuentaba el culto celebrado en la Iglesia del lugar -dirigida por los Misioneros de los SS. Corazones- y expresaba con frecuencia su opinión acerca de la austeridad y pobreza en que vivía la comunidad de Franciscanas. Cuidaban enfermos, atendían a los niños más pequeños. El convento era prácticamente una sala donde se guardaban los niños a lo largo del día y que, al anochecer, convertían en lugar de recreación y sala de labores. Se alumbraban con restos de velas recogidos

---

[61] El P. Antonio Picornell, de los Misioneros de los SS. Corazones, es oriundo de Lloret de Vista Alegre y estuvo en el Santuario del ColI de Barcelona después de la masacre. Recuerda bien a Sor Catalina del Carmen Caldés. Así se expresa: *por los años* 1926-27 *vivía en el convento de Hnas. Franciscanas de Lloret de Vista Alegre (Mallorca) a donde yo acudía por la tarde, casi de noche, para tomar clases de catecismo de postcomunión. Ella nos explicaba el carácter de los sacramentos que marcan profundamente a los fieles. Ponía el ejemplo de la unción sacerdotal en las manos, la cual no se borra por más que se laven.*

de acá y de allá. No les faltaban privaciones, pero en todo momento se las veía animosas y alegres.

La misma persona continúa su testimonio diciendo que posteriormente conoció a las Hnas. más de cerca por cuanto fueron a velar a su madre, enferma e imposibilitada. Entre ellas destacaba Sor Catalina del Carmen por su extremada bondad, sencillez y caridad. Murió debido a su condición de religiosa al iniciar la guerra de 1936. La noticia la turbó, pero sintió, a la vez, una gran impresión de paz y alegría. Una alma buena rogaría por ella y los suyos[62].

Servidora de los enfermos

La mayor parte de la vida de Catalina transcurrió en torno al lecho de los enfermos. Su tarea estaba dirigida a aliviar el sufrimiento de quienes se hallaban postrados o vivían con salud precaria. Si encajó a la perfección en los moldes de la vida religiosa, no menos es de alabar su sintonía con el oficio de enfermera, que tantas horas, noches y días le ocuparía.

Las demás Hermanas le reconocían este don de servicio a los enfermos. Poseía grandes reservas de caridad para desempeñar esta misión. Le tenían sin cuidado los sacrificios o esfuerzos que la tarea le demandaba. Sor Catalina no se negaba a cuidar a ningún enfermo. Si sabía que hacía falta en alguna casa sólo esperaba el asentimiento de la superiora para trasladarse allá sin darle vueltas al asunto. Ahí concentraba su apostolado que se identificaba con su propio testimonio de fe, esperanza y caridad.

En ocasiones sus cuidados implicaban robarle horas al sueño. No obstante hubiera pasado la noche en vela, si surgía cualquier necesidad, se prestaba gustosa y voluntariamente para acompañar al enfermo en cuestión. Tan edificante prontitud para el servicio, ornamentado con la sonrisa en los labios, interpeló a más de un enfermo. Ella resultó un buen instrumento para que algunas de las personas a

---

[62] Cf también P. GABRIEL SEGUÍ, *Artículos.* Declaración de María Pilar Monclús en *"Anexos"*.

las que atendió retornaran a Dios o, al menos, revitalizaran su vida de fe y recibieran los últimos sacramentos.

Sucede no raramente que una persona mantiene la sonrisa en los labios cuando se halla fuera de su ambiente cotidiano, cuando los rostros que le contemplan son menos conocidos. Hay quien reserva sus mejores afectos para quienes no residen en el interior del propio hogar o comunidad. La psicología deberá dar con la explicación. El caso es que Catalina no se mostraba menos exquisita en atenciones y delicadezas con las Hermanas de su propia Congregación y Convento.

Una Hermana que fue atendida por ella atestiguaba que, a lo largo de su enfermedad, se levantaba varias veces por la noche y se acercaba a ella para observar la evolución de sus dolencias. Y lo hacía de puntillas, con el fin de no molestar a las demás. Realmente, detalles exquisitos que implican una gran delicadeza, un amor de fondo, que no repara en el propio sacrificio. Por lo demás, no se sabe de conflictos o estridencias nacidos al contacto con los miembros de su comunidad.

Una tal actitud, siempre presta al servicio, sin mostrar contrariedad ante el sacrificio propio o la exigencia ajena, supone haber alcanzado avanzadas metas en el campo del autocontrol y de la superación del egoísmo. Algunas anécdotas de su vida previa al convento ya dejaban entrever los logros que ella conseguiría. En efecto, su hermana de sangre, Sor Jerónima, halló un día un cilicio debajo de su colchón, mientras le arreglaba la cama. Lo comunicó a la madre común, pero ésta recomendó silencio sobre el particular.

La clave de su generosidad

La casa convento de Barcelona en la que vivió los últimos años irradiaba un clima muy notable de pobreza. No sabría decirse si lo soportaba con elegancia y austeridad o si lo vivía sin reparar en las carencias. Tanto se había identificado con las exigencias cristianas de las bienaventuranzas que un día proclamara Jesús.

Pasó por este mundo haciendo el bien. Sin ruido, en la penumbra y el anonimato. Su vida de mujer consagrada explicaba el porqué de cada uno de sus pasos. Este es un elogio como pocos. Porque la vida de una religiosa, lo que lleva a cabo cada día, dentro y fuera del convento, en la luz y la oscuridad, debe deducirse sin mayor problema de los tres Consejos evangélicos profesados. O, formulado de otro modo, una mujer consagrada debe, por una parte, mantener el corazón pendiente de Dios: la oración personal, el culto. Y, por la otra, permanecer atenta al prójimo: el servicio, la ayuda, el sacrificio.

El martirio fue adecuada corona para esta vida jalonada de servicios y de entregas sin desmayos. Antes de ser apresada podía haber permanecido escondida en el seno de una familia particular. Pero el pensamiento de sus hermanas, el hecho de imaginarlas afectadas por el temor y la soledad, le dictaron el comportamiento a seguir. Quiso compartir con ellas sus penas y consolarlas en la medida que le era dado.

Sor Catalina vivió un epílogo a la tragedia de su fusilamiento[63]. No murió en el acto, pues la bala le atravesó el muslo sin que hiciera peligrar su vida. Permaneció tendida en el lugar de la ejecución hasta las dos de la madrugada. Con penosos esfuerzos, fue a llamar a la puerta de la Señora Antonia Canal. A dicha mujer le había curado una pierna hacía unas cuantas semanas. Llamó repetidamente, hizo sonar con insistencia la campanilla de la torre.

Cuando la dueña dio señales de vida, un tanto atemorizada, la religiosa le pidió de beber. Le ofrecieron leche y ella no puso reparos. Entró por la primera verja y contó el relato del fusilamiento. El muslo atravesado por una bala le sangraba abundantemente. Le colocaron una gasa y se lo ciñeron con un paño negro de cabeza. Catalina refirió también que había recogido una medalla de Doña Prudencia a fin de hacerla llegar a su hermano. La tomó, conmovida, la señora. Luego se desharía de ella por temor a las pesquisas.

---

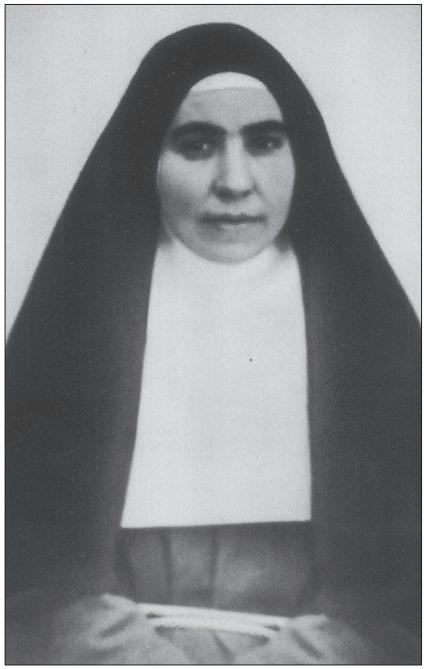
[63] Cf. CARLOS E. MESA, *Dieron testimonio,* 51 ss.

Catalina y su hermana Jerónima posan junto a su madre. Con ellas su tío Fray Francisco Caldés.

Catalina impresionó a la señora Canal con su fortaleza. *Yo lo he hecho por Dios. Dios lo ha querido. Hemos de hacer lo que Dios quiere. Si Dios quiere que muramos, moriremos*. Permaneció en el jardín, sin atravesar el umbral de la casa, pues la familia temía por sus propias vidas. Pidió que se llamara al Señor Rubí, en cuya casa le había sorprendido el alzamiento, pero el teléfono del colmado estaba rodeado de milicianos y no la pudieron complacer.

Según cuenta una nieta de la señora Canal[64], ésta llamó a un miliciano pariente a fin de que la atendieran en el Clínico. El hecho es que la prendieron y, camino del Valle de Hebrón, la remataron.

[64] De nombre Nuria, muy vinculada hasta hace unos años a la parroquia y al colegio de Nuestra Señora del Coll. Sobre el tema conversó largamente con el P. Antonio Picornell, M. SS. CC., exsuperior de El Coll.



Sor Catalina en plenitud de vida y generosidad.

Su cadáver pasó por el Clínico donde lo fotografiaron, como también a su compañera de Congregación, Sor Micaela.

En junio de 1939 la Hoja Parroquial de Sa Pobla daba testimonio del trance martirial padecido por Sor Catalina. Junto a su fotografía, trazaba una semblanza laudatoria. Hubo que esperar casi tres años, pero no se perdió su memoria ni la noticia de su fortaleza en los momentos del dolor. Desde entonces se trata de recuperar su perfil biográfico y se espera que un día la Iglesia la proclame digna de imitación en su camino hacia la santidad. El decreto de beatificación ya ha salido a la luz.

SOR MICAELA RULLÁN: UNA GENUINA HIJA DE S. FRANCISCO

Petra es un población mallorquina de casas añejas que destacan en el fondo verdoso de huertas, árboles y arbustos. Viñas cargadas de racimos y árboles frutales bien abastecidos envuelven al núcleo habitado que responde al nombre de Petra. Se diría que sus habitantes miran permanentemente al monte de Bonany, protector de las cosechas cuando los vientos enfurecen. Además, en Bonany se asienta un Santuario muy querido, el de la Virgen del mismo nombre. Bonany: buen año, buena cosecha.

Entre los títulos que puede exhibir la población está el de haber sido cuna del beato Fray Junípero Serra, O. F. M. quien con su esfuerzo y constancia civilizó y cristianizó en gran parte la costa del pacífico de América del Norte. Para siempre dejó su nombre grabado en las tierras californianas. Todavía hoy se le recuerda con respeto y fervor. Su obra fue de enorme envergadura.

Petra, la villa natal

Los hombres de Petra son prudentes y sobrios, sufridos y laboriosos. Tales son las características, por otra parte, del campesino mallorquín. Seguramente la sobriedad y la prudencia la han acumulado a fuerza de vivir en un pedazo de tierra rodeado de mar y cien veces hollado por personajes ambiciosos de estas tierras. Lo de la laboriosidad y el sufrimiento son virtudes que han echado posos durante siglos en las fincas campestres. No había otra manera de vivir que desenterrándole sus frutos a la tierra. Para lo cual no quedaba más alternativa que la tarea permanente y resignadamente sobrellevada.

Sor Micaela, maestra de las primeras letras, en plenitud de facultades.

Villa antigua y pacífica, campesina y hacendosa la de Petra. Sus habitantes de principios de siglo eran creyentes de una pieza. Respiraban la fe con la mayor naturalidad. La vivificaba una savia antigua y renovada que, con los siglos, se había hecho patrimonio común de sus habitantes.

En un tal ambiente nació la niña Micaela Rullán y Ribot el 24 de noviembre del año 1903. Al día siguiente recibió el sacramento del bautismo de manos de D. Juan Coll, párroco de la parróquia de San Pedro. Quienes le dieron vida y apellido era Jerónimo Rullán y Margarita Ribot. Nombres y apellidos de honda raigambre vernácula. No padecían escasez económica, más bien eran de condición acomodada. Tampoco iban escasos de virtudes humanas y cristianas. Entre los antepasados de Micaela se cuentan notarios, médicos, farmacéuticos y jueces[65].

[65] La mayor parte de los datos relativos a la biografía de Sor Micaela están entresacados del libro de CARLOS E. MESA, *Dieron Testimonio,* 31ss.

Micaela no será la única de la familia en dar la vida por su fe en la trágica guerra civil. También su hermano, Pedro José, fue asesinado en tierras de Guadalajara en el año 1936. Había cursado la carrera de medicina y la ejercía en el mencionado lugar. Los padres de ambos, D. Jerónimo y Doña Margarita les sobrevivieron y tuvieron que padecer tan amargos acontecimientos.

En Petra las Hnas. Franciscanas habían erigido una comunidad desde el año 1886. Micaela frecuentó el parvulario regida por ellas. Quien dirigía el conjunto de las aulas y fue, a la vez, su maestra, Sor Salvadora Mascaró, la describe como una niña de inteligencia normal, más bien tímida. Recuerda que recibía frecuentes caricias de los familiares y de quienes la conocían. No la oyó hablar mal de nadie, ni siquiera de sus compañeras de clase. Su prima Magdalena no lograba convencerla para que la acompañara a cometer sus travesuras infantiles.

El hermano de Micaela, Pedro José, decidió cursar la carrera de Medicina. Tuvo que trasladarse a Valencia. Sus padres quisieron acompañarle en estos años delicados. Puesto que el padre era maestro, solicitó una plaza en la ciudad levantina y, una vez conseguida, pasó a vivir en ella con toda la familia. Micaela siguió allí su formación estudiantil y religiosa. La familia asistía a misa diariamente. No faltaba el rezo del rosario al caer de la tarde. Invocaban a los corazones de Jesús y de María mediante la llamada coronita de oro. S. José era también invocado en la familia.

Una vez el joven Pedro José acabó sus estudios de medicina, no había motivo para seguir residiendo en Valencia. Regresaron a Mallorca, pero no a Petra, sino a la capital, Palma. Su casa estaba situada cerca de la de las Hijas de la Misericordia, en la misma calle del Moral. Micaela se había despedido de la isla mallorquina todavía una niña. Ahora regresaba ya joven. Volvió a frecuentar a las franciscanas. No habían padecido cambio alguno el color inocente de sus ojos, ni sufrido merma la ilusión de sus ansias de servicio.

Gérmenes de vocación

En este su nuevo ambiente conoció a algunas buenas amigas. Su piedad no se conformó con la oración personal ni con el culto público. También quiso colaborar en la catequesis. Les enseñaba la doctrina cristiana a los más pequeños. Y un día por semana se juntaba con amigas de parecidas inquietudes con el fin de confeccionar prendas y juguetes para donar a los más necesitados.

Una vez cada siete días se reunía con amigas en animada tertulia. En una ocasión estuvo ausente y se le preguntó el motivo. Enternece la respuesta. No había asistido porque las horas le transcurrían demasiado felices. Alguna vez tenía que mortificarse. Una de estas amigas, Catalina Bauzá, contaba que al llegar la primavera Micaela se unía a sus padres y amistades en distintas excursiones. Ella se mostraba animada y gozosa como la que más.

Imbuidos de un espíritu sencillo, lejos de toda complicación, los días pasaban sin mayores problemas. Pero Micaela no carecía de profundidad y por eso tenía muy a mano el libro del Kempis que, en la época, era muy leído. Ella sintonizaba con sus páginas. Objeto de muchos de sus regalos era precisamente ese libro.

Recogiendo distintos testimonios de su madre, sus amigas y su director espiritual, podemos trazar un perfil bastante aproximado de Micaela. Joven recatada, experimentaba gozo y satisfacción en la intimidad del hogar. Más propensa a callar que a conversar. Modestia, buen gusto y elegancia iban a la par en el quehacer de la joven. En familia no tenía la menor dificultad de sintonizar su querer con el de sus padres. Hasta su madre se había mostrado un tanto sorprendida ante tal prontitud.

No menos dócil se revelaba ante las indicaciones de su director espiritual. Se mostraba afanosa por realizar lo que le aconsejaba. Entendía que por ahí andaba la voluntad de Dios, que éste era el camino para identificarse con lo que el Creador deseaba de ella.

Recuerdo de la Primera Comunión de Micaela.

Además, su inclinación a la piedad y a la unión con Dios podían constatarse sin dificultad.

Con tales antecedentes germinó la llamada de Dios en su interior. Quería cultivar más y mejor la piedad hacia Dios y la solidaridad con sus prójimos. Ante sus ojos desfilaban modelos de este proceder: las Hijas de la Misericordia. Su bondad era un eco de S. Francisco. Su entrega a los pobres, digna de todo elogio. Su amor a la Virgen, de grandes proporciones.

También ella se sentía solicitada por la pobreza que otrora llamara a la puerta de S. Francisco de Asís y que, día a día, la seducía gracias a los ejemplos de las Hijas de la Misericordia. En una manifestación de austeridad, y como preparación a la vida que pen-

Petra, villa natal de Sor Micaela Rullán. Iglesia parroquial.

saba escoger, solicitó a sus padres que prescindieran de la sirvienta. Ella se ejercitaría en los trabajos domésticos.

Con las Hijas de la Misericordia

Sabía que su entrada en la Congregación iba a suscitar comentarios entre amigas y vecinas. No le importó. Ni tampoco logró cambiarle de opinión el hecho de que alguno tratara de disuadirla: bien podía entrar en otras Congregaciones consideradas de mayor abolengo o dedicadas a tareas más delicadas. Pero se equivocaban todos ellos. La respuesta de Micaela los desarmó: afirmó que se decidía por las Hijas de la Misericordia porque eran precisamente las más sencillas.

Y no terminaba ahí su afán de sencillez y anonimato. Al tener noticia de que en el Instituto había unas Hermanas llamadas coadjutoras, cuya actuación y oficios eran todavía más humildes, consultó a su Director espiritual si tenía que optar por ellas. No lo estimó así

el sacerdote. A Micaela le interesaba, por encima de cualquier otra cosa, realizar lo que Dios tenía preparado para ella. De ahí su interés en discernir la situación, en preguntar y orar.

Grande y tierno era el cariño que los padres de Micaela habían ido cultivando hacia su hija. La querían con todas sus fuerzas. La adoraban, por decirlo con la expresión de la que se suele echar mano en el diálogo más informal. Pero también reconocieron los reclamos de Dios en las decisiones de su hija. Su comportamiento estuvo a la altura de las circunstancias. Probablemente, con el corazón sangrando y la garganta inquieta, un día tocaron a la puerta del noviciado de Pina. En manos de las monjas dejaron a su hija. Y regresarían con los ojos húmedos.

Tanta era la voluntad y la resolución que empujaban la vocación de Micaela que le sobraban ánimos para exhortar con palabras cálidas a su alrededor. Sabemos que a una compañera, inquieta respecto a su futuro de vida consagrada, la confortó diciendo que el sacrificio de ahora nada sería en comparación con el gozo de abrazar a Jesucristo en el cielo. ¡No había que temer ni retroceder por nada!

El día 14 de abril del año 1928 ingresaba como postulante en el noviciado de Pina. El cumplimiento de las Reglas no supuso mayor problema para ella. Copiar las virtudes de S. Francisco no era tanto una imposición cuanto un acariciado deseo. Dada su antigua condición social y las comodidades de que gozó fuera del convento, llamaba la atención de sus compañeras el nuevo comportamiento. En efecto, aceptaba la comida austera con la mayor naturalidad, no se quejaba por la dureza de la cama, y no huía de los quehaceres más bajos o penosos.

Las Maestras de Novicias de la época se creían obligadas, a lo largo del noviciado, a ejercitar de modo más drástico la voluntad y la obediencia de las muchachas. La ocasión se la prestó la queja de los padres de Micaela: les parecía que su hija escribía poco y que tal vez les iba olvidando. *Escribirá usted una carta todos los días durante una semana y tratando de que no sean iguales*, le mandó

su Maestra. No se molestó en absoluto Micaela. Al contrario, con la sonrisa en los labios y sin flaquear en la orden recibida, la llevó felizmente a término.

La Maestra comprendió la categoría de Micaela y la recomendó para la profesión. Ésta tuvo lugar el 16 de octubre del año 1929. La recibió la Madre General, Sor Micaela Ripoll. Una vez emitidos los votos, Sor Micaela pasó a vivir al convento de Palma, en la Plaza Quadrado. Su trabajo, auxiliar de la maestra Sor María Ignacia, la cual, yendo al grano del asunto y en pocas palabras dijo de ella que la mencionada Hermana *desempeñó los cargos que la obediencia le ordenó con toda la perfección posible. Tenía su idea fija en ser santa, meta a donde quería llegar sin pérdida de tiempo.*

Profesó de modo definitivo, y con plena convicción, el 16 de octubre de 1935. Recibió los votos la Madre Vicaria María del Sagrario Suñer, en Palma. Pronto iban a encauzarse los acontecimientos y circunstancias que llevarían a la religiosa al martirio. La dirigirían hacia el cumplimiento de lo que ya se hallaba germinalmente en la decisión generosa de su entrega.

En efecto, el mismo año de su profesión dejaba -para siempre, aunque sin saberlo- la isla de Mallorca y atravesaba el mar. Una muy austera comunidad religiosa en Barcelona, en un barrio de las afueras montañosas, la esperaba: la comunidad de Ntra. Sra. del Coll. La noticia la recibió con ilusión. Se le ocurrió -pensando en sus futuros alumnos, pobres y pequeños- que su padre haría bien en comprarle algunos regalitos con que alegrarles las horas de colegio.

Pero no hay que suponerla ajena a la turbulenta situación social y religiosa de la capital catalana. Con la mayor serenidad dijo, tanto al despedirse de Palma como al llegar a Barcelona: *Tengo la impresión de que voy a morir mártir*.

Significativas palabras. Evocan aquella velada en que las novicias -y Micaela estaba entre las que tuvieron la iniciativa- repre-

sentaron el drama del martirio de Sta. Eulalia. Ella quiso ser la protagonista. Un gozo sobrecogedor experimentó1a novicia al llegar el momento de la oblación total. Jugaba a mártir. Más tarde el juego inocente se mudaría en cruel tragedia. Y su martirio se acompañaría de ultrajes y tormentos.

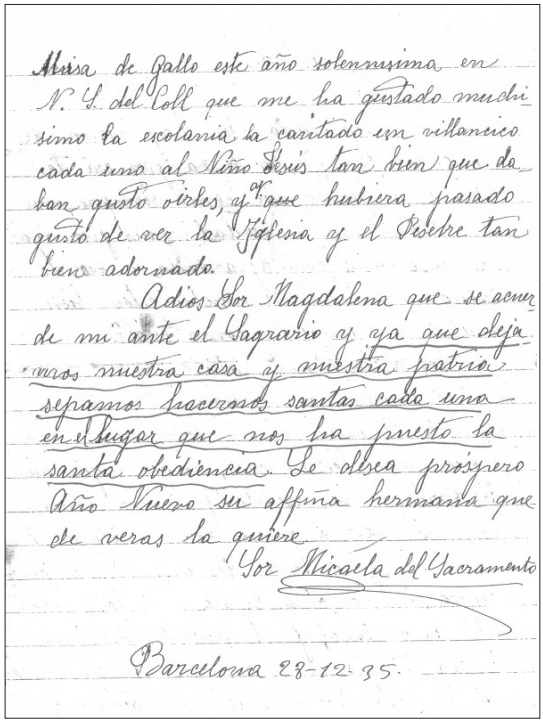
Natural bondadoso y voluntad esforzada

Micaela era de natural bondadoso. Pero consta por muchos testimonios que este natural lo encauzó esforzadamente por el camino de la santidad. Si alguna cosa envidiaba no era la inteligencia, ni la belleza, sino el hambre de santidad. Y así se lo dijo a una compañera que le comentaba, entre admirada y envidiosa, la capacidad intelectual de una amiga. La santidad, éste era el ideal a perseguir. Una meta más valiosa que cualquier otro título o reconocimiento.

Y en este afanoso caminar hacia la santidad se le hacía evidente a Micaela que la condición fundamental consistía en adecuar su voluntad a la del Todopoderoso. Ya fuera por especial favor de Dios que la inspiró de este modo, ya por conversaciones con su director espiritual, el hecho es que otorgaba gran relevancia a la conformidad con el querer de Dios sobre ella. Lo cual se echaba de ver hasta en detalles de importancia secundaria.

Por ejemplo, Micaela tuvo siempre fuertes ansias de visitar a la Virgen de Montserrat en su santuario montañoso. Pues bien, cuando todo parecía llegar a buen fin para besar la tan venerada imagen, el vehículo en que subía la montaña se averió. No consiguió llegar a la cumbre. Sin embargo, tampoco demostró contrariedad alguna. Más bien regresó a casa con su habitual alegría. *La voluntad del Señor era ésta; tal vez yo no soy digna de llegar a ese Santuario.*

Insistía Micaela en el asunto de identificar la propia voluntad con la de Dios. Hasta el punto de que el ejercicio ascético de negar sus caprichos o meramente sus sanos deseos, la llenaba de gozo. Paradójico, pero así lo experimentaba y hasta lo comunicaba a algu-


Misa de Gallo este año solemnísima en
N. S. del Coll que me ha gustado mucho
simo la escolania la cantado un villancico
cada uno al Niño Jesús tan bien que da
ban gusto oirles, y q.e que hubiera pasado
gusto de ver la Iglesia y el Pesebre tan
bien adornado.
Adios Sor Magdalena que se acuer
de mi ante el Sagrario y ya que deja
mos nuestra casa y nuestra patria
sepamos hacernos santas cada una
en el lugar que nos ha puesto la
santa obediencia. Le desea próspero
Año Nuevo su affma hermana que
de veras la quiere
Sor Micaela del Sacramento
Barcelona 28-12-35.

Fragmento de una carta de Sor Micaela pocos meses antes de morir.

na de sus hermanas en diálogos domésticos. Apenas unas semanas antes de morir escribió sobre éste su tema favorito en el reverso de una estampa: *Todo lo que quitamos a nuestra voluntad se lo damos a la santidad.*

Regía para la joven mujer consagrada una regla de tres obvia, por más que costosa a la hora de llevarla a la práctica. La voluntad de Dios es la meta de los afanes y tareas de la persona humana. Dicha voluntad, acentuaba el modo de ver de la época, se contiene en el cumplimiento de los deberes y de las Reglas que el religioso debe cumplir día a día. Luego quien cumple con su deber y observa con buen espíritu cuanto le propone la vida religiosa acaba subiendo los peldaños de la santidad.

Sus antiguas compañeras de noviciado han hecho notar que cumplía diligentemente con sus obligaciones y luego prestaba ayuda a otras Hermanas. Otras religiosas que convivieron con ella ponen de relieve su ofrecimiento a la hora de ir a velar enfermos. No mostraba ningún reparo, por más que la casa del enfermo se hallara distante o que el clima fuera desfavorable.

También se la admiraba por el celo en la formación de sus alumnos, la cual incluía la capacidad de orar y el gusto por la visita al Santísimo. Visita que ella misma cultivó con ganas en las distintas casas por las que pasó. No menos alabanzas recibía por la delicadeza de la diaria convivencia. Irradiaba una clara sensación de gozo, no se la oía murmurar. Hizo gala de un sólido dominio de sí misma para no perder el control, para no responder agriamente, para no enojarse frente a alguna palabra más dura. Consolidó una admirable serenidad ante las contrariedades.

Como buena franciscana cultivó el gusto por la pobreza. Al proceder de un hogar bien surtido podía haberse permitido algunas licencias en cuanto a regalos y donaciones de prendas de vestir y otras cosas. Pero ella siempre se conformó con la calidad de ropa que usaban las demás y prescindió de toda singularidad. Los testimonios sobre Micaela constituyen un rosario de alabanzas. Cuando los declarantes quieren resumir al máximo su opinión recurren, sin pensárselo dos veces, al concepto de santidad.

La vida de Micaela dejó huella. Los afectos que despertó no se apagaron con su muerte. En Petra se celebró un muy solemne funeral por ella. La emoción se detectaba en los asistentes. También porque la familia de Micaela era conocida y querida en la población. El padre de la víctima, Jerónimo Rullán, se acercó, una vez acabado el funeral, al párroco del lugar. Le dijo: *Ahora, Padre, entone el Te Deum porque tengo una hija mártir*[66].

---

[66] Cf. CARLOS E. MESA. *Dieron testimonio,* 62.

La comunidad franciscana del Coll

En Junio del año 1936 la comunidad estaba compuesta por cuatro religiosas franciscanas. Además de Sor Catalina y Sor Micaela, estaba la superiora, María del Pilar Poquet y Paula de la Trinidad Castillo. La Hermanas se dedicaban a la guardería infantil y el servicio a los enfermos. Apenas tenían otro medio de subsistir que las limosnas que providencialmente llegaban a sus manos. La Comunidad vivía envuelta en la misma pobreza que los habitantes del barrio periférico.

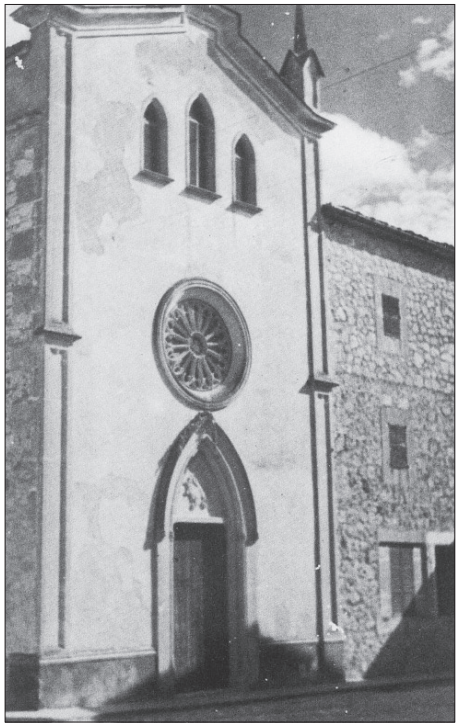
Por pobres, bondadosas y entregadas, encontraron mucho aprecio en los moradores del lugar. Las personas más ancianas así lo han atestiguado recordando particularmente a Sor Catalina, la cual, a lo largo de seis años, había desempeñado su tarea de enfermera con la mayor finura. A Sor Micaela la evocaban identificándola con la santidad. Ciertos detalles transparentaban su gran delicadeza, como el de plantear si podría suprimir algo de la ya austera comida con tal de que sus compañeras pudieran instalar otra bombilla eléctrica...

El domingo 19 de Julio de 1936 cundió una oleada de terror. El P. Francisco Reynés, párroco, visitó a las Hermanas y les aconsejó refugiarse en casas de familias conocidas y piadosas. Pero sólo estaban en casa la superiora y Micaela[67]. La primera había cumplido ya sesenta años y gozaba de poca visibilidad a causa de unas cataratas. Sor Micaela todavía no cumplía el año de su destino en Barcelona. Tenía 33 años de edad y estaba al frente de la guardería. Sor Catalina -37 años y seis de ellos en la Ciudad Condal- se hallaba junto al lecho de una señora moribunda. Era la esposa del Señor Rubí, maestro de ceremonias de la Generalitat. Sor Paula se hallaba en Mallorca practicando los ejercicios anuales.

Al día siguiente, lunes, Catalina quiso reintegrarse a la comunidad. El señor Rubí trataba de disuadirla y le ofrecía hospitali-

---

[67] Cf. CARLOS E. MESA, *Dieron testimonio,* 56ss. Aunque los datos están recogidos de otras fuentes, citadas en su momento.



Fachada del oratorio del noviciado de las Hnas. Franciscanas Hijas de la Misericordia en Pina, donde se ejercitaron en la vida religiosa las Hnas. Catalina Caldés y Micaela Rullán.

dad en su propia casa. Pero Sor Catalina deseaba estar junto a sus compañeras que deberían experimentar una grave soledad y congoja. Eligió compartir su suerte. Al menos el señor Rubí logró que no vistiera el hábito, pues ya la calle estaba dominada por grupos vociferantes y amenazadores. Le ofreció un vestido de su difunta esposa. Llegó al Coll hacia las nueve y media de la mañana.

Catalina regresó al convento. Poco duró la incertidumbre. El mismo día 20, un par de horas después del mediodía, se presentaron unos milicianos con aires de suficiencia. Les interrogaron. Ellas respondieron que tenían una guardería y cuidaban de los enfermos. Las instaron a seguirles para ocuparse de los enfermos de su grupo. Sor Catalina intercedió por la superiora alegando que era anciana y veía escasamente. Le permitieron quedarse y se llevaron a las otras dos.

La superiora fue en busca de un refugio más seguro. Dos casas a las que llamó a la puerta no la recibieron con el calor que hubiera deseado. Entonces dirigió sus pasos a la residencia del doctor Salom, el oculista que frecuentaba. Pero al poco tiempo unos cuantos individuos registraron la casa y preguntaron por aquella mujer. Sor María del Pilar dijo que había llegado en el correo y trató de deshacerse disimuladamente del rosario que llevaba en la mano. El doctor le buscó alojamiento en casa de una mujer de tendencias anticlericales. La superiora tuvo que escuchar algunas bravatas de la dueña, ignorante de su condición.

Posteriormente conectaría con un tal Guillermo, dueño de una dulcería *La Perla Mallorquina* que la acogió en su casa. Luego consiguió huir a Gerona, donde se juntó con las religiosas que dirigían el hospital. El P. Francisco Reynés había intentado, sin éxito, llevarla con él a Italia. Sor Pilar murió el día de todos los santos del año 1960. Ya se hablaba del proceso de canonización de Catalina y Micaela.

Las dos monjas franciscanas fueron conducidas al Comité de la F. A. I. de la barriada del ColI. Por el entonces estudiante y luego presbítero, Antonio Taltavull, que vivía a la sazón en el sector de la Taxonera, como las Franciscanas, sabemos algunos detalles muy dolorosos del drama padecido por las religiosas. El no las conocía, pero escuchó las informaciones aguzando el oído en diversos establecimientos.

Según el valioso testigo, se comentaba el hecho por los alrededores. *Han cogido a unas monjas del Convento de la Clota, las Mínimas, y a una por lo menos del Coll y las han burlado, vejado y asesinado. Las han desnudado, las pusieron en el suelo y sobre ellas han amontonado sacos de arroz que allí tenían, para atormentarlas, mientras ellos, en cercana habitación, se hacían servir comidas opíparas. Eran unas fanáticas. Hay que ver cómo lo aguantaban todo*. Después aconteció lo que ya sabemos: el camión, la *Rebassada*, el tiroteo, la muerte. Aunque Sor Catalina todavía tuvo que alargar su particular Calvario.

Epílogo:
una crónica de amor, locura y sangre

Cuatro religiosos -entre otros muchos- cayeron abatidos por las balas en aquella locura colectiva que fue la guerra civil del año 1936. Con ellos, dos religiosas que velaban en la cabecera de los enfermos y enseñaban a los niños las primeras letras. También una señora capaz de morir por ceder un rincón de la casa a unos clérigos acosados. La tragedia hermanó a los caídos con lazos de sangre.

Los testigos que convivieron con los protagonistas de esta historia, o les conocieron de cerca, ofrecen un testimonio sin fisuras: se trataba de personas sencillas, sin ambiciones y sin iniciativas de grandes vuelos. En general cabe hablar de personas retraídas, tímidas y en algún caso hasta de débil complexión.

Vivían en el anonimato en un barrio obrero y periférico de Barcelona. Los religiosos presbíteros se dedicaban a ministerios pastorales más bien modestos: catequesis a los niños, celebración de sacramentos... Los coadjutores realizaban tareas domésticas y llevaban a cabo cuanto se les encomendaba. Seguían de cerca el patrón del buen religioso de la época: disciplinado, recto en toda situación, cumplidor de las Reglas.

Por su parte las religiosas franciscanas trasnochaban para velar a los enfermos que las solicitaban. O ponían todo su empeño en entretener, a la vez que enseñar, a los pequeños que les confiaban los padres trabajadores a lo largo del día. Y la Sra. Prudencia, mujer de delicados sentimientos, atendió de mil amores a su esposo tuberculoso, impartió catequesis en lugares necesitados e inventó mil maneras de recoger fondos a favor de los más humildes.

Apenas si este puñado de creyentes era conocido más allá del pequeño círculo en que se desenvolvía. ¿Cómo podían provocar reacciones enconadas, repletas de odio y venganza? ¿En qué manantiales bebieron sus asesinos para acumular tanta saña contra personas tan ostensiblemente inocuas?

Sólo se comprende el asesinato si los verdugos apuntaban a una causa, una idea y una fe que se hallaba más allá de los nombres y apellidos de los ajusticiados. Los MM. SS. CC., las Hnas. Franciscanas y la Señora Prudencia eran meros símbolos. Sin embargo, los milicianos no dispararon contra símbolos ni ideas, sino contra seres de carne y hueso, débiles e indefensos. No destrozaron una abstracción, sino el corazón y el cerebro de unas personas que nada tenían que reprocharse. Si querían acabar con individuos favorables a la injusticia y el despotismo se equivocaron a todas luces. No eran ellos los genuínos representantes de este sector.

Los mártires del barrio de El Coll conforman un hermoso legado patrimonial para quienes formamos parte de sus institutos y sabemos de su historia. Este grupo hermanado por las balas y la sangre habla con elocuencia acerca de lo que importa en la vida, de los objetivos últimos. Unos eran religiosos presbíteros, otros religiosos coadjutores. Dos de los componentes habían profesado como religiosas Franciscanas. Había una laica. Siguieron diversos caminos, tuvieron diferentes tareas, desempeñaron roles disímiles.

Presbíteros o no, laicos o clérigos, varones o mujeres, todos mostraron el mismo empeño en ser fieles a su conciencia y dar la mano al prójimo. Al final no rehuyeron entregar la vida por el Amado y enterrarse como grano de trigo en el surco.

Personas como las que nos ocupan dan credibilidad a la Iglesia. Los mártires son necesarios -como "era necesario que muriera el Hijo del Hombre"- para demostrar que la evangelización, la lucha y el compromiso de la Iglesia no permanece al nivel de las meras palabras. Hay momentos en la vida que de nada sirven las

caretas. Todo se juega a una carta. Los hechos son entonces enormemente aleccionadores.

Admitamos que el lastre de la Iglesia -siempre es santa y pecadora- enturbiara la situación y que los victimarios alegaran pretextos para llevar adelante sus impulsos incendiarios y para disparar los gatillos de sus fusiles. Lo cierto es que la voluntad de dar la vida por una causa constituye un argumento inapelable de lapropia sinceridad y de la más estricta coherencia. Y, si la causa del martirio es Jesús de Nazaret, entonces los creyentes permanecemos orantes en silencio. Admiramos a los fusilados y damos gracias a Dios.

Las páginas del libro, bien que mal, cuentan estos hechos. Son la crónica de una tragedia que desbordó en orgía de sangre. Desgranan la sencillez y el anonimato de los protagonistas. De personas totalmente ajenas a planteamientos políticos o estrategias militares, que se encontraron atrapadas en unas coordenadas de espacio y tiempo. No rehuyeron decir que sí. Amaron con el mayor amor posible.

INDICE

EL ESTALLIDO DE LA GUERRA.
PASION Y MUERTE **13**

Escaramuzas para tomar posiciones 14

Situación de las Comunidades Religiosas en El Coll 15

Asalto al Santuario del Coll 21

Acosados y perseguidos 25

La tragedia de *Torre Alzina* 28

El Hno. Pablo: silencio ante el martirio 32

EL TRASFONDO DE LA CUESTION.
LOS PROTAGONISTAS **37**

Un catolicismo poco tolerante 37

Personas sencillas, piadosos religiosos 42

De la Vida Consagrada al martirio 45

La memoria de los hermanos inmolados 48

PRUDENCIA: LAICA Y MARTIR **53**

En el centro de la vorágine 53

Hospitalidad a precio de sangre 57

Elogio de una viuda que dio cuanto pudo 61

P. SIMON REYNES:
FUERTE EN LA DEBILIDAD **67**

El hijo de *Mestre Simó*, el zapatero 67

En la Congregación de Misioneros SS. CC. 71

Consagración, sacerdocio y ministerios 75

Continuos cambios de residencia 78

...como un niño en brazos de su madre 82

P. MIGUEL PONS:
MAESTRO DE GRAMATICA, TESTIGO DE LA FE **85**

Esmerada educación religiosa 85

Un temible profesor de latín 88

Ultimos escalones hacia el altar 91

HNO. FRANCISCO MAYOL:
A LA MEDIDA DE LA VIDA RELIGIOSA **99**

Recia saga de campesinos 99

Hecho a la medida de la vida religiosa 102

Trabajador sin remilgos 105

...sencillos como palomas 108

EL HERMANO PABLO NOGUERA:
LOS ATAJOS DE DIOS **111**

Piadoso desde la tierna infancia 111

Muy cerca del altar 113

Junto a los Misioneros 117

La excelente virtud de la simplicidad 120

SOR CATALINA CALDÉS:
SERVIDORA DE LOS ENFERMOS **125**

Las Franciscanas Hijas de la Misericordia 126

Catalina y su primer entorno 127

Los años de la primera juventud 130

A la medida de la vida religiosa 131

Servidora de los enfermos 134

La clave de su generosidad 135

SOR MICAELA RULLÁN:
UNA GENUINA HIJA DE S. FRANCISCO **139**

Petra, la villa natal 139

Gérmenes de vocación 142

Con las Hijas de la Misericordia 144

Natural bondadoso y voluntad esforzada 147

La comunidad franciscana del Coll 150

EPÍLOGO:
UNA CRÓNICA DE AMOR, LOCURA Y SANGRE **153**

Laus Deo